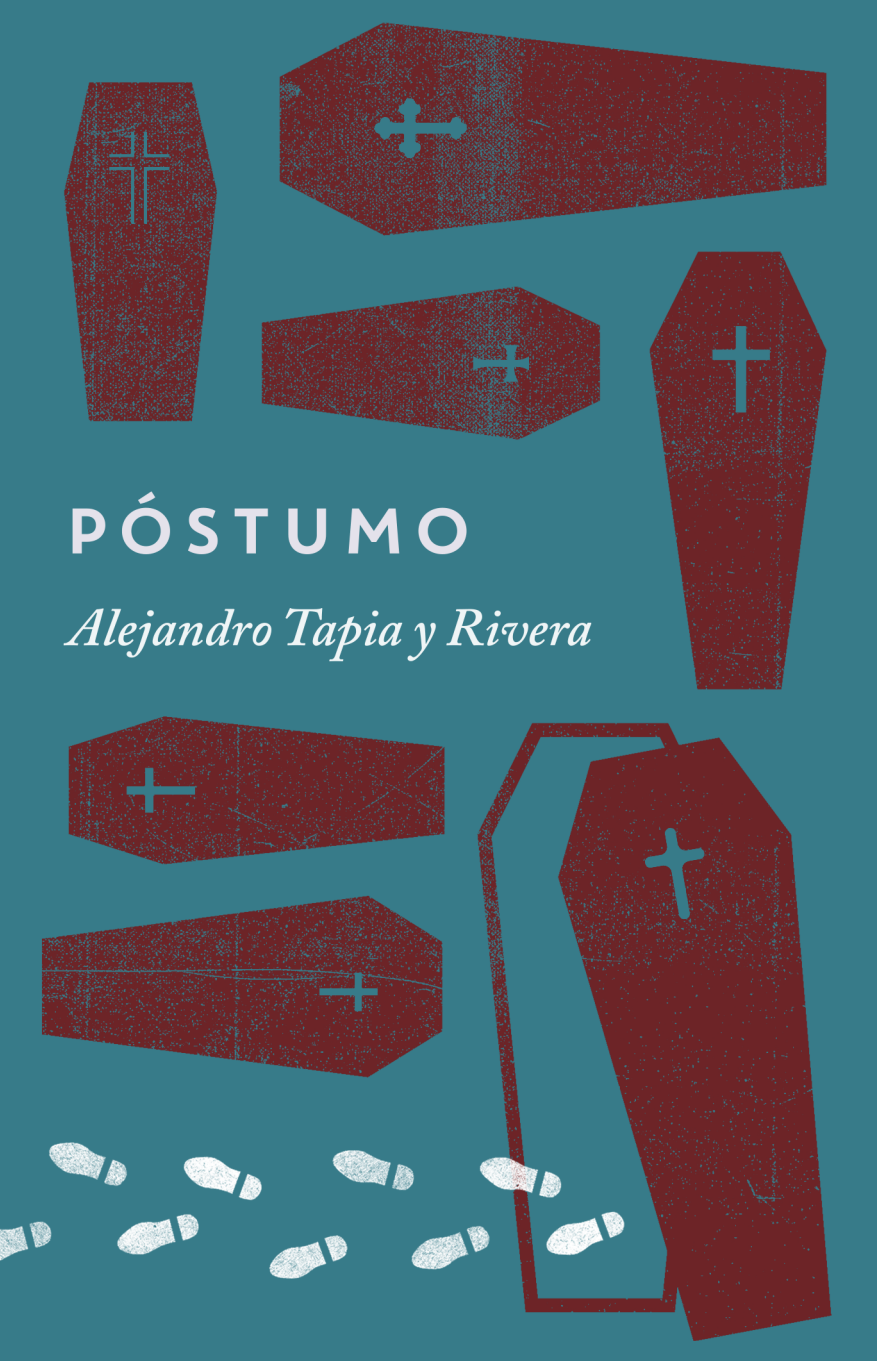




PÓSTUMO

Alejandro Tapia y Rivera

NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



PÓSTUMO EL TRANSMIGRADO

HISTORIA DE UN HOMBRE QUE
RESUCITÓ EN EL CUERPO
DE SU ENEMIGO

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA

Martha Elena Munguía Zatarain
Presentación

Novelas en la Frontera

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

Alejandro Tapia y Rivera. *Póstumo el transmigrado. Historia de un hombre que resucitó en el cuerpo de su enemigo*

Primera edición digital: 22 de abril de 2022

D. R. © 2022 Universidad Nacional Autónoma de México

Avenida Universidad 3000

Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,

Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán

Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales

Ex Sanatorio Rendón Peniche

Calle 43 s. n., entre 44 y 46

Col. Industrial, 97150

Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe

Avenida Universidad 3000

Torre II de Humanidades, piso 3

Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,

Ciudad de México

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)

ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. Un heterodoxo que ríe:

Póstumo el transmigrado

Martha Elena Munguía Zatarain 9

Póstumo el transmigrado

- I. En que se dan a conocer los principales
personajes de esta historia 27
- II. De lo que hizo Póstumo luego que lo
dejaron solo con el velador de muertos..... 33
- III. De cómo un muerto puede dar
mucho que hacer en una fiesta 39
- IV. En que se verá que los muertos
tienen también policía 47
- V. De cómo no es siempre oportuno
evocar a un espíritu..... 53
- VI. Que trata de lo que hizo nuestro
hombre después de sepultado..... 59
- VII. En que el custodio refiere a Póstumo
las aventuras de Cósmico..... 63
- VIII. En que el custodio refiere el caso
de don Perpetuo..... 71
- IX. En que se trata de otro personaje
muy peregrino..... 81

X. De lo que aconteció en la Dirección General de Encarnadores.....	89
XI. En que se verá una operación quirúrgica como cosa de magia.....	95
XII. Curiosa serie de preguntas, resueltas con estupendas revelaciones.....	103
XIII. De cómo el cuerpo de Sisebuto no estaba conforme con la empostumación	113
XIV. Gran mojiconada ocurrida por haberse alojado un alma proba en la carne de un tramposo	123
XV. Continúan las consecuencias de la resurrección en cuerpo ajeno.....	135
XVI. La señora De Doble Anzuelo tiende su caña	145
XVII. Cae de nuevo nuestro héroe en poder de la señora De Doble Anzuelo.....	155
XVIII. De la manera que tuvo Póstumo de reconciliarse con el cuerpo de su rival	161
XIX. Póstumo entabla conocimiento con un personaje ya mencionado en esta verdadera narración.....	167
XX. Póstumo trata de orientarse en los asuntos políticos y ve cómo un ministro, en un cerrar y abrir de ojos, se encuentra ex.....	171

XXI. Esperanzas desvanecidas por un cerbero ministerial.....	175
XXII. Encuentro de Elisa con un pez gordo y paquidérmico	179
XXIII. Nuevas esperanzas anubladas por nuevos vaticinios	191
XXIV. Un gran camaleón recibe en audiencia a nuestro amigo	197
XXV. Desencantos y circunstancias que pusieron finalmente a Póstumo entre las garras de Elisa	203
XXVI. De cómo Sisebuto se empostuma a su vez	209
XXVII. Infancia y precocidad de Postumito	213
XXVIII. Sesión espiritista entre Cósmico y Elisa, viniendo ésta en conocimiento de lo que fue en este mundo algunos siglos antes	217
XXIX. Un puntillazo paquidérmico hizo a Póstumo pensar en la eternidad, poniendo por obra su pensamiento.....	221
Epílogo casi necesario	225
Noticia del texto	229
Alejandro Tapia y Rivera. Trazo biográfico	231

PRESENTACIÓN

Un heterodoxo que ríe: *Póstumo el transmigrado*

Martha Elena Munguía Zatarain

Afortunado lector: has dado con una novelita excepcional desde todos los puntos de vista. *Póstumo el transmigrado. Historia de un hombre que resucitó en el cuerpo de su enemigo* (1872) es uno de esos relatos que no pide más que la buena disposición para dejarse conducir hacia un universo abierto, donde es posible el juego, el buen humor, aventuras al viejo estilo y una fábula llena de imaginación chispeante. En una prosa pulcra y refinada, el novelista puertorriqueño Alejandro Tapia y Rivera (1826-1882) nos lleva a pasear por las calles de Madrid, por el cementerio, por los mundos del más allá, por juzgados y manicomios, subimos y bajamos en el intenso deambular de un personaje muy peculiar, ya desde el nombre que lleva, Póstumo, quien fallece repentinamente, pero se niega a morir de modo rotundo y pide una segunda oportunidad sobre la Tierra.

Mas reencarnar en el cuerpo de un rival no resulta tan sencillo como imaginó cuando se empecinó

en conseguir la venia de Dios para volver a Madrid. ¿Qué quería este singular personaje? Cobrar venganza por la ligereza con la que su prometida Elisa lo había olvidado y suplantado. Sin embargo, por esas absurdas coincidencias del destino, el único cuerpo disponible para su transmigración fue justamente el de su rival, Sisebuto, odiado cuerpo con el que, a pesar de todo, tendrá que reconciliarse por los inconvenientes que le acarrea el rechazo. Esta situación será la que vaya desatando un sinfín de malos entendidos, pues él no se reconoce como Sisebuto y va a empeñarse en ser identificado como Póstumo. Asistimos al magno problema de la escisión en dos partes de un ser: el alma camina por un lado y el cuerpo cumple otros designios. Grandes tareas le esperan al protagonista, desde afrontar la desconfianza que genera su empecinamiento en negar que es quien parece, por no detenernos en la gran dificultad para convencer a los demás de que ha resucitado. Debe recuperar los ingresos para vivir, pero, ante todo, debe sostenerse firme ante el riesgo de volver a caer en las garras de la bella engañadora, empresa en la que fracasa, como lo constatará el lector. Y es esa odisea la que recorreremos junto a este desdichado amador, dos veces engañado.

¿Qué hace tan especial esta novela si no parece haber originalidad en el tema de un resucitado? Menos aun

tratándose del siglo XIX, tiempo en el que abundaban los relatos fantasiosos sobre transmigraciones, fantasmas, muertos vivientes, a los que, por cierto, el propio narrador de *Póstumo* hace alusión. Para responder esta pregunta, hay que tomar en consideración varios rasgos de composición de la obra. Aquí solamente nos fijaremos en algunos de los más importantes. Ya apuntará cada lector lo que le parezca más destacado. En todo caso, no es posible para nadie quedar indiferente a lo aquí contado ni al modo en el que se cuenta.

Durante la época del florecimiento romántico se explotó al máximo el lado misterioso de la existencia y se creó una cauda de obras abismadas ante los terrores que podía inspirar el presentimiento de otros ámbitos no accesibles por las vías de la razón: recuérdese a Edgar Allan Poe, Hoffmann, Víctor Hugo, el propio Espronceda, al que lanza un claro guiño el narrador de *Póstumo*. Pero, más allá de la literatura, en varios puntos del planeta empezaron a surgir corrientes filosóficas encabezadas por pensadores como Franz Anton Mesmer (1734-1815), Helena Petrovna Blavatsky (1831-1891), Allan Kardec (1804-1869), el mismo Schopenhauer (1788-1860), entre muchos otros, quienes plantaron la semilla para volver a pensar al ser humano como un todo integral, no sólo en su parte fisiológica, material, y abrieron así la posibilidad de explorar otras dimensio-

nes desconocidas y negadas por el discurso científico dominante. De estas inquietudes brotó una especie de furor social, hombres y mujeres, ilustrados incluidos, empezaron a volcar sus empeños en develar los grandes misterios. Aquí y allá surgieron iluminados que aseguraban su aptitud para invocar, alrededor de una mesa, espíritus de muertos que revelarían los arcanos del más allá. Mesmerismo, espiritismo, teosofía, ocultismo, formaron verdaderas oleadas de frenéticos exploradores de esos abismos, y el furor no duró poco, pues como se sabe, llegó hasta el siglo xx y conquistó la imaginación de políticos importantes, como Francisco I. Madero en México. Varios escritores modernistas en Hispanoamérica también fueron seducidos por los encantos del misterio, quienes a veces en serio, a veces con un aire lúdico, no se resistían a la tentación de plasmar en sus obras las experiencias con lo sobrenatural: Rubén Darío, José Juan Tablada, más tarde Amado Nervo y muchos otros.

Tapia y Rivera tiene el innegable mérito de haber visto con ojo crítico esta andanada espiritista que se estaba expandiendo en el mundo occidental y alcanzó a construir, ambiguo y juguetón, una sátira risueña de estas obsesiones. Abundan en su novela los personajes espiritistas, médiums, videntes, que invocan almas para traerlas a la Tierra desde el más allá y revelen el misterio

o resuelvan situaciones extraordinarias. La creencia en estas ideas posibilita que la trama fluya, puesto que Póstumo murió e inició su primera aventura como muerto resucitado prófugo del cementerio, antes de recibir la sepultura; Póstumo debe enfrentar el rechazo, el azorro, el terror que inspira su cadáver deambulante, pero también a la policía fantasmal convocada para hacerlo trasladar de vuelta al cementerio. Con sesiones espiritistas alrededor de mesas parlantes, los personajes se convencen de la posibilidad de lo extraordinario. Y es justamente lo generalizado de estas creencias el pretexto del que se vale el narrador para echar a andar su historia.

Cabe preguntarse si no anida en la novela una actitud censuradora en la decisión de apelar a este furor hermetico para exhibir los resortes del fraude y su carencia de sentido, con lo que Tapia estaría afiliándose a la vertiente positivista de la ciencia. Sin embargo, el autor de *Póstumo* hace, desde la tradición del espíritu de la risa, la crítica mordaz a los excesos y la charlatanería en la que se cayó en el siglo xix, no busca enmendar la conducta de la sociedad. La heterodoxia del autor le permite valerse de los recursos de esta imaginación de origen milenar y popular para criticar y poner al descubierto la hipocresía y la mendacidad de los políticos, de los líderes seudorrevolucionarios, del anquilosado

sistema burocrático, sin perder en ningún momento el aliento juguetón.

Ya que dije heterodoxo, detengámonos un poco en este perfil del *Póstumo*: para componer la trama, el autor no duda en echar mano de gran variedad de creencias paganas, cristianas, populares y visiones heréticas de todo tipo. No hay dogma que respetar en el mundo que crea; es posible reírse de todo y “coquetear” con posturas diversas y enfrentadas para componer este gran fresco de una humanidad absurda y un tanto decadente. La gran novedad en esta novela es que ha desaparecido la gravedad e incluso el miedo provocado por los hondos asuntos en la sociedad decimonónica. Un narrador desenfadado cuenta con la mayor naturalidad y familiaridad cómo puede levantarse un muerto y vagar por las calles de Madrid, cómo se llega al limbo, cómo se hace la operación técnica de transmigrar un alma, entre muchas otras “maravillosidades”. Los locos del manicomio son espiritistas, los políticos, los pretendientes a un puesto público, también lo es Elisa, la prometida de Póstumo y muy pronto esposa de Sisebuto; el propio ángel custodio del protagonista deja ver sus creencias en estas ideas. Así lo asienta el mismo narrador, a propósito de las precauciones tomadas por los espíritus que trabajan en la transmigración del alma de Póstumo para no “ser reconocidos por algún *vidente*, que, tan comunes ya, no faltan en ninguna parte”.

La mirada humorística del narrador abarca todos los terrenos y no son pocos los asuntos de los que se va a ocupar, aunque nunca en la actitud seria ni moralizante, tan común a los tiempos. El narrador recuerda a los cuentistas orales de fábulas sobrenaturales que relataban sus historias con una sonrisa en los labios. Y esta actitud desenfadada posibilita que construya una imagen de los trámites en el limbo y en el paraíso en paralelo con el proceder de la burocracia de su tiempo. Allí también hay que ir de oficina en oficina buscando una resolución; el peticionario se topa con ángeles fastidiados de su oficio; se requieren recomendaciones ante el supremo para conseguir favores, así como técnicos especializados en hacer trabajos extraordinarios. Para contrastar lo portentoso de la historia, insiste el narrador en que se trata de una “verídica, aunque increíble, narración”; y así va llenando de guiños el relato; cuanto más absurdo o prodigioso sea lo referido, más lo afirma como verdadero: “Acaso convendrá decir, sin que se tache de inverosímil nuestra historia”; y se presenta titubeante en algunos casos, por no tener información confiable para transmitir: “y quedose en el vestíbulo, sentado o de pie, puesto que las crónicas no dicen cómo”.

Es importante también destacar que en esta novela, si bien hay un narrador que guía al lector en el laberinto,

rinto de la trama, y lo hace de manera cronológica, no es la única voz que el lector escucha. Aunque ocasionalmente se dé el permiso de externar sus reflexiones de modo aforístico, “Para liberalizarse, no hay como caer del ministerio”, deja espacio para los diálogos entre los personajes, alegatos, discusiones, fábulas, que ilustran la condición humana. Abundan las parodias de discursos de la época, por lo demás, tan actuales: “pienso dedicarme al servicio de la patria por medio de algún empleo lucrativo”. Los nombres de los personajes son chistes ingeniosos que revelan el perfil de cada uno.

El crítico Rafael Bernabe Riefkohl ha hecho una lectura de *Póstumo el transmigrado* en los marcos propuestos por Bajtín para estudiar el género de la sátira menipea, justamente por la gran cantidad de rasgos afines a este tipo de obras: los múltiples estilos que se incorporan en su composición; las parodias a diversos tipos de lenguajes, como el parlamentario, el forense, el político; la crítica a los valores sociales dominantes; la apelación a la estética de lo grotesco y la risa ante la muerte. No le falta razón al crítico para hacer esta propuesta, pues, en efecto, la novela presenta una gran cantidad de rasgos que la emparentan con el género de la menipea, pero creo que más allá de la clasificación de la obra, es importante situarla en el flujo de una tradición literaria hispánica y reconocer sus posturas, sus rasgos y

su diálogo con el mundo histórico social. A qué lectores les habla y cómo lo hace, cómo construye a sus personajes y cómo introduce las críticas políticas, filosóficas y artísticas en la trama.

Las fronteras entre el mundo del más allá y el de la Tierra son casi inexistentes, por eso es posible que la organización de la sociedad se replique en el cielo y, más aún, personajes de cuya existencia se entera Póstumo en su paso por el limbo, luego los encuentra en Madrid, vagando por las calles, como don Horóscopo, o don Perpetuo, o don Cósmico, seres que se empecinaron en pedir a Dios una excepción para ser dotados con el don de la visión de futuro, o de la inmortalidad, o de no beber de las aguas del eterno olvido del Leteo para recordar y vivir su nueva encarnación con los destellos de sus pasadas existencias. Se trata de fábulas extraordinarias que el ángel guardián refiere a su pupilo para ilustrarlo y evitarle los desencantos que sufrieron todos por sus disparatadas peticiones: ¿quién puede vivir sabiendo lo que ocurrirá y cuánto vivirá? ¿Quién puede conocer la dicha sin caer en el tedio, si se sabe eterno? ¿Quién puede estar tranquilo y mantenerse íntegro, si no logra olvidar sus vidas pasadas? Pues da la casualidad de que todos ellos viven ahora en Madrid, por sus calles pasean sus distintos desencantos y con ellos ha de vérselas el protagonista. Así se da la convivencia

de mundos, ámbitos que serían irreconciliables en un mundo lógico y ordenado.

Póstumo no recibió ningún don especial más que el de saltarse la fila que debía hacer para tener derecho a reencarnar. El tratamiento de los asuntos de ese otro mundo es familiar y alegre; a las propias figuras divinas se les ha despojado de su aire de superioridad, como cuando apunta el risueño narrador que aparece un querube, “que, sin duda, hacía las veces de conserje” y le pide a Póstumo las credenciales de bienaventurado. Todos los horrores asociados con la muerte son empleados en esta obra, si bien orientados en un sentido risueño y juguetón: Póstumo resucitado, todavía en su cuerpo en vías de descomposición, acude al baile de disfraces para sorprender en falta a su amada, aunque también porque tiene un espíritu anarquista y bullanguero. Así lo afirma el mismo personaje refiriéndose al cementerio: “Allí habrá mucha paz, mucho orden público, pero maldito lo que me gusta semejante morada”. Baila, expele un aire repugnante, instauro un frío desazonador en el ambiente. Cuando sale de su nariz un gusano, indicio de la podredumbre de su cuerpo, el narrador lo cuenta con un verdadero aire de carnaval. Al final de cuentas, nada de esto resulta tenebroso sino risible. No hay rastros de la vertiente del Romanticismo sombrío y sí, en cambio, la atrevida y gozosa cercanía

con los últimos misterios de la vida. A pesar de que el protagonista termina acorralado por las burlas del destino —su mujer lo ha vuelto a engañar y en su hijo Postumito ha reencarnado el alma de su rival Sisebuto, entre muchas otras calamidades que debe sufrir— y que, desilusionado, termina arrojándose por la ventana para acabar su segunda andanza en la Tierra y volver cuanto antes al otro mundo, pidiendo el don del olvido, nada de esto se cuenta de manera grave o trágica. Son sólo aventuras que se suman a las correrías del protagonista.

La novela, como ya habrán imaginado los lectores, está llena de peripecias que se enlazan una tras otra, sin ninguna pretensión de realismo. Se parece a los cuentos relatados por los ancestros para entretener el ocio al calor de la lumbre: las interpelaciones constantes dirigidas al lector, crean el efecto de la complicidad y la inmediatez entre narrador y oyente, acortan la distancia espacial y temporal entre ambos horizontes. Pero, a la vez, guarda el aire de las novelas de aventuras, en las que puede ocurrir casi cualquier cosa a los personajes, por mera casualidad, por encuentros inesperados que siempre se resuelven con el destello de la risa. No obstante, ¿la insistencia mía en el espíritu humorístico del relato puede esconder la implicación de que se trata de una historia insustancial, con el mero fin de entretener valiéndose de una fábula llena de aventuras extraordi-

narias? Me parece que no y para responder con relativa justicia a una duda de esta índole, vale la pena pensar en algunos de los múltiples vínculos que la obra tiene con el mundo histórico social en el que surge y al que se dirige.

La literatura, no hay duda de ello, se alimenta de los heterogéneos discursos sociales, de las visiones de mundo, dialoga con algunos, polemiza con otros y establece nexos también con la literatura precedente. Se afilia a la propuesta artística de algunos textos del pasado y de su tiempo y rechaza otros. Alejandro Tapia y Rivera asume una clara postura en relación con su mundo y con la literatura. Esta obra no brota en el vacío ni es sólo producto de una imaginación individual: se puede ver con toda claridad la voluntad del escritor por ligarse a una antigua vertiente de literatura humorística, a veces tocada con la chispa de la sátira. Así, es posible reconocer los ecos de la escritura de Quevedo, por ejemplo, cuando perfila desde el principio a su personaje como un auténtico perdedor: “Si representaba el papel de comerciante, era el párvulo Póstumo a quien sólo tocaban los cargos en la cuenta de ganancias y pérdidas. Si quería hacer de galán amoroso, todo el mundo exclamaba: ‘Ved a Póstumo engañado’”. Toda la composición novelesca está concebida al modo de la picaresca, desde la propia organización del texto en veintinueve capítulos y un

epílogo, aunque su personaje no alcance la condición de pícaro en sentido estricto. Cada episodio recibe un título al estilo de los antiguos relatos del Siglo de Oro, en el que se resume, a veces humorísticamente, el contenido del capítulo: “De cómo el cuerpo de Sisebuto no estaba conforme con la empostumación” (cap. XIII). Tampoco deja pasar la ocasión de evocar la figura tutelar de Cervantes, de quien se siente justo heredero en su espíritu crítico y paródico.

Párrafos arriba mencioné el nombre de Amado Nervo y ahora quisiera volver a traerlo a colación. Puede afirmarse que la obra de Tapia y Rivera no pasó desapercibida para los lectores de la época, y tal vez no haya sido leído por el escritor mexicano; sin embargo, indudablemente el espíritu literario que un autor construye queda vibrando en la atmósfera social, en la imaginación colectiva y de ella beben los demás autores, así que, seguramente, cuando Amado Nervo compuso su también risueña obra *El donador de almas*, estaban vivas las reverberaciones creadas por la escritura del puertorriqueño. Y acaso pueda contarse como uno de sus herederos, consciente o no.

La literatura escrita en Puerto Rico, con mucha frecuencia, ha pasado prácticamente desapercibida en el resto del mundo hispanohablante. Un escritor como Alejandro Tapia y Rivera no ha sido la excepción, a

pesar de la intensa actividad intelectual que desplegó como compilador y editor de importantes documentos históricos —testimonio de ello es su *Biblioteca histórica de Puerto Rico*, 1854—, de su obra narrativa y poética, pero también su figura pública como instigador de ideas liberales y reformistas, evidente enemigo de los dogmas. Incluso, el crítico Ángel Rivera ha afirmado que se trata del patriarca fundador de las letras de la isla; y, sin embargo, es escasa la crítica de los textos que escribió y son breves y pasajeras las menciones hechas a sus obras en las historias literarias del continente —Anderson Imbert es de los pocos que lo incluye—. Sorprende, por ejemplo, que no haya sido desempolvada la continuación de *Póstumo el transmigrado* en su novela *Póstumo el envirginado. Historia de un hombre que se coló en el cuerpo de una mujer*, por su clara postura en pro de los derechos de la mujer (1882).

La novela para Alejandro Tapia, no cabe duda, era un vehículo no sólo para entretener y divertir a los lectores, sino también para indagar en la naturaleza del ser humano, para denunciar y criticar, evadiendo el tono del sermón, justamente porque eligió el brillo de lo lúdico e incluso lo mordaz en algunos momentos. Nuestra historia literaria no estará completa si no incorporamos a nuestro bagaje obras de este tipo, desterradas a los márgenes de la cultura literaria, a pesar de sus acier-

tos ideológicos y artísticos. Y tal vez, relatos de esta índole se fueron orillando al olvido por la valoración prevaleciente de que el humorismo ha generado obras menores, frívolas, para el descarte inmediato. *Póstumo el transmigrado* es una evidencia de que la risa no está reñida con la verdadera y profunda seriedad.

PÓSTUMO EL TRANSMIGRADO

I
EN QUE SE DAN A CONOCER
LOS PRINCIPALES PERSONAJES
DE ESTA HISTORIA

Póstumo era hijo de su padre y de su madre; es decir, que logró tener desde la cuna lo que todo el mundo: padre y madre. Nació en Madrid y fue bautizado en una de sus parroquias. Ignoramos si fue o no confirmado. Era soltero, y no porque le hubiesen faltado ocasiones de casarse, sino porque no llegó a hacerlo.

Todos estos informes, bastante precisos y curiosos, los tenemos de muy buena tinta, así como lo que diremos después acerca de este personaje, que, atendido su nombre, parecía destinado a vivir después de muerto.

Estaba para casarse; pero esta vez, aun cuando hubiera querido hacerlo, habríale sido imposible, porque pocos días antes de verificarse la boda se murió, lo que no dejó de ser un fin bastante trágico.

Pero no anticipemos; y si la muerte se llevó a Póstumo, traigámoslo otra vez a este mundo, aunque sólo sea porque así conviene a nuestra narración.

Reanudando ésta, diremos que murió por la primera vez. Veamos cómo pudo verificarse este accidente de modo que quedase algo para otra ocasión.

Póstumo era joven, y hubiera seguramente dejado de serlo a haber vivido más años; pero entiéndase que sólo hablamos de la vejez del cuerpo, pues por lo que atañe al espíritu, el de nuestro héroe estaba llamado a ser siempre niño, como lo veremos más adelante. Era uno de aquellos seres que sueñan despiertos, y que parecen dormidos en lo muy fácil que es llevárselos de encuentro en las faenas y malicias de este mundo. Sus planes no eran para este escenario; pudiendo decirse que, destinado a otro globo, había venido a éste por equivocación. Sucedióle con frecuencia que, creyendo hacer dramas, sólo hacía entremeses, en los cuales, a lo mejor, dejaba ver su tipo peculiar; verdadero despropósito para esta mundanal escena, con risa de los concurrentes, que proclamaban su insuficiencia en achaques de caracterizar otro personaje que el suyo. Si representaba el papel de comerciante, era el párvulo Póstumo a quien sólo tocaban los cargos en la cuenta de ganancias y pérdidas. Si quería hacer del galán amoroso, todo el mundo exclamaba: “Ved a Póstumo engañado”. A ser diputado, hubiérase quedado sin turrón; a sentar plaza de escritor público, habría tenido el poco tino de escribir siempre la verdad; a ser ministro, sus deseos del bien lo habrían convertido en

espinas de un día la poltrona que para otros dura floridos meses. Póstumo soñaba con la edad de oro, como si no fuese esta fruta extraña a la estación de invierno en que vivía.

Tenía, pues, los ojos en lo infinito, en el vacío.

Esto, por lo que toca a su ánimo; por lo que atañe a su físico, era Póstumo bastante guapillo y agraciado: vistiendo con natural elegancia, aunque un tanto al desgaire, cual convenía a un soñador con los mundos imaginarios. Alguna vez hubo que sacarlo de zanjas o pozos, en donde cayera por ir mirando al cielo; verdadero observador de la región etérea.

Estaba enamorado por la vez x de su vida, razón de más para que no supiese dónde ponía los pies. La novia era bella y discreta, según él decía; pues parece que todos los enamorados miran por un mismo anteojo telescópico lo bueno de sus amadas. El heliómetro de los enamorados sería capaz de centuplicar el diámetro del Sol.

Póstumo anhelaba el matrimonio; su novia le juraba un amor eterno, un amor a lo Julieta, a lo Eloísa, a lo Isabel de Segura. Era para él una hurí, una diosa, un ángel, pues con todos estos nombres la llamaba suspirando. Su pecho era manantial de ayes y quejas; sus noches, un insomnio abrigado; sus días, deliciosas primaveras, pero con frecuencia turbadas con relámpagos de celos,

truenos de sinsabores y rayos de rompimiento. Vivía en la suprema felicidad.

En cuanto a ella, suspiraba por el paraíso del matrimonio.

Pero, ¡oh desgracia!... Una calentura dio con Póstumo en el féretro, llevándose todas sus ilusiones y esperanzas. Y murió cuando menos lo esperaban uno y otro. ¡Adiós matrimonio para ella! ¡Otra vez se le escapaba la víctima! ¡Pobre Elisa!... ¡Estaba inconsolable!

Lloró a torrentes, se quejó a gritos. Era una Dido abandonada en su dolor; una nueva Calipso que veía a su Telémaco dejar la isla de sus seducciones. Era una Safo pronta a precipitarse, y que no lo hacía, porque Madrid es tierra adentro y no encontraba un Léucade bastante poético para el caso. Pensó en el Manzanares y en el Puente de Toledo, desde donde podía, abismándose, dar fin a su dolor; pero el Manzanares no bastaba a sus pretensiones poéticas, y temió que, yéndose demasiado a fondo, no diesen luego con su cadáver los gaceteros. Decidióse, pues, a vivir, pero a vivir en eterno luto, como lo decía a cuantos querían oírla.

¡Cosa rara! Como Póstumo era póstumo, después de dar la última boqueada, en que se le atragantó el nombre de Elisa, sintiose como vivo. Y no causaba aquel fenómeno la helada catalepsia, puesto que su muerte era positiva. De no serlo, hubieranla hecho tal

sus amigos, quienes, por retardar la corrupción, zamparon en el estómago del muerto un par de cuartillos de cloruro; pero, a pesar de esto y de todas las demás precauciones de los vivos contra el difunto, él se hallaba amortajado, tan vivo como cuando palpitaba de amor al lado de su Elisa.

¿En qué podría consistir esto? Semejante fenómeno no era de fácil explicación, sobre todo, cuando el pobre muerto-vivo no se atrevía a hablar, sin duda estupefacto por la extrañeza de su situación, nunca vista, al parecer. El difunto callaba, porque si no lo era, por tal lo daban los demás. Todos se lamentaban o, mejor dicho, lo lamentaban, y en verdad que era digno de lástima, expuesto como se sentía a morir de indigestión de palabras, si ya no hubiese muerto de calentura. Todos mencionaban sus virtudes, con el pero o peros de sus defectos, que trataban de disculpar echándoselos en cara, como quien habla delante de un sordo.

Pusiéronlo, como era consiguiente, en su ataúd; oyó que le rezaban algunas preces, y sintió que lo conducían al cementerio, en cuya capilla lo dejaron depositado, con el fin de velarlo y enterrarlo a la mañana siguiente.

Todo esto se lo dejó hacer sin chistar siquiera; y quietecito se quedó allí, muy callado por pura prudencia, ya que no podía hacer otra cosa.

II

DE LO QUE HIZO PÓSTUMO LUEGO QUE LO DEJARON SOLO CON EL VELADOR DE MUERTOS

Llegó la noche. Todo Madrid se entregaba a las delicias del carnaval; época señalada para hacer más ostensiblemente lo que con disimulo se hace todo el año; a saber: caretas y embustes, y vestirse cada cual de lo que no es.

Había baile en el Teatro Real.

Allí estaban disfrazados al natural la mayor parte de los amigos de Póstumo, que venían del entierro y que anhelaban borrar de su ánimo, con la alegría del baile, las tristes impresiones del cementerio.

¡Qué diferente no estaría allí Póstumo, rabiando al verse muerto contra su gusto, cosa posible, aunque rara, y sumido en aquel silencio sepulcral, abandonado de sus conocidos y rodeado de tanto difunto serio y circunspecto!

Esta mansión hubo de parecerle inaceptable; y viendo que el antedicho velador se había dormido, sin

duda porque nada debe temerse de un cadáver, pensó nada menos que en salir de su féretro y volverse al mundo a sorprender en el olvido a sus amigos, o a presenciar el llanto de aquella Elisa tan adorada, que, mesándose las undívasas guedejas y arañándose el rostro, estaría verdaderamente inconsolable.

Nada hay más vivo que un muerto al llevar a cabo un plan preconcebido. Lo pensó, y zas. Trató de soltarse una mano, ¡qué sudores! Pero tanto luchó que, con lo que antes pugnara por desatarse, logró verificarlo estando ya las cuerdas más rozadas y propias para su intento. Sueltas las manos, lo fueron los pies; y con ayuda de pies y manos se echó fuera del ataúd, llegando al guardián, que roncaba admirablemente. Comenzó a atarlo con sus ligaduras, lo que no pudo conseguir sin que aquél despertase; pero, aterrado al ver ante sí al muerto-vivo, permitió estupefacto la dicha operación. Escurriose luego Póstumo, tomando la puerta y calle de Fuencarral con dirección a la de la Montera, en donde vivía su amada, y a cuyas puertas llegó a pocos momentos.

Temeroso de ser reconocido, no se atrevió a hablar a ninguno de los que pasaban junto a él, aun cuando entre ellos hubiese algunos que no le fuesen extraños.

Acababan de dar las doce de la noche; todo estaba cerrado en casa de Elisa. Iba ya nuestro difunto a llamar a la puerta de la calle, cuando retrocedió al ver que ésta

se abría para dar paso a dos mujeres enmascaradas; la una vieja y la otra joven, según las apariencias. Parecía... más, ¡cosa increíble!, que la joven era Elisa, su adorada; pero ¿quién podría buenamente imaginar que fuese aquélla la mujer a quien juzgaba sin consuelo?

Era, pues, indispensable salir de dudas, y siguió a la femenil pareja, que, diligente como quien va de fiesta, corrió a tomar un coche, en que subieron ambas, dando al cochero la dirección del Teatro Real.

Febril estaba Póstumo al oír la voz de una de las enmascaradas, que le pareció la de su Elisa.

Ocurriole seguirla..., pero ¿cómo?

Más veloz que el viento, dirigióse a un puesto de carretas y disfraces que en la misma calle había, en donde entró mostrando su faz pálida al dueño de la tienda. Éste retrocedió, y sintió frío al verlo. Era un viejo llamado Dagoberto, que conocía más que de sobra a Póstumo, y que al saber aquel día su muerte le había llorado.

—¡Don Póstumo! —exclamó aterrorizado.

—Calle usted —repuso éste.

—Yo lo hacía a usted muerto desde ayer. ¿Cómo ha sido eso?

Así hablaba el Dagoberto convulso de espanto y con cada cabello tan erizado como un asador.

—Muerto estoy —repitió Póstumo—; pero guárdeme usted el secreto.

—¡Jesús! —exclamó su interlocutor, y con este golpe se le erizó el blanquecino bigote a la manera del de un gato que se encrespa.

—¡Un dominó y una careta..., pronto! —gritó el muerto.

—Pero, alma del otro mundo, que Dios perdone —replicó Dagoberto—, ¿para qué más dominó que ése?

Póstumo vio que, en efecto, su sudario podía servirle, aunque no lo bastante.

—Pero con esto solo, tendré frío.

—El frío lo lleva usted en la médula.

—Silencio, y más respeto a los cadáveres, señor Dagoberto... ¡Un dominó y pronto!

—Sí, enseguida —repuso éste, y añadió temblando y por lo bajo—: Muy pronto, porque si este buen señor no se va, me parece que me entra calentura.

Diole, pues, el dominó y la careta. El aparecido se puso entrambas cosas, y marchose.

Dagoberto lo despidió diciendo:

—¡Adiós, señor don Póstumo!... ¡*Requiescat in pace*! —y añadió luego viéndolo marchar—: Pero se ha llevado dominó y careta, y, bien mirado..., van a oler aquellos chismes a sepulcro a treinta leguas... Me los va a poner perdidos. ¿Quién alquila después prendas de máscara que han servido para un difunto?... Vamos, rezaré un padrenuestro por su alma, y buen provecho le haga.

Y así diciendo, colocose detrás de la puerta de la calle, a cubierto de un traje de arlequín, y entre uno de pierrot y otro de diablo, rezó por el alma de Póstumo, quedándose más tranquilo.

III

DE CÓMO UN MUERTO PUEDE DAR MUCHO QUE HACER EN UNA FIESTA

Nuestro difunto siguió corriendo a lo largo de la calle de la Montera, giró por la Puerta del Sol, y se plantó en las del Teatro Real, poco después, sin duda, de la pareja tras que venía. Mas ¿cómo entrar allí sin billete, ni con qué comprarlo? En esto, percibió, casi con alegría, que por completo no le era dado sentirla en aquellos momentos, que uno de los encargados de la puerta era también conocido suyo.

—Audacia —pues, se dijo, y encarándosele y mostrándole su rostro, exclamó casi a su oído:

—Soy Póstumo el muerto.

Estupefacto quedose el portero, y aprovechándose nuestro héroe de su estupor, colose y escabullose por entre las mil máscaras del concurso.

¡Qué gresca! ¡Qué animación! Tocaban y bailaban una polca. ¡Qué acordes de aullidos mascariles y trompetazos!

Póstumo comenzó a buscar en medio de tan atropellados grupos [a] la pareja enmascarada.

Para lograrlo, se afanaba sin echarlo de ver, y atropellaba a los concurrentes. Una vez quiso desfilar por entre una payesa y un templario que charlaban; luego turbó la plática amorosa de un cefirillo y la noche; interrumpió la furiosa reconvención de celos que una Diana descargaba contra su Endimión. Una manola y un inglés le dieron un empujón de los de activa, por haberlos querido convertir en la pasiva; una hija del Betis le arrojó media docena de denuestos por haberle roto al paso una guarnición de su faralá; el Pierrot que la acompañaba estuvo a punto de darle de mojicones como castigo de su imprudencia.

—¡Jesús, qué frío! —exclamó una dama de Luis XV, en cuyo acento y maneras se revelaba la cruda moza de Triana.

Todos estos estropicios los hacía nuestro Póstumo saltando de aquí para allá como picado por la tarántula.

—¡Canario! —murmuró—. Nunca me he visto tan ligero ni sutil como desde que estoy muerto. ¡Creo que podría colarme por el ojo de una aguja!

En esto, metió el pie entre las guarniciones de una matrona ataviada *à la dernière*, enredose allí, y hubiera caído a no asirse de un bastonero, a quien amostazó tal desacato.

—¡Diablo! —exclamó—, ¡qué hombre tan tormentoso y tan saltarín!

—¡Ah, qué frío siento! —añadió una modista disfrazada de Semíramis—. Está el baile que parece una nevera. Y todos repetían lo mismo.

Conociendo Póstumo que él era la causa de este paso de Madrid a la zona helada, tembló por su vida o, mejor dicho, por su cadáver, diciendo:

—¡Cáspita! ¡Si no ando con tiento, van a descubrir que soy un cadáver prófugo y a llevarme por fuerza al cementerio! Allí habrá mucha paz, mucho orden público, pero maldito lo que me gusta semejante morada.

—¿No sientes un olorillo particular? —preguntó una que iba vestida de Norma a su Polión—, cualquiera diría que huele a muerto.

—¡Hum! —murmuró Póstumo—, ¡ya estoy vendido! Contengamos la respiración... Y no extraño que esta gente sienta frío. No parece sino que estamos en la Siberia. Razón tienen los que dicen que Madrid se va poniendo inaguantable. En mi vida sentí un invierno tan crudo..., y eso que llevo doble abrigo: sudario y dominó.

Y al decir esto, trataba de contener la respiración para evitar que cundiese aquel olorillo a muerto que él se atribuía, como era natural.

—¿Si será que ya comienzo a podrirme? —continuó diciendo para sí—, yo tomaría alguna cosa hervida

para entrar en calor; pero mi aliento, mi sudor, que no dejarán de trascender a cementerio, acabarían por hacerme traición. ¡Está visto que llevo en este maldito hálito mi cédula de vecindad! No, no puedo seguir así; tengo que buscar un medio... ¡Ah, qué idea! Un par de copas de aguardiente podrían dar calor a mi cuerpo, y hasta evitar mi corrupción interna. El alcohol, ¿no es gran medio de preservar cadáveres? ¡Feliz ocurrencia! ¡Viva Noé!

Y así diciendo, dirigióse a los pasillos; llegóse a una cantina, y apuró varias copas de aguardiente. Hecho esto, volvióse al salón, resuelto a arrostrarlo todo por averiguar lo que deseaba saber de una manera terminante: si su amada Elisa estaba en el baile.

En efecto, allí, a dos pasos, vio a la pareja que buscaba; acercóse cuanto pudo y, colocándose en una silla que había detrás, oyó el diálogo siguiente:

MÁSCARA JOVEN. —¡Ay, mamá, qué tristeza!, ¡qué dolor! Me estoy muriendo de pena; estoy desesperada. Quisiera bailar para distraerme.

MÁSCARA VIEJA. —¿Y quién va a invitarte, con esa cara de angustias?

—¿Cara de angustias, mamá? ¿Cómo pueden verla?

—Es verdad; pero la careta no impide que se trasluzca esa desazón moral que desde ayer está minando tu existencia.

—Y acabaré con mis días; por eso quiero olvidar mi horrible pesadumbre; por eso quiero distraerme.

Supóngase el lector cuál sería la sorpresa de Póstumo al oír tales discursos. Pero fue mayor su ira al ver que se acercaba a Elisa un galán, su amigo Sisebuto, el mismo que debía sucederlo en el empleo que a su muerte dejó vacante, y que, a juzgar por el modo halagador con que era recibido por la dama, lo reemplazaba también en el corazón de ésta.

Presentóse a su mente la historia de Hamlet, y comprendió que le tocaba allí el papel de sombra del difunto; y ¿quién podría mejor representarla que un cadáver animado?

Invitada Elisa por Sisebuto a bailar una polca, salió precipitada, como quien anhela ardientemente ahogar en saltos y brincos el furioso dolor del alma.

Delirante estaba Póstumo al verse así traicionado por quien menos creyera.

—Muérete y verás —se dijo—, ¡oh!, ¿qué fue de aquella fe jurada, de aquella pasión de todos los días y todas las noches?... ¿Y en quién creer? —repuso más pálido de lo que solía estar desde que murió.

Sintió que lo acometía un vértigo, se le iba la cabeza... ¿Sería efecto del aguardiente?... ¡Qué disparate! Era el dolor que lo abrumaba. Verdad es que no había comido desde que expiró, y luego la dieta durante la

enfermedad... Pero acaso todo esto, unido al dolor que sentía en aquellos momentos, lo puso a los bordes del sepulcro, de donde acababa de salir, y exclamó:

—¡Estoy desesperado, quiero vengarme, suceda lo que suceda; quiero bailar!

Y al decir esto, asió de la primera máscara que se le puso delante, que fue una matrona romana, tal vez la esposa de Catón, y se puso a danzar una polca de una manera tan febril que parecía lo que era: cosa del otro mundo.

En esto, la matrona gritó:

—¡Ay, que me muero de frío, suélteme usted, suélteme usted! ¡Qué olor a muerto embalsamado con aguardiente! Suélteme usted, porque siento que mi cabeza se desvanece... Ese tufo a muerto embalsamado que usted despide y ese frío con que me está usted helando... ¡Ay! —gritó de nuevo al sentir que resbalaba por su cuello una cosa fría: tomola y, examinándola, la arrojó al suelo con tal expresión de horror que erizaba los cabellos de los circunstantes.

—Ese gusano es de usted, caballero..., usted está muerto. ¡Qué horror! ¡He bailado con un muerto!

—¡Un muerto! —aullaron todos, huyendo sin saber hacia dónde, y todo fueron empujones, y caídas y tumulto.

Paró la música. Por todas partes se repetía aquella palabra aterradora. ¡Un muerto!

Difícil fue a los bastoneros restablecer el orden.

Aprovechase Póstumo de aquel momento para refugiarse en uno de los pasillos, acurrucándose y anulándose en lo posible.

—¡Van a descubrirme! —se dijo con verdadera pesadumbre—. Ahora que quería vivir o quedarme en el mundo, aunque fuese muerto, para vengarme de aquella ingrata, para ser su sombra, su remordimiento vivo... Pero, ¡ah!, tendré que irme, y ¿a dónde?, ¿al cementerio?... ¡Abrenuncio!... Y ¿dónde alojarme con este olor que sienten salir de mi estómago? Sin duda podría transitar por esos mundos con este aliento, pues no lo tienen más perfumado muchos que pasan por vivos; pero si este olor es síntoma de putrefacción, pronto vendrá la disolución de mis miembros, iré lanzando brazos y piernas por donde quiera; y sin cuerpo no sé cómo andar entre las gentes... ¡Y luego ese bichillo que sin duda me salió de la nariz!... Sí, de la nariz, porque de la boca buen cuidado tenía yo de mantenerla muy cerradita. ¿Cómo diablos vivir despidiendo huéspedes de tal linaje?... ¡Cómo me voy pudriendo! —exclamó con amargura—, sí; pero todo antes que el cementerio..., ¡y mañana que piensan enterrarme!

En estas angustias se encontraba nuestro amigo, y en ellas lo dejaremos mientras referimos lo que pasó en la capilla del cementerio, poco después de haberse él escapado.

IV
EN QUE SE VERÁ QUE LOS MUERTOS
TIENEN TAMBIÉN POLICÍA

Tan luego como la persona que custodiaba a Póstumo en el cementerio se sintió amarrada por éste, comprendió que la idea del mismo era escaparse, como lo verificó, para volver al mundo a dársela de vivo.

Entonces el guardián recordó que era *espiritista* y, con arreglo a lo que el caso requería, evocó el espíritu de un polizonte afamado en Madrid por el olfato de sabueso y la índole pesquisidora que lo caracterizaban.

—Veamos —se dijo el guardián de muertos— si es posible que un difunto se burle de mí impunemente.

No sabemos si el tal guardián era *médium mecánico* o *intuitivo*; ignoramos de qué se valió, puesto que no tenía papel ni lápiz a su disposición en aquellos momentos, ni podía, con las manos atadas, como se las había dejado Póstumo, aplicarlas a mesas ni a mueble alguno; pero es lo cierto que la evocación, aunque hecha de una manera puramente mental, fue tan eficaz y perfecta que a poco se

dejaron ver un tricornio y un bastón, luego unas narices y, por último, la figura completa del famoso esbirro.

Es decir, que allí no hubo golpecitos ni cosa por el estilo, sino la presentación en cuerpo y alma de la entidad evocada. ¿Puede darse mayor prodigio?

El polizante mostrando, como hemos dicho, su cara triforme, a saber: de zorra, de gato y de hurón al mismo tiempo, expresó:

—¿Qué me quieres?

—Acaba de escapárseme el muerto que velaba y que se llamaba en el mundo don Póstumo, hijo de su padre y de su madre, natural de Madrid, vecino de uno de sus distritos, y empleado en no sé qué parte, con la categoría, goces y derechos consiguientes a un sueldo de 30 000 reales. Con señas y datos tan positivos, no dudo que usted, que tanto se distinguió en el mundo por su olfato, sabrá dar con él ahora mismo y salvar de este modo mi responsabilidad.

—Te serviré —respondió el espíritu— con verdadera eficacia; pues, esbirro por vocación, me place servir al orden y al santo principio de autoridad. Por eso estoy muy bien pagado en el planeta donde ahora vivo.

—Y si está usted encarnado en otro mundo, ¿cómo ha podido obedecer a mi voz?

—Dormía, y como todo se hallaba tranquilo, me dije: “Vamos a hacer algo por no estar ocioso y, pues-

to que me llaman de Madrid, será para darme el solaz de otras veces... Le tengo mucha afición a la coronada villa. ¡Desempeñé allí tan a gusto mi oficio! Perseguir malhechores es empresa ruin; mi fuerte es la política; husmear motines y pillar sospechosos”.

—Pues bien, señor polizante fantasma —añadió el guardián—, deseo saber dónde se encuentra a estas horas el difunto prófugo.

—Tè diré —exclamó el evocado y, abismándose en éxtasis profundo, a manera de quien anhela ver en lo invisible, expresó luego—: Sí, lo veo; ahora se encuentra en las máscaras del Teatro Real; lleva un dominó negro, con el que pretende encubrir su blanco sudario. Casi lo toco con la mano.

—Pues atrápelo usted.

—¡No, de la apariencia al hecho!... Es preciso que yo vaya en persona.

—Entonces, vaya usted presto, señor tricornio, que aquí lo aguardo dispuesto a amarrar al prófugo para que no torne a las andadas.

—Voy corriendo —repuso el de ultratumba—. Nunca estoy más contento que cuando hago mi oficio.

La sombra esbirro desapareció de allí, y a poco, en alas de su voluntad, se halló en la plazuela de Isabel II, frente por frente de la estatua de Talía.

—Reflexionemos —se dijo—. Veamos si encuentro por aquí alguno de mis conocidos del ramo. No sé si me habrán olvidado.

En esto, presentose uno de ellos.

—¡Hola, Pachón! —exclamó—, ¿y Podenco?

—Allá está con Mastín y Perdiguero; pero ¿quién es usted?

—Vuestro antiguo jefe.

—¡Jesús me ampare!... ¡Vade retro!... ¿Qué pretendes, alma infeliz de mi difunto jefe? ¿Quieres misas?, las pagaremos. Así podrás salir de ese lugar en donde estás penando, que no te faltará por qué, atendido lo que fuiste en este mundo.

—Nada de eso; estoy tan bien o mejor por allá que por acá. Se trata de coger a un muerto prófugo del cementerio, y que está en ese baile.

—¡Para el diablo! —exclamó el polizante vivo—. Líbreme Dios; no tengo jurisdicción sobre los muertos.

—Entonces —dijo el fantasma—, llamaré a los míos del otro mundo, y no os quejéis de que invado vuestras atribuciones; si bien es verdad que para pescar a un espíritu prófugo hay que valerse de la policía espiritual, ya que la vuestra es puramente corporal.

—¡Corporal!... No del todo —expresó el esbirro terrestre.

—Sí, ya sé —repuso el del otro mundo— que con frecuencia invadís la jurisdicción del espíritu, pero siempre procediendo corporalmente y contra los cuerpos; a saber: ¿deseáis proceder de la manera que llamáis preventiva? Entonces os vais al cuerpo del prójimo para atrapar en él las intenciones de su espíritu. Eso es lógico, porque pillar el cuerpo es pillar la madriguera, nada más natural que irse al bulto de las cosas; al menos, así lo hacía yo cuando estaba entre vosotros.

—Cuidado con murmurar de nuestras instituciones, señor Lobizorro; que aun cuando haya usted sido mi jefe y tenga que respetarlo, primero es mi deber. Está usted murmurando de nuestra conducta y atacando el sagrado principio de autoridad que represento. No puedo permitir esa crítica. Nosotros procedemos siempre con nuestras razones.

—Ésas son precisamente a las que me refiero. Y ¿cómo harías para realizar en mí vuestras amenazas en caso de que mi crítica continuase?

—Con todo el respeto debido a la categoría de usted, lo llevaría preso.

—Recuerda que soy espíritu.

—Pero tiene usted cuerpo en estos momentos.

—Estás equivocado; pálpame y verás.

Intentolo el polizante vivo, y retrocedió aterrado no encontrando bulto. Era impescable aquel espíritu insolente y sedicioso; no tenía agarraderas.

Lobizorro había desaparecido, dejando al esbirro amostazado y como lelo, ni más ni menos que el gato que, al entrar cauteloso en la despensa, atraído por el olor del queso que hubo allí, encuentra que se lo comieron los ratones.

V DE CÓMO NO ES SIEMPRE OPORTUNO EVOCAR A UN ESPÍRITU

En tanto que fuera del Teatro Real pasaba lo que hemos contado, veamos lo que ocurrió dentro de aquel templo de Momo y de Terpsícore.

Póstumo había permanecido acurrucado en su escondite hasta que pasó la tremolina que su presencia ocasionara en el salón. Quiso volver a éste, cuando, con la lucidez del espíritu, divisó por entre la concurrencia al polizonte de ultratumba, acompañado de otros dos subalternos de igual naturaleza, quienes, con la ductilidad de lo incorpóreo, aunque con su correspondiente uniforme, por el buen parecer, se deslizaron hacia él desde el otro extremo del salón. Entonces pensó refugiarse en el café; pero, ¡oh diablura!, en éste, varios amigos suyos, sentados alrededor de una mesa, pretendían que girase, según la moda, al influjo de la cadena que sobre dicho mueble formaban con sus manos.

—Evoquemos el espíritu de nuestro amigo Póstumo —dijo uno—, y que nos cuente cómo lo han recibido por allá.

—Y qué tal se encuentra sin la carne de este mundo.

—¡Buena idea! —exclamó un tercero.

Y a poco empezó a dar vueltas la habladora mesa.

—Ya responde —gritó el primero.

Póstumo, al oír que evocaban su espíritu, sintió que una fuerza poderosa lo arrastraba hacia el grupo.

—¿Qué le preguntamos? —dijo uno.

—Preguntémosle si está satisfecho de la consecuencia que le ha guardado su Elisa, quien, según él, tanto lo adoraba.

—A propósito —añadió otro—, ¿la has visto esta noche danzando con Sisebuto? Sin duda cree que no la hemos reconocido.

—Por eso lo digo. Ella sabe que es de buen pescador hacerlo con dos anzuelos. Faltó el pez Póstumo, y ahora muerde Sisebuto.

Póstumo, que a su pesar se hallaba más cerca, y oía éste para él desagradable diálogo, sintió crecer su mortificación al ver que su desgracia era conocida de sus amigos. Deseaba caer sobre ellos a bofetones; pero hubo de contenerse, considerando que con este grave esfuerzo sus miembros, ya casi desligados por la muerte, pudiesen del todo desencajarse.

—De suerte —exclamaba uno de aquéllos en el instante de hallarse el difunto más próximo a la mesa— que nuestro amigo Póstumo era un zopenco, puesto que así se dejaba engañar.

—Veamos lo que dice —añadió otro—. La mesa anda de nuevo.

—¿Queréis saber lo que dice? —gritó Póstumo poniéndoseles delante y dejándoles estupefactos—. ¡Pues sabedlo, aunque me desbarate!

Y así diciendo, ¡zas!, ¡zas!, comenzó a repartir bofetones a uno por barba, que, como dados con mano de muerto, es decir, bastante pesada, iban echándolos por tierra respectivamente.

Ante esta lluvia de cachetes, alborotose la concurrencia del café, y hubiera continuado el huracán, a no haberse presentado los polizontes de ultratumba, asiendo a Póstumo del cuello y gritando:

—¡Difunto prófugo, date preso en nombre de la eternidad!

Con tales voces acabó de aturdirse todo el mundo, y cuando Póstumo salió de allí hacia el salón del baile conducido por los polizontes, oyó que gritaban por todas partes:

—¡Un muerto, un cadáver que se ha escapado de su sepulcro! ¡Acaban de cogerlo!

Redoblábanse con estas voces la algazara y confusión.

En esto, llegó el aparecido con los esbirros sepulcrales a donde estaba Elisa, quien, oyendo hablar de un muerto prófugo, y al verlo luego, pues el dominó de éste, desgarrado en la refriega y perdida la careta, le

permitieron reconocerlo, lanzó una serie de ayes en distintos tonos, y se desmayó en brazos de Sisebuto.

—¡Mujer inicua —exclamó Póstumo enfurecido—, Dios te dé larga vida bajo la tutela del Diablo!... ¡Y tú, amigo pérfido, muérete y verás!

Y esto dicho, dejose conducir al cementerio.

Grave escena de agitación y espanto quedó reinando en aquel concurso, en la que tomaban no poca parte los polizontes de Madrid, que, al ver invadidas sus atribuciones, pedían favor para la ley, clamando contra aquellos salvaguardias de la eternidad.

—Si los muertos —decía un cesante— se meten en las cosas de acá, donde no cabemos ya los vivos, ¡buenos vamos a estar! ¡Ya que de por sí eran tan pocas las tajadas!

—¿Y quién era ése? —preguntaba un curioso.

—Un tal Póstumo, hijo de su padre y de su madre, empleado con 30 000 reales —respondió un hablador.

—Hijo del presupuesto, querrá usted decir —añadió un pagano.

—Era uno que contábamos de menos y que ha resucitado, a lo que parece —repuso un empleado.

—¡Estaría bien —añadió un pretendiente desvalido— que ahora viniesen los de otra parte a disputarnos el turrón!

En cuanto a Póstumo, como hemos dicho, lleváronlo al cementerio, y no pudo dejarse el entierro para la ma-

ñana, porque con las bofetadas que había repartido en el café, las violencias que le hicieron los polizontes de la eternidad, y demás accidentes de tan alborotada trapisonda, rotos ya los tegumentos que ligaban sus miembros, se estaba desvencijando. Procediose, pues, inmediatamente a la inhumación, de lo que se alegró no poco el guardián o velador de difuntos, aunque sólo fuese por espíritu de venganza. Los polizontes, en vista de lo que les dio que hacer para volverlo al cementerio, juzgaron que como más seguro podía estar un muerto tan traviesillo era enterrado.

VI QUE TRATA DE LO QUE HIZO NUESTRO HOMBRE DESPUÉS DE SEPULTADO

Una vez aprisionado Póstumo debajo de la tierra, sintió libre su espíritu y, abandonando aquel cuerpo a su pesar, pues desvencijado y todo lo amaba tanto, partiose aéreo y puro a las regiones de lo infinito.

Pero no concluye aquí su historia.

Disgustadísimo iba el espíritu de Póstumo por haber dejado nuestro planeta en sus peculiares circunstancias, pues, muerto o vivo, con tal de residir en él, podría vengarse de su inconsecuente novia, aunque sólo fuese a manera de remordimiento perseguidor. Pero ¿cómo transitar por el mundo no teniendo cuerpo? Desconsolado estaba y vagando sin saber hacia dónde dirigir sus espirituales pasos, sin que, atendida su turbación, pudiese dar con la morada o lugar a que había de encaminarse. ¡Debe haber tantas sendas y vericuetos en lo infinito!

Esto aumentaba su pena, porque aquella soledad tan absoluta era aterradora, cuando vino hacia él su

ángel custodio con la mira de guiarlo por aquellas regiones ilimitadas.

EL ÁNGEL. —Ven a la mansión de los espíritus hasta que encarnes de nuevo.

PÓSTUMO. —Es decir, que voy a estar como cesante o de reemplazo.

EL ÁNGEL. —Poco más o menos.

PÓSTUMO. —Y cuando encarne de nuevo, ¿en dónde será?

EL ÁNGEL. —En donde haya lugar. Yo veré el modo de buscarte una buena colocación.

PÓSTUMO. —Pero yo quisiera volver al mundo que he dejado: a Madrid, si es posible.

EL ÁNGEL. —Muy preocupado vienes con las cosas de allá abajo, y eso podría perjudicarte en tu nueva encarnadura. Conviene que todo lo olvides.

PÓSTUMO. —Y ¿cómo olvidar?

EL ÁNGEL. —La muerte es a propósito para el caso. ¿Para qué pensar en un mundo a donde quizá no habrás de volver, o al que, si volvieres, sería pasando por el nacer y la edad de niño, en cuerpo nuevo, con familia y educación distintas, y acaso hasta en un país antípoda del que dejaste? Y de volver allí sin haber olvidado, como lo previene la ley natural, pues Dios, en su infinita sabiduría, ha querido que al nacer se beban las aguas del Leteo, ¿qué habría de sucederte? Que andarías llevan-

do a cuestras tu vida anterior y todos tus recuerdos en lucha con las impresiones y pensamientos nacidos en otro estado muy distinto. Entonces, ¡qué confusión para tu espíritu, luchando con dos vidas incoherentes!

PÓSTUMO. —Aun cuando así fuera, querría vengarme de una ingrata y de un falso amigo que allí abusaron de mi bondad; probarles a todos, comenzando por probármelo a mí, que con la experiencia que la tumba me ha proporcionado no sería tan fácil engañarme.

EL ÁNGEL. —Pero la culpa fue tuya, pobre Póstumo, que todo lo veías color de rosa. ¿No te lo dije yo desde que te puse en el mundo o, mejor, desde que, despertando tu razón, pudiste comprenderme? Sólo que mi consejo te pareció impertinencia, y lo desechaste, sin pensar que desechabas en mí tu propia razón. Debes, por lo tanto, persuadirte de que el mal estuvo en tu propio carácter, y que, si volvieras a nacer en idénticas circunstancias y condiciones a lo pasado, te sucedería lo propio, aun cuando pusieses en juego la experiencia de que hoy blasonas. No; te quiero demasiado para consentir que nazcas de nuevo en el mismo mundo que acabas de dejar. Yo te buscaré otro planeta más en armonía con tu índole y circunstancias esenciales.

PÓSTUMO. —Sin embargo, no estoy satisfecho. Llevaría no una vida, sino ciento, a cuestras, con tal de dar en cara con mi presencia a aquellos miserables. Después

consiento en morir y olvidarlo todo. Porque, ¿de qué me serviría volver al mundo habiendo olvidado mis antecedentes? ¿De qué me serviría volver al mundo, si ya no era el mismo? Eso estará bien para los que quieran prescindir de lo que fueron; pero para los que están conformes y encariñados con su existencia pasada, ¿por qué habrían de querer otra distinta y sin vínculo consciente con la anterior? La muerte es entonces una manera de saldar cuentas con que no estoy conforme, puesto que el legítimo acreedor lo pierde todo, y el deudor, con el hecho de sobrevivirle, resulta ganancioso.

EL ÁNGEL. —Veo que eres muy tenaz, y voy a contarte una historia que acaso te sirva de ejemplo para no pretender semejantes locuras.

VII EN QUE EL CUSTODIO REFIERE A PÓSTUMO LAS AVENTURAS DE CÓSMICO

El ángel comenzó su narración de la manera siguiente:

—Cansado (si es posible que el Ser Omnipotente necesite descanso) se hallaba el Creador con las pretensiones que de igual naturaleza que las tuyas le hacían la mayor parte de los espíritus. Anhelaban volverse al mundo sin olvidar los hechos y conexiones de su vida anterior, acaso por iguales motivos que los que expresas; y para evitar de una vez tan improcedentes solicitudes, cual si pudiesen barrenarse a cada paso sus leyes eternas e inmejorables, o como si la divina omnisciencia fuese falible y caprichosa como los mortales, consintió, con la mira de probarles lo absurdo de sus pretensiones, que una de aquellas criaturas consiguiese sus deseos. Otorgole la impertinente demanda de transmigrar sin olvidar. Y ¿qué aconteció? Voy a contártelo, aunque con la brevedad posible, mucho mayor de la que merecería tan importante asunto.

”El tal espíritu se llamó en el último mundo que había habitado, y que creo que fue Saturno, Cósmico.

”Volvió, pues, a Saturno, y nació de padres diferentes y en extraño lugar al que dejó, pues no era posible trastornar todo un mundo por complacer su capricho, ni volver a crearle los mismos padres, los mismos abuelos, etcétera; porque siendo los unos nacidos de los otros, según las leyes de la materia, debían seguir unos de otros la lógica ley de los derivados; y por consiguiente, para rehacer a los padres había que rehacer a los abuelos, bisabuelos, etcétera, como productores indispensables de un hombre dado.

”Tampoco podía hacérsele nacer en el mismo lugar del mundo; porque no siempre habría vacantes en el propio sitio, y tú sabes que aquí, para evitar injusticias, se procede, por lo general, en la reincorporación con arreglo a orden y plan determinados.

”Nació y murió, pues, en un mundo, apareció en otro, y después de haber vivido en algunos, ya no podía con la pesada carga de tantas existencias, gravitando en la última de una manera intolerable. Había sido mujer, y bastante coqueta, en Venus, médico en Saturno, cómico en Palas, músico en Ceres, guerrero en Sirio, poeta en Urano, mercader en Marte, ministro en Júpiter, reina en Juno, y así por el estilo. ¡Qué confusión! Suponte toda esta reunión de caracteres en una sola persona, con su mezcla de recuerdos correspondientes”.

—Pero todo eso —replicó Póstumo— le crearía una múltiple aptitud muy ventajosa para todas las fases de la existencia.

—Sí —repuso el custodio—; pero ¿y la necesaria armonía? Todo esto perjudicaba sus facultades por falta de unidad. ¡Qué mezcla de pasiones! La formalidad del sabio, en lucha con la coquetería de la mujer; los caprichos soberbios de reina, con las veleidades de ministro; los sueños del poeta, en choque con el positivismo del negociante; la ductilidad del cómico o del músico, con la fiereza del soldado; todo esto, unido a que en una esfera había sido liberal, como hombre público, y en otra, por interés de su posición, retrógrado: ¡qué maremagnum de contradicciones dentro de sí mismo! Recuerdo que ahora vive en Madrid, en la Tierra, y acaso lo hayas conocido.

”Como lo ha sido todo en otros mundos, sirve allí para todo; así es que lo habrás visto siendo muchas cosas a la vez; pero ¡de qué modo! Veces hay que, siendo diputado, este nuevo Gil Blas del universo, recuerda que fue músico en otra vida, y desde la oposición ha salido con un himno de alabanzas.

”Al sentarse en la poltrona, suele venirle en mientes que fue cómico, y tiende con frecuencia a los golpes de teatro. Eso no impide que, por no haber perdido los hábitos de mendigo que fue en Vesta, por ejemplo, se

aficione a pedir a menudo, ya que no limosna, créditos supletorios; y por no haber olvidado su anterior profesión de traficante en otro mundo, meta las manos hasta los codos en eso de empréstitos y contratas.

”Coquetea en el banco azul o en la oposición, ya tomando varas a más y mejor, ya dándola de desdenoso. Otras veces, que no son las menos frecuentes, pone mano al chafarote, como soldado que fue en otra existencia, y se decide por lo terrible.

”También acostumbra pavonearse con sus reminiscencias de soberana, soñando golpes de Estado, o blasfemando del parlamentarismo a que debe su cartera, por no haber logrado complaciente mayoría. Recordando que fue mujer, como antes te dije, y que, por consiguiente, visten bien en aquel sexo los moños y las cintas, siempre que baja del mando lleva colgado algún adorno, con que se gallardea en salones y besamanos. Teniendo presente que fue mercader, rara vez deja la silla sin haber hecho negocio, y todo, después de tomar, a fuer de ex médico, el pulso a la situación, para ver lo que mejor cuadre a sus conveniencias”.

—Esos son hombres —exclamó Póstumo— a lo cajón de sastre, llenos de retazos de los distintos trajes que han llevado: verdaderos mosaicos políticos; así conozco muchos.

—Suponte —continuó el custodio— que, en lo más serio de una sesión oficial, en lo más agradable de

una conferencia amorosa, en lo más placentero de un banquete, lo evocan como espíritu desde otro mundo donde viviera, y tiene que hacerse el dormido mientras acude allá. Tal le ha sucedido con frecuencia en Madrid siendo magistrado, y ha fallado luego con un conocimiento de causa que sólo podía tener su cuerpo, único presente. En ocasiones parece despierto, y está su espíritu también lejano. ¿Cómo, si no, explicarse algunos decretos suyos, que parecen dictados con el espíritu en otro mundo? ¿Cómo darse cuenta de aquel tejer y destejer a lo Penélope, sino teniendo en cuenta que el alma del ministro estuvo ausente, y que luego, al volver, firmó en barbecho? Además, como Cósmico tiene presentes todas las existencias de una manera simultánea, se encuentra con tantas madres, padres, hermanos, primos y parientes a la vez, que sus compromisos suelen ser bastante graves. Con frecuencia tiene que crear, cuando es ministro, gangas y destinos oficiales para emplearlos; pues ya se ve que no es cosa de que tan elevado personaje permita que mendigue su parentela.

—Pero ¿tiene más que negarse a reconocer un parentesco que él sólo puede recordar?

—¡Imposible! La sangre tira, y sería cargo de conciencia no hacer por los suyos. A más de que los individuos de su familia le conocen este flaco y lo abordan, echándole en cara el parentesco; pues no sé qué trazas se dan ellos

para averiguar que en tal o cual mundo tuvieron deudo. Yo creo que se valen del espiritismo para investigarlo.

—Siempre —interrumpió Póstumo— había tenido a los pretendientes de Madrid por finos y linceos, de suerte que en la actualidad, con las mesas parlantes y los médiums intuitivos, no hay forma de que se les escape nada; ya saben irse a dar con el flaco de un ministro. Pero, volviendo a Cósmico, insisto en que los conocimientos adquiridos en tantas experiencias deben ser para él un perfeccionamiento intelectual que concluirá por hacerlo un dios sobre la Tierra.

—Eso estaría bien —repuso el ángel—, si la transmigration fuese de bueno en mejor, de una manera armónica; pero, como Cósmico es una excepción, no puede arreglarse todo según su conveniencia.

”Nace donde le toca, sin derecho a escoger un organismo rigurosamente apropiado a sus circunstancias. Harto ha hecho Dios en concederle la excepción”.

—Pero si todos fuesen creados así —replicó Póstumo— como yo digo, ordenándose las transmigraciones según las circunstancias peculiares de cada espíritu, como creen algunos...

—Ésos no cuentan para nada —interrumpió el custodio, ya incómodo— con el nacimiento, educación y profesiones, cuyas influencias, contradictorias las más de las veces, alterarían la armonía preestablecida, ha-

ciendo ilusorio el tal mejoramiento gradual, salvo en las materias puramente noológicas, como las matemáticas, en que no caben apreciaciones diversas ni influencias morales de clase, ejercicio ni educación. Esto, prescindiendo de que cada esfera individual, una vez dada, imprime en el ser sus afecciones simpáticas o antipáticas que modifican notoriamente el modo de existir de cada entidad humana. Pon en juego tantas maneras de ser y tan diversas, todas presentes por la memoria, que sería como el archivo de las ideas acumuladas en tantas vidas diferentes, y trata de armonizarlas en un individuo. El tal sería un caos en carne y hueso, o un don Cósmico y nada más.

—¿Habría más que conceder a los seres —murmuró Póstumo— una sola vida, pero eterna?

—También puedo convencerte —replicó el custodio— de lo absurdo de tu indicación. Otra historia tengo que contarte a este respecto, en la vía de convencerte, y es la que sigue.

VIII
EN QUE EL CUSTODIO REFIERE
EL CASO DE DON PERPETUO

Y el ángel continuó:
—Hubo un espíritu que en la Tierra se llamaba Perpetuo, y sin duda, para ser digno de este nombre, suplicó a Dios, después de muerto, que lo volviese al mundo. Su Creadora Majestad accedió a su petición, con grandes instancias apoyada, diciéndole: “Ve, pues, y vive eternamente”.

”Esto lo hizo con la mira de enseñar a los demás espíritus a que no le pidan lo absurdo. Modificó la organización de aquél como para ser eterna, dotándola de fuerza indestructible; no debía prestarse su egregio poder a jugar como un niño, alterando de nuevo sus leyes porque variase de deseos el dicho caballero.

”Volvió, pues, nuestro héroe a la Tierra con cuerpo eterno. Empezó por darse a todos los goces del espíritu y materiales que pueden concebirse. Más de una vez tuvo tiempo, en su larga vida, de adquirir riquezas sin trabajar, ya porque con tiempo largo no es posible que

dejen de presentarse propicios azares, ya porque, como más antiguo, tenía ocasión de llegar a buen tiempo en todas las cosas que no dejaba de conocer antes que los otros; pero, como sabía que nunca había de envejecer ni enfermar, curábase poco de conservar la fortuna una vez adquirida.

”¿Tenía un amigo? Desaparecía al quererlo más. Su familia se hundió en los abismos de la tumba.

”Así, ya no le inquietaba la pérdida de las personas que amaba, y que necesariamente tenía que ver sucumbir, estando obligado a reemplazarlas en su corazón por otros nuevos afectos, que, apenas cultivados, veía caer también a su alrededor, como las hojas al viento del otoño. Concluyó por gastarse su corazón y por no amar a nadie, temeroso de crear afectos para la muerte. Comprendiendo que no se podía vivir sin amigos, procuraba tratar a las gentes sin predilección, y cuando su corazón lo arrastraba a una preferencia, buscaba a todo trance los defectos ajenos para contener el vuelo a su cariño.

”Cansado de llorar a Lauras muertas, dedicose a no ver en la mujer sino el lado material, y entregose a toda suerte de placeres con desenfreno, puesto que los resortes de su fuerza vital y su salud eran inquebrantables; pero la saciedad lo condujo al capricho, y éste es primo hermano del hastío. Sin amor no hay goces que

duren, y la posibilidad de poder gozar siempre de lo mismo le convertía en insípidas todas las mujeres. Y ¿qué mujer podría resistir a la constancia de un hombre eternamente joven y enamorado? Si el obstáculo que motivaba la repulsa era material, tenía que ceder con el tiempo; si era nacido de antipatía, ¿qué mujer no cambia en este concepto ante una vida tan larga?

”A veces acontecía que las tales mujeres morían sin satisfacer los anhelos de Perpetuo; pero muy presto lo curaba el olvido, en que había ejercitado tanto su corazón. Si la distancia era el inconveniente para lograr sus fines, estaba en posibilidad de allanarlo con el tiempo, siempre que la dama perseguida no sucumbiese antes.

”Sucedíale que sorprendía la vejez a la mujer que anhelaba, pero esto le era también de fácil consuelo, pues no hay aspiración que no ceda ante las arrugas de una Venus. Él podía decir a todas: o muerta, o vieja, o mía.

”Así es que, no sintiendo desconfianzas graves en sus pasiones, el capricho se entibiaba. ¡Luego, había visto envejecer, desaparecer o ceder a tantas! En una palabra; las mujeres no eran ya gran atractivo para él, desde que no quería o no sabía preferir a ninguna ciegamente. El amor no existe sin la absoluta preferencia y el entusiasmo.

”En una de sus reacciones hacia el bien, se propuso casarse y fundar familia: ‘Los bisnietos suplirán a los nietos —se dijo— y así tendré siempre a quién querer’.

”Pero si los bisnietos lo amaron, los bisnietos de aquéllos no lo reconocían ya; antes bien, les inspiraba horror, pues veían en él tan sólo un monumento, alrededor del cual habían caído tantas generaciones.

”—¡Qué fastidio! —exclamaba—, ¡qué horrible fastidio ver salir el sol por un mismo lado todos los días!

”Para distraerse, recorrió el mundo a pie y en todas direcciones; todas las lenguas, leyes y costumbres llegaron a serle familiares. Variaba sin cesar de países. Lo que el Judío Errante hacía como obligado por un decreto del Altísimo, él lo ejecutaba por deseo de no parar. Estaba tan cansado de vivir en un punto cualquiera, como lo estaba Ahasvero de andar errando. La Tierra le parecía pequeña y se ahogaba. Intentó mil veces el suicidio... ¡Imposible! Era un impenetrable paquidermo, y sus miembros más fuertes que el escudo de Atlante. Tan fácilmente rechazaba su cuerpo el hierro de un puñal como la bala de un cañón. Despeñado de las más horribles alturas, quedaba ileso. Los más activos venenos eran inocentes para él. Intentaba morir de hambre o sed, y parecía que su cuerpo, como Rabicán, el caballo de Astolfo, vivía del aire. Pensó una vez que acaso sería así, y no logró asfixiarse; sus pulmones hubieran absorbido el ázoe y demás gases mofetas cual si fueran oxígeno. Buscó y rebuscó en su cuerpo algún punto vulnerable como el talón de Aquiles, el cabello del moro

Ferragús o el ombligo de Orlando, pero ni la más leve aguja podía penetrar en aquel cuerpo de una porosidad incomprensible, y que parecía haber resumido en sí toda la indivisibilidad del átomo. Procurábase indigestiones; su estómago hubiera digerido balas; las enfermedades todas le eran igualmente imposibles. Hacía esfuerzos inauditos para relajar sus músculos, pero eran como de acero; las impresiones más profundas no aceleraban el ritmo de sus nervios. Pero ¿a qué tanto intentar? Convenciose de que la obra que Dios había hecho en él era indestructible.

”Ya he dicho que la Tierra le parecía pequeña. Anhelaba, por lo tanto, hallar en la ciencia un camino para salir de aquel mundo, burlando, ya que no podía morir, la obra de Dios, sin destruirla. Estudió, atesoró todos los conocimientos humanos, pero no encontró el modo de salir de la esfera terrestre. No se ha descubierto todavía en aquel mundo camino alguno para los astros. Aquella ciencia, cuyo estudio había hecho su encanto ínterin se prometió de ella una solución a su problema de escapatoria o fuga de su planeta, perdió todo su atractivo, y, cerrando los libros, tornó a su vida tediosa y amarguísima.

”Como no esperaba otra existencia, no la temía. No temía tampoco castigo alguno material en su vida, porque ¿qué males podrían sobrevenirle? A nadie amaba, ni aun a

sí mismo, puesto que si existía era ya contra su voluntad, rabiando de envidia cuando veía morir a los demás, como quien ve en cabeza ajena un beneficio que ambiciona y de que no le es dado disfrutar.

”Cansado de todo, puesto que todo formaba parte de una existencia que cada vez odiaba más; siendo así que lo que hace amar las cosas es el temor de perderlas, y lo que aflige a los humanos cuando las pierden es el temor de que la vida sea sobrado corta para recobrarlas, razón por qué en la edad madura se aprecie todo más y es mayor la aflicción por lo que se pierde; acostumbrado a verlo todo sin ilusiones, puesto que había visto ir y venir tantas cosas; sin estímulo, como he dicho, del bien y ventura en otro mundo que le era negado, ¡qué hacer! Se hizo cada día más egoísta a su manera, y cada vez más inmoral. Los vínculos de su alma con el sentimiento de la perfección desaparecieron. Una vez así, como por puro recreo, entró en las luchas de la política: su falta de fe lo desencantaba. Intrigó, se afanó, se divirtió con la suerte de una nación por algún tiempo; pero, una vez alcanzados los más altos puestos, colmado de todos los honores, habiendo saboreado todos los néctares del poder, desde la satisfacción del amor propio hasta la de la venganza, habiéndolo corrompido todo con su contacto más de lo que lo estaba, volvió el fastidio”.

—Pero ¿tenía más —interrumpió Póstumo— que servir los intereses del progreso y marchar con el mundo, siendo el progreso eterno y su fuente inagotable? Es tanto lo que queda por hacer aun en la sociedad más adelantada de la Tierra, que esto hubiera sido para él un encanto mayor que el de viajar por los demás astros. La locomotora de la civilización tiene ante sí una senda infinita, y recorre tantos países desconocidos, panoramas tan variados, que hallaría siempre novedad en ellos el espíritu más ambicioso; habría maravillas y placeres para un ser eterno.

Y aquí enseñó Póstumo la punta de sus orejas de visionario. La muerte no lo había sanado de sus sueños de mejoramiento y perfectibilidad humana: su locura parecía incurable.

—Eccolo —respondió el Custodio, que, por lo visto, conocía sus palabritas de la lengua del Dante—; eso mismo aconteció al referido don Perpetuo. Díjose así: “Sin duda está mi mal en que no he cumplido el fin que me propuse, al pretender de Dios el permiso de volver al mundo. Amaba la ciencia y el progreso del espíritu humano en todas sus manifestaciones, y era tanto mi anhelo en este punto que lamenté mi muerte porque quedaban pendientes infinitas soluciones. ¡Gozaba tanto mi espíritu al ver el desarrollo de ese gusano que se llama hombre y que cada día adquiere nuevas facultades, y que de enano se agiganta sin añadir un miembro más a su cuerpo,

ni una potencia más a su alma! ¡Y luego el descogimiento de ese mundo que se agranda en el yunque de la ciencia, sin añadir un átomo a su volumen, ni alterar en un sólo ápice su movimiento y marcha planetaria! ¡Victorias del espíritu, siempre infatigable y siempre triunfante, después de una lucha encarnizada y gloriosa de todos los momentos; evoluciones de la eternidad dentro de la temporalidad, de lo infinito dentro del espacio! No podía resignarme a dejar el espectáculo. Lloré, pues, al morir, y acogí con júbilo inefable la concesión de Dios de hacerme vivir eternamente, como medio de continuar en mi pasmoso estudio. Pero, apenas me contemplé eterno y capaz de abarcarlo todo con igual fuerza, cuando el progreso humano parecióme lento en comparación de lo mucho que yo debía vivir, y como, por otra parte, no temía perder la contemplación de un espectáculo que, si antes me embriagaba, ahora amenazaba ser eterno como yo, me hastié y me dormí, esperando a que alguna notable peripecia o el cuadro final me despertaran. ¡Es tan morosa en responder naturaleza! Al millón de preguntas que se le hacen en cada siglo, responde perezosamente con una sola palabra, con un monosílabo que a su vez demanda otra serie de preguntas para descifrarlo. El drama de un día me deleitaba; pero, desde que se tornaba eterno, perdía para mí su gracia, puesto que esta gracia me

era ya tan familiar como propia. ¿No era yo también maravilla rara y única en la creación? ¡Eterno dentro del tiempo! ¡Cosa anhelable y encantadora cuando me parecía imposible o acaso inconcebible!”.

”Hizo lo que otras veces había hecho; después de recorrer ávidamente los demás pueblos, volverse a España, a cuyo cielo y naturaleza estaba acostumbrado.

”No amaba su país; lo necesitaba por hábito, como el gato el hogar a que se acostumbra. Reconoció que estaba ya viejo, aunque en cuerpo de mozo, y que las ideas nuevas han menester cerebros nuevos que, por no tener sobre sí la enorme piedra de las tradiciones, puedan comprenderlas llevándolas a cabo. Toda entidad de antaño merece respeto; pero, en materia de adelanto, suele ser tan sólo un monumento que sueña con su buena época, un poste miliario que mira siempre hacia atrás contando la distancia andada, cuando no se constituye en valla de impedimento al carro o locomotora de la joven humanidad. Sea esto dicho sin faltar al respeto debido a los años, pero es la pura verdad. Por eso, toda idea necesita arrullar la cuna del pueblo o de los hombres que han de predicarla o hacerla efectiva. Cada paso de lo relativo a la verdad absoluta hiere y lastima infinidad de relaciones y puntos de vista añejos que pugnan por oponerse a su carrera. La muerte, no el homicidio, es en este caso elemento de progreso.

”Don Perpetuo vive hoy como estoico o no sé qué; indiferente a todo y enfermo de saciedad del tiempo, no sabe cómo matar a este enemigo.

”A pesar de ser su forro juvenil e indestructible, es una momia, un espíritu fósil o, mejor dicho, una vejez sin canas y sin arrugas.

”Él debió comprender que la eternidad no puede caber dentro del tiempo”.

IX EN QUE SE TRATA DE OTRO PERSONAJE MUY PEREGRINO

Desengáñate, amigo Póstumo —continuó el ángel custodio—; las cosas están así bien ordenadas. Otro disparate fue la pretensión de un tal don Horóscopo, que anhelaba volver al mundo con la facultad de conocer lo porvenir. Y ¿qué le aconteció? Lo que no podía menos. Sabía que había de vivir 60 años. Al principio todo iba bien, pues el capital de años de que podía disponer le parecía bastante, y malgastó sin conciencia su juventud, dejando los cuidados para después, ya que tiempo le sobraba para la enmienda. Con su lucidez natural, no dejaba de ver allá en lontananza el tardío arrepentimiento; pero estaba por entonces demasiado engreído con sus 60 para privarse de los goces que habían de acelerarle la vejez. La vida parece tan larga cuando comienza, como corta para quien la ve desde la edad madura. Créese sin fin al principio, pero, cuando comienza el decaer de las fuerzas y va haciendo mella en el ánimo la muerte de los demás, hecho en que se fija más el espíritu en razón a que

los finados son todos aquéllos que vimos crecer junto a nosotros, concluye uno por contemplar en cada año una concesión arrancada a la tumba.

”Tan de prisa vivió Horóscopo sus primeros años que a los treinta parecía viejo, y agriose su carácter con el conocimiento de que su término estaba menos lejano; razón para que su medrosa fantasía lo creyese más próximo. La vejez comienza para el espíritu desde que empieza a pensar en la muerte. La verdad entonces borra las ilusiones de la engreída juventud; y aunque Horóscopo no ignoraba que debía vivir otros treinta, le pareció aquella suma tan corta, desde que empezó a contarla todos los días, que cada uno de estos antojábasele un soplo. Volviose no ya económico, sino avaro de sus horas, y mientras más las contaba, menores le parecían. Llegó a no poder vivir tranquilo. Odiaba el reloj, porque le marcaba de continuo la ruina de su caudal de existencia; y, sin embargo, invertía las horas en contar sus pulsaciones; los golpes del péndulo que resonaban en su corazón aumentaban su mortal angustia. Parecía-le cada vez más lúgubre aquel ritmo acompasado; y tan impresionado lo tenía, como si aquel inflexible mediador del tiempo estuviese pegado a sus oídos.

”Hoy tiene 40 años.

”Como está cada vez más agriado su carácter y sabe lo futuro, complácese en profetizar a los demás

los accidentes dolorosos que deben sobrevenirles; y así, todos le temen y le huyen, aislándolo cada día más. No hay quien quiera jugar con él en Madrid, donde mora, porque todos saben que gana infaliblemente. Fueron tantas las loterías que acertó que las administraciones tienen prohibida expresamente la venta de billetes a semejante brujo, cosa que es fácil de ejecutar, atendido a que todos lo conocen y saben su dote de adivinación. Ha vivido casi siempre bien, gracias a aquella facultad, pues halla el medio de utilizarla en su provecho de una manera cuantiosa; pero esta facilidad de adquirir lo ha hecho pobre con frecuencia: ¿qué es la hacienda para quien sólo se cuida de huir de la muerte, que cada vez se le antoja más cercana?”.

—Todo eso está bien —replicó Póstumo—; pero, como yo no pretendo saber lo porvenir, ni vivir sin olvidar, ni mucho menos perpetuar mi existencia en el mundo, sino únicamente tornar a él como había de encarnar en otro, y hacerlo por una sola vida con fin determinado, no me encuentro en los casos que citáis. Haced, pues, ¡oh, ángel de mi alma!, que logre mi anhelado objeto, y os viviré agradecido eternamente. Interceded por mí con el Altísimo, siempre tan misericordioso.

—Ya que de tal modo y tan tenazmente insistes, voy a tratar de complacerte, aun cuando pudiera tachár-

seme de flaqueza por semejante bondad. Veré al Eterno y le suplicaré encarecidamente. ¡Ojalá que Su Divina Majestad no castigue mi impertinencia, que tal habrá de parecerle mi petición!

Dice, y vuela en compañía del espíritu de Póstumo hacia las legiones del empíreo.

Detuviéronse ante las puertas celestes, y el ángel añadió:

—Pues no eres todavía tan bienaventurado que puedas traspasar los dinteles de la mansión inmortal, dirígete al limbo de los espíritus y aguarda allí el resultado de mi instancia.

—Prefiero aguardar a la puerta, si no os estorbo.

—Si prometes no dejarte llevar de curiosidades imprudentes...

—Lo haré lo mejor posible —dijo Póstumo, y quedose en el vestíbulo, sentado o de pie, puesto que las crónicas no dicen cómo.

Entrose el ángel y, después de hacer la debida reverencia al apóstol que guarda los umbrales de la mansión augusta, comenzó a oír los conciertos angelicales al compás de salterios, arpas y chirimías, que derramaban en torno sus sonos divinos.

También los escuchaba Póstumo, aunque vagamente por la distancia, y percibía también, cada vez que la puerta giraba sobre sus goznes, el ambiente perfumado

con que los ángeles turiferarios aromatizan perennemente la morada del Rey de los reyes.

Sintiose hechizado nuestro héroe, o su espíritu, mejor dicho, con tales encantos, y moríase de envidia y curiosidad, si un espíritu puede morir. ¿A quién no [le] hubiera sucedido lo mismo? Sentía vivísimos deseos de violar la consigna, pero el respeto, no exento de temor, lo detenía. Su espíritu contaba en sí aún los resabios de anarquía en que se educara allá en su bella patria.

Así, pues, no debería sorprendernos que el aguijón del deseo pudiese más en Póstumo que el temor de la repulsa o del castigo; y como no había guardia, creyó que la entrada sería lícita, acostumbrado a ver en su tierra la guardia por todas partes.

En las puertas del cielo no veía centinelas, lo que le sorprendió, tratándose del palacio más augusto, y del monarca que está sobre los mundos. Creyó que el ángel no decía la verdad al prohibirle la entrada, o que lo había dejado haciendo antesala por darse importancia y mostrarle superioridad en punto a categoría o celestial predicamento.

Pretendió colarse.

—¿Y qué? —se preguntó—. La casa del Señor, ¿no es templo abierto a todos los fieles? El paraíso, ¿no es la verdadera casa del Señor?

Recordó aquello de “llama y te abrirán”. Tomó audacia, y llamó.

Abriose la puerta y entró sin vacilar; pero a poco vino un querube, que, sin duda, hacía las veces de conserje, y le pidió sus credenciales de bienaventurado, y como no las tenía, a pesar de haber sido tan manso en el mundo, pretendió echarlo fuera.

La lumbré espléndida de aquellos portales y la mirada del ángel lo habían deslumbrado, y sentía renovarse su temor, pesándole ya infinito su osadía; pero arrodillóse y suplicó que lo dejaran ver, aunque fuese desde lejos, al Invisible.

En esto, el apóstol san Pedro, que allí junto se hallaba, salió del éxtasis contemplativo en que yacía y, al ver aquel osado intruso, le mandó apartarse de lugares tan sagrados.

Al oír esta orden Póstumo, imaginó despertar en favor suyo la bondad santa del apóstol y, besando la orla de su túnica, le hizo presente que en todas ocasiones había sido en la Tierra uno de sus devotos más ardientes, y que, aunque liberal y soñador, por especial veneración hacia él, había defendido siempre la santa legitimidad de su patrimonio en Roma.

—Señor apóstol —añadió—, yo soy una pobre criatura que desea alcanzar del Altísimo una leve concesión. Me llamo Póstumo, fui hijo de mi padre y de

mi madre, natural de Madrid, bautizado en una de sus parroquias, y sanguijuela del Estado con 30 000 reales de sueldo; habiendo quizá evitado a la nación, con esta perenne sangría que le hice por algunos años asidua y eficazmente, la plétora monetaria que, sin tales desahogos, hubiera padecido. Ya veis que fui para ella un servidor constante y provechoso.

No sabemos cómo pudo tener aquel espíritu tanta elocuencia, ni de dónde logró sacarla; pero es lo cierto que parecía, en lo retórico y persuasivo, diputado de aquellas complacientes mayorías que defienden fervorosas la necesidad de los votos de confianza y autorizaciones.

El apóstol hubo de conmoverse, porque siempre fue benévolo, y así le dijo:

—En vista de la defensa que aseguras haber hecho en todas ocasiones de mi sagrado patrimonio, ¡oh, Póstumo!, que fuiste en la Tierra hijo de tus padres, natural de Madrid, etcétera, y miembro desangrador del Estado con el sueldo de 30 000 chupadas por año, te permito la permanencia en esta sacra portería, ínterin torna tu ángel custodio con la resolución que esperas. Quedas bajo mi protección, y voy a recomendarte al Ser Supremo.

Al decir esto, san Pedro escribió dos líneas, llamó a un ángel, y le encargó que fuese volando a deponer aquella súplica a los pies de Su Majestad Divina.

De buena gana llevaríamos al lector hasta el trono del Altísimo, no tanto por darle la gloria cuanto por disfrutarla también nosotros; pero no nos es dada esta doble ventura. Confórmese, por ahora, el lector con haber podido introducirse hasta la portería de aquella mansión egregia. Resígnese a la compañía de Póstumo, quien aguarda en tan buen lugar la vuelta de su custodio y el resultado de su instancia, robustecida con la recomendación del santo apóstol.

No se hizo esperar demasiado el ángel, y ya era tiempo, porque Póstumo impacientábase de sobra, procurando en vano husmear a través de las cortinas celestes que velaban a sus miradas curiosas tantos primores.

Llegó por fin el custodio, y le dijo:

—El Eterno, en su bondad infinita, y gracias a la intercesión de su muy amado Pedro, te otorga la merced que demandas, pero sin ejemplar; desea probarte que, volviendo al mundo el mismo, tornarás a ser engañado como lo fuiste antes. Besa el pie del santo claverero y vámonos.

Hízolo Póstumo, mudo de contento y, recibiendo la bendición del santo Apóstol, partiéronse de allí para los limbos.

Después de divagar un tanto por el espacio, llegaron a un limbo en donde se hallaba el ángel acomodador de los espíritus, con su oficina correspondiente.

X DE LO QUE ACONTECIÓ EN LA DIRECCIÓN GENERAL DE ENCARNADORES

Entraron Póstumo y su custodio en la oficina que acabamos de mencionar, guardando el debido acatamiento al jefe de la misma, quien contestó a su saludo con cierto desdén oficinocrático.

Una vez allí, pidiéronle un cuerpo conveniente a las miras de Póstumo.

Movió la cabeza el jefe de acomodadores en son de imposibilidad.

Mostráronle la augusta orden, apresurose a obedecer, aunque no sin murmurar: “Es difícil”.

El acomodador obedecía siempre de mala gana las órdenes excepcionales, por el mayor trabajo que le ocasionaban.

—¡Caprichos de mortales! —añadió entre dientes—. ¡Nunca están contentos!

Sin duda el oficio era sobrado fastidioso, hasta el punto de haber agriado un tanto el carácter angelical

del acomodador. ¿Qué no sería obligándolo a prescindir de la oficial rutina?

—Se quiere —expresó el custodio— un cuerpo recién muerto, sin descomposición aún, en que la lesión orgánica, si la hubiese, pueda ser pronto reparada. Ha de ser en Madrid, España, y que el difunto haya pertenecido al presupuesto del Estado, en categoría, por lo menos, de 30 000 reales.

—Casi imposible es hallar lo que pedís —respondió con aspereza el acomodador—. ¡Impertinencias! —gruñó después.

—Buscadlo —replicó el custodio inflexible, mostrando de nuevo la orden suprema.

—Supongo —añadió Póstumo— que aquí no habrá aquella fórmula de “se acata, pero no se cumple”, que se usa en mi tierra de la Tierra. Eso sería traer a la eternidad las extravagancias de la pobre gente de allá abajo, o de allá arriba, porque, en verdad, me hallo tan desorientado que no sé por dónde queda mi bendito planeta.

Examinó con mal gesto el acomodador de almas los registros terrenales, y ya perdía la esperanza de hallar lo que buscaba, cuando, ¡zas!, el telégrafo que unía misteriosamente aquel lugar con millones de mundos, y que estaba comunicando de continuo los distintos fallecimientos, hasta el punto de no bastar millones de

ángeles para tomar nota en aquellos registros, trasmitió desde la Tierra el telegrama siguiente:

España. Madrid. Sisebuto 30 000 reales; repentina; vaso del cerebro roto.

—¡Cómo! —exclamó Póstumo—, ¿ha muerto mi rival?

—Ya encontramos lo que conviene —añadió el custodio—; un cuerpo casi intacto, de tu categoría y lugar, y calentito aún.

—Pero ¿cómo ha sido eso? —replicó Póstumo estupefacto.

Y el custodio le mostró un cristal a manera de espejo, de los muchos que había en aquel inmenso limbo, y vio en él sin sucesión de tiempo y de una manera simultánea lo que anhelaba saber.

Sisebuto había ocupado su empleo, se había casado con Elisa, y en grave camorra que le armaron ésta y su madre doña Facunda, en cuyo lance estuvo a punto de ser arañado suegrilmente, rompiósele un vaso del cerebro, muriendo en el acto. Aconteció esto en la calle, ocasionado quién sabe por qué asunto de joyas que Elisa quería comprar a toda costa y nada a gusto de su marido.

Habían llevado el cuerpo al hospital de San Carlos para hacerle la debida autopsia. En el momento en que Póstumo lo vio, se hallaba aquél tendido en el anfitea-

tro, tan desnudo, mondo y lirondo como sin duda lo parió su madre.

—Van a hacerle ya la autopsia —gritó Póstumo—; mandad que aguarden, que suspendan.

—Tiene razón mi ahijado —añadió el custodio—; porque, una vez abiertas las tres cavidades, como se practica en tales casos, quedaría el cuerpo todo estropeado y muy difícil de soldarse sin que se conociera.

—Ved —repuso el acomodador— el trabajo que dan las excepciones. Ante todo, debe oficiarse al director general de encarnaduras para que borre del escalafón de aspirantes a este caballero; enviar inmediatamente a la Tierra un soldador de cuerpos que aderece el vaso roto, y un introductor de almas bastante hábil para que introduzca en un cuerpo ya formado y duro el espíritu de este buen señor.

—¿Hay más que hacerlo antes que el muerto se enfríe, y cumplir al pie de la letra la suprema orden? —replicó el custodio de Póstumo, amostazado ya con tantas dificultades.

En cuanto a Póstumo, feliz con haber hallado un cuerpo en las condiciones que lo apetecía, y que fuese el de su rival, fijábase tan sólo en las peripecias favorables que le prometía aquella circunstancia, sin caer, por lo pronto, en los inconvenientes que semejante sustitución pudiera ocasionarle.

Llenáronse todos los trámites con la presteza que los sucesos requerían, y dirigiéronse a la capital de España, Póstumo, su custodio y un espíritu cirujano soldador, llegando al hospital de San Carlos más veloces que la luz, y sin ser vistos, gracias a su espiritualidad. El cirujano soldador, que hará también las veces de introductor, por haberse brindado a cumplir además estas funciones, es el espíritu de Dupuytren, a quien por su ciencia se le ha reservado en los limbos para casos idénticos. Verdad es que allí, con la lucidez propia de su naturaleza, ha podido aprender mucho más, extendiendo en gran manera sus conocimientos quirúrgicos. Ahora sabe y puede verificar operación tan delicada como la que se le confía.

Olvidábamos decir que, antes de emprender el viaje a la Tierra la espiritual comitiva, pasó lo que vamos a referir, pues de no hacerlo así, aparecería tal vez como incompleta nuestra verídica, aunque increíble, narración.

Póstumo indicó al ángel que acaso habría sucedido a Sisebuto lo que a él, que después de muerto se halló por muchas horas dentro de su cadáver y como vivo. Convino en esto el custodio, manifestándole que tenía razón y que hacía bien en haberlo advertido a tiempo, porque así acontecía con algunos espíritus remolones, que no querían dejar buenamente el mundo; cosa que se les consiente, ya por no ser necesaria su pronta pre-

sentación en los limbos de cesantes, ya porque al cabo tienen que abandonar, hora más o menos tarde y por inútil, el cuerpo en que habitaron.

—Haremos la evocación de Sisebuto —añadió el ángel custodio.

—Sí, evocadlo —replicó Póstumo—. Yo fui evocado en la mesa del café, y acudí con mi cadáver; por cierto, que mi mano, por lo pesada, dio testimonio de que era carne, aunque muerta, y no periespíritu, como se llama en los limbos a esa carne aparente que en la Tierra no conocí.

—La evocación aquella —replicó el ángel— fue hecha desde el mismo mundo; pues si te la hubieran hecho desde los limbos, habrías tenido que dejar el cuerpo en el baile y acudir al llamamiento extramundanal en el instante.

—Pues entonces no lo evoquéis aún, porque no querría encontrarme aquí con él; me vería precisado a dar un escándalo en estas sagradas regiones, si bien no alcanzo cómo podrían dos espíritus puros irse a las manos en son de pelea.

—Sea como gustes —dijo el ángel.

Referida esta conferencia, que, como se ha dicho, verificose antes de salir de los limbos, vamos a contar lo que pasó luego que llegaron los tres espíritus al hospital de San Carlos de Madrid.

XI

EN QUE SE VERÁ UNA OPERACIÓN QUIRÚRGICA COMO COSA DE MAGIA

Tendido y enteramente desnudo se hallaba el cuerpo de Sisebuto sobre la mesa de disección, si bien a la llegada de los tres seres etéreos, aún no había comenzado la autopsia, gracias a la presteza con que aquéllos anduvieron, o porque el doctor, dispuesto ya para ejecutar la operación, entreteníase en preparar a sus discípulos con aquellas disertaciones de lucimiento en tales casos. La muerte repentina es siempre asunto de grave interés para la clínica. La falange de alumnos escuchaba atenta, y rodeaba al profesor, estrechando cada vez más el círculo. El doctor iba ya a poner manos a la obra.

En este instante fue cuando llegaron al anfiteatro los etéreos, que muy previsores anduvieron en no llevar *periespíritus*, pues hubieran podido ser reconocidos por algún *vidente*, que, tan comunes ya, no faltan en ninguna parte.

El espíritu de Dupuytren se coló por un oído del difunto y alojose en el encéfalo. A poco, exclamó con voz del otro mundo y en lengua límbica o limbáica:

—Ya está soldado el vaso; voy a dar curso a la sangre.

—Listo —dijo el ángel a Póstumo.

—Pero aquí —añadió Dupuytren— está todavía el espíritu del muerto. ¡Fuera de aquí! —gritó como si luchara con aquél dentro del cadáver.

—Señores —dijo el doctor de San Carlos a sus discípulos—, me parece que he oído hablar dentro del muerto; lo juraría.

—Así es —exclamaron varios.

—Y aun parece que se mueve el cadáver —añadieron otros.

En efecto, el cadáver se movía; y era el espíritu de Sisebuto que no quería salir de la humana concha.

—¡Tate! —dijo el doctor pulsándolo—. ¡Hay pulso y la sangre circula!

—Señor custodio —exclamó Dupuytren desde dentro—, llame usted a ese caballero que se ha metido en un rincón del occipucio y no quiere salir.

El ángel comprendió lo que pasaba, y comenzó a evocar a Sisebuto *límpicamente* y con empeño.

—¡Pronto!, venga dentro el nuevo espíritu —gritó Dupuytren—, que voy a poner en movimiento la vida de relación. Ya están en juego los hornillos pulmonares, y el corazón va a entrar en juego inmediatamente.

—Y va calentándose! —repuso el doctor de San Carlos lleno de admiración—. ¡Es singular!... ¡Creo que está vivo!...

—¡Es verdad! —exclamaron los discípulos estupefactos.

—¿Por dónde me meto? —preguntó Póstumo con ansiedad.

—Por la boca, por la nariz, por un poro cualquiera; por el conducto más próximo y expedito.

—Señores, ¿qué es esto? —dijo el doctor vivo—. Este cadáver tiene dentro a más de uno, porque hace rato que estoy oyendo más de una voz; un diálogo o, mejor dicho, un altercado perfecto. Los pulmones del muerto se mueven; el corazón se agita: ¡está vivo!

El espíritu de Póstumo, ayudado por el custodio, se coló por la abertura que encontró más próxima, y salió Dupuytren trayendo consigo al espíritu remolón, que en vano quería desobedecer a la evocación del otro mundo.

—No me iré —exclamaba Sisebuto ya fuera del cuerpo en que se removía su rival.

Sin duda, intentaba promover escándalo aquel espíritu aragonés, o vizcaíno por lo terco.

El doctor vivo continuaba auscultando el cuerpo, cuando de pronto recibió tal golpe con el pecho de éste que hubo de apoyarse en las piernas del mismo para no caer.

El cuerpo de Sisebuto acababa de sentarse abriendo tamaños ojos y diciendo a los atónitos circunstantes:

—¡Caballeros, buenos días!

—¡Vivo, vivo! —gritaron retrocediendo todos con espanto.

—¡Ese cuerpo es mío! —clamó el espíritu de Sisebuto; pero el ángel lo arrastraba a su pesar.

No era la primera vez que los doctores y estudiantes de San Carlos presenciaban aparentes resurrecciones; pero ninguna tan extraña. Por poco supersticiosos que fuesen, que no suelen serlo mucho los cirujanos, tan desconocidos incidentes, como todo lo inexplicable, despertaba en sus ánimos la *maravillosidad*. Excitada ésta, el terror se abrió paso, y no faltó quien murmurase que allí andaba suelto aquél en quien tal vez no creían: ¡el Diablo!

—Sí, señores —continuó el resucitado—, soy nada menos que Póstumo, natural de Madrid y ex empleado con 30 000, que vuelvo al mundo, merced a la bondad de Dios y con su real permiso.

—¡Se ha vuelto loco!, ¡delira! —gritó uno de los presentes.

—A sangrarlo —añadió el doctor.

—Ni por pienso —rugió el resucitado, lanzándose fuera de la marmórea mesa en que había estado tendido.

—¡Amarrarlo! —exclamaron varios—; ¿pues no dice que es Póstumo, cuando todos sabemos que se llama Sisebuto?

—Eso es lo que no podéis comprender —replicó Póstumo.

—¡Está loco!, ¡amarrarlo! —gritaron todos.

Póstumo, al ver que iba de veras lo de amarrarlo, saltó, derribó a los más próximos y, desnudo como se hallaba, salió corriendo de la sala y del hospital.

En esto, ya fuera del mundo y arrastrado el espíritu de Sisebuto por el custodio de su rival, decía resistiendo con indignación y llanto:

—¡Lanzarme de mi cuerpo! Tanto vale un alma como otra, y tales preferencias son injustas. Si no era más que por un vaso roto, bien podían haberlo soldado para mí. Voy a apelar de esa providencia.

Así bufaba el incorpóreo o desincorporado Sisebuto, perdiéndose con su ángel conductor en el espacio.

En cuanto a Póstumo, corría a punto el postre por la calle de Atocha hacia la de Carretas, produciendo por calles y plazas el alboroto que es de suponerse.

No era la primera vez que los buenos vecinos de la coronada villa habían presenciado la carrera de un Adán; pero, desde que el amante de la bella Salada hizo su inesperada excursión en traje del paraíso, anterior, por supuesto, a la comida de la manzana, no se había vuelto a ver otro loco callejero en traza semejante.

Acaso convendrá decir, sin que se tache de inverosímil nuestra historia, que ya comenzaba a ocasio-

narse grande alarma, parecida a la que produjo Adán, el susodicho, cuando se apoderaron de Póstumo dos salvaguardias. Metiéronlo en el portal que más cercano había, ocultándolo de este modo a las miradas de la multitud curiosa. Harto plugo al fugitivo esta detención inesperada, corrido ya de verse examinar y perseguir de aquella manera por los desocupados.

Al principio sólo había pensado en correr instintivamente hacia su casa, temeroso, ante todo, de las gentes del hospital, que imaginaba seguían amenazándolo con sangrías y ligaduras, que no eran en manera alguna de su gusto, y que juzgaba no merecer. Luego pensó refugiarse en alguna casa o tienda de las muchas que hallaba al paso; pero las unas se le cerraban, repeñabanlo de las otras, y de algunas le dispararon muebles para ahuyentarlo; así, pues, cedió con grandísima voluntad y hasta con gratitud a la presión de los salvaguardias, quienes le procuraban un refugio que tanto había menester.

Era la hora en que la multitud ociosa, que en Madrid no es grande que digamos, suele irse de paseo; hora que se extiende a todo el día. ¡Qué rubor para tanta señorita casta y tanta matrona púdica, sorprendidas de mala manera en medio de la calle por aquel hombre al natural, verdadero Adán sin atavíos! ¡Cuánto grito de espanto! ¡Cuántas Evas fugitivas! ¡Cuántas Evas des-

mayadas! Desde que por haber comido la manzana homicida perdieron aquéllas la inocencia innata, sustituyéndola con las rosas del pudor..., ¡qué escándalo, qué escándalo!

En cuanto a los varones, gritaban y corrían sin asustarse, y hasta reían muchos impúdicos; empero, los papás, siempre severos, exclamaban afanosos: “Niñas, volved la cara; ¡qué indecencia! Y ¿qué se ha hecho la policía?”.

Llenáronse las casas de socorro de damas estropeadas, temerosas y pudibundizadas. El mayor número de las que se desmayaron por acceso de rubor fueron matronas. ¡Un loco desnudo! ¡Qué horror! Estaban tan alteradas y enrojecidas que fue forzoso aplicarles la sangría. Todas exclamaban: “Yo no lo he visto”, y luego añadían: “En mi vida he visto cosa semejante; ¡qué escándalo!”.

Allí estaba quizá la mujer del regidor de que habla *El diablo mundo*, pero ¡eran tantas a quienes podía decirse: oh, incansable virtud de la matrona!

No es pecadillo nuestro si da en parecerse tanto en este punto la inaudita historia que narramos al poema, por desgracia no acabado, de Espronceda. Siempre que se trate de algún rejuvenecido o de algún resucitado en cuerpo ajeno, habrá de acontecer lo propio. Tal podría decirse también de la novela de Soulié *Si jeunesse savait!*,

cuyo protagonista es exactamente el viejo hecho joven de *El diablo mundo*. Uno de los dos ha plagiado al otro, o ambos han plagiado a Goethe. Llámese esto imitación más o menos intencional; nada echamos en cara a los imitadores, absueltos por su ingenio sobradísimo.

Nuestro Póstumo no tiene de común con el sudicho Adán otra cosa que las carreras al desnudo por las calles de la muy heroica villa. ¡Ojalá pudiese compararse siquiera remotamente a algunas de las infinitas bellezas que a manera de piedras preciosas esmaltan los fragmentos de *El diablo mundo*, bellísima corona del cisne de Extremadura! Tampoco lo pretendemos, conformándose nuestra relación con sus modestas aspiraciones.

Volviendo a Póstumo, arrepentíase ya de haberse vestido el carnal ropaje de Sisebuto. Jadeante, magulladas sus espinillas por algún taburete arrojádole en la carrera, aguardó, tranquilizándose en lo posible, la inquisitiva del juzgado, que no tardó en constituirse allí, en vista del escándalo que se había producido.

XII

CURIOSA SERIE DE PREGUNTAS, RESUELTAS CON ESTUPENDAS REVELACIONES

EL JUEZ. —¿Quién es usted y cómo se llama?
PÓSTUMO. —Soy evidentemente un hombre, me llamo Póstumo, hijo de mi padre y de mi madre, natural de Madrid y vecino de *idem*, empleado en administración con la categoría, goces y derechos concernientes a un sueldo de 30 000 reales.

EL JUEZ. —¿Su domicilio?

PÓSTUMO. —Viví en la plaza de Oriente, número siete.

EL JUEZ. —¿Y ahora?

PÓSTUMO. —En ninguna parte.

EL JUEZ. —¿Cómo!

PÓSTUMO. —Soy recién llegado, y no he tenido tiempo de buscar habitación.

EL JUEZ. —¿De dónde viene usted?

PÓSTUMO. —Del otro mundo.

EL JUEZ. —Usted se burla. Cuidadito con el saladero. A ver, su pasaporte.

PÓSTUMO. —No se usan en el limbo de donde vengo. Allí, como en otros países, hay completa libertad de locomoción.

EL JUEZ. —Repito que usted pretende burlarse del tribunal.

PÓSTUMO. —No, señor, no me chanco: digo la verdad cuando vuestra señoría me la pregunta, y profesado demasiado respeto a la autoridad para no hablar en serio.

EL JUEZ. —Entonces está usted loco.

PÓSTUMO. —Así parece, señor; pero no es verdad. Yo me morí hace pocos días, y el Señor, apiadado de mis súplicas, me ha permitido resucitar.

EL JUEZ (*al escribano*). —Este hombre está loco.

EL ESCRIBANO. —Indudablemente, según las apariencias.

EL JUEZ. —Es menester llevarlo a una casa de orates.

PÓSTUMO. —Señores, estoy tan cuerdo como cualquiera otro, por más que mis aventuras o desventuras parezcan increíbles... Ya voy palpando los inconvenientes que lleva consigo una resurrección.

EL JUEZ. —¿Y quién puede creerlo? ¿Pretende usted que lo tengamos por un ser milagroso?

PÓSTUMO. —No pretendo tal, pero hallo la cosa muy sencilla. Si quiere vuestra señoría ver si estoy o no

cuerdo, sírvase mandar que me reconozcan los facultativos. Por lo pronto, puedo hacer presente a vuestra señoría, probándole con esto mi cordura, que si alcanzo poco en materia de tramitación legal, no dejo de reconocer que está vuestra señoría fallando respecto de mí antes de haber evacuado citas, antes de cerrar el sumario, y sin que haya nombrado defensor.

EL JUEZ. —¿Cómo se atreve usted a enmendarme la plana?

PÓSTUMO. —No, señor; pero creo que vuestra señoría ha decidido que estoy loco y...

EL JUEZ. —¿Qué más?

PÓSTUMO. —Que debe llevarse al hospicio.

EL JUEZ. —¿Y bien?

PÓSTUMO. —Me parece que lo primero debe ser averiguar y lo segundo fallar; ya ve vuestra señoría que, estando todavía en el sumario, no es tiempo aún de dictar sentencia.

EL JUEZ. —Tiene usted razón, si es que puede tenerla un loco; por tal debe tomarse a quien se da por resucitado en una época en que no ocurren esas cosas.

PÓSTUMO. —Sí; pero es vuestra señoría juez y no médico: éstos son los que deben dar su dictamen en la materia y vuestra señoría oírlos antes de fallar. El examen de los hechos y las pruebas debe preceder al fallo.

EL JUEZ. —Es verdad; pero dificulto que haya médico que asegure que está usted en su juicio.

PÓSTUMO. —Por lo pronto, no se ha llenado la primera diligencia, que era la de buscar una capa que me cubriera. De este modo se evitarían la vergüenza y el frío para mí y el escándalo para los demás. Yo creo que cubrir la decencia pública debiera haber sido la primera diligencia de este proceso.

EL JUEZ. —¡Me está usted reconviniendo!

PÓSTUMO. —No es reconvenir a vuestra señoría; es advertirle que tengo frío y me avergüenza estar llamando la atención de tanto curioso.

EL JUEZ (*a un polizonte*). —Haga usted despejar y que traigan una capa para este hombre.

Cumpliéronse estas órdenes, y Póstumo dio las gracias.

Llegaron a poco, por llamamiento del tribunal, el portero de la casa citada como ex morada de Póstumo y su mujer, portero-hembra.

EL JUEZ (*a ellos*). —¿Conocen ustedes a este individuo?

LA PORTERA (*asustada*). —¡Qué veo!... ¡Don Sisebuto!...

EL PORTERO (*horripilado*). —¡Vivo!..., ¡vivo! ¿Usted no se murió?... ¡Oí decir que había usted muerto!...

LA PORTERA (*retrocediendo*). —¡Jesús!... ¡Jesús! De parte de Dios te pido...

(*Cuadro general de horror. Disgusto de Póstumo. Sorpresa del juez.*)

EL JUEZ. —Decididamente estos también están locos.

LA PORTERA. —¡Qué!, no señor... ¡El señor está o estuvo muerto!...

EL PORTERO. —Sí, señor..., sí, señor.

PÓSTUMO. —Pues qué, Juana, ¿no me conoce usted? Soy Póstumo, no Sisebuto.

Al oír esto creció de todo punto el terror de los porteros, y poco les faltó para echar a correr.

PÓSTUMO. —Soy Póstumo resucitado.

Los porteros dieron a correr.

EL JUEZ (*a los alguaciles*). —Detenedlos, y que cese esta broma. ¡Burlas conmigo! Yo les enseñaré a jugarse con la autoridad. A ver: todos presos.

Apresurábanse a cumplir los polizontes; pero detuviéronse el portero y su mujer con cada vello como un huso, pálidos como la muerte, y en son de volver a tomar las de Villadiego.

EL JUEZ. —Ya ve usted cómo se responde a sus citas.

Póstumo, cada vez más confuso, no acertaba a explicarse. ¿Quién había de comprender tan disparatadas aventuras?

En vano refería los pormenores de su historia de ultratumba; mientras más lo oían, más crecía la confusión.

¡Morirse como Póstumo, y resucitar como Sisebuto! Si hubiese habido allí algún *espiritista*, a pesar de la

novedad del caso, tal vez hubiese dado alguna luz a situación tan tenebrosa.

EL JUEZ (*enfurecido*). —Ahora digo y afirmo que no está usted loco. Todo ese tejido de embustes inverosímiles me está probando que es usted un criminal que, detenido al ejecutar sus planes, pretende ahora pasar por loco, y evitar el fallo de la justicia. Usted huía desnudo, porque quién sabe de dónde salía, cogido acaso in fraganti en la perpetración de algún delito. (*A los polizontes.*) Llevadlo preso hasta que se aclaren estos embustes.

Grande era la agonía y sobresalto de nuestro amigo al verse tratar de aquel modo. Sabía lo que eran expedientes, y comprendía que iban, como suele decirse, a podrirlo en la cárcel. ¿Para esto había vuelto al mundo? Estaba escrito que éste había de tratarlo siempre mal.

Iba, por tanto, a ejecutarse el mandato del juez, cuando una dama, toda angustiada y llorosa, se presentó en los umbrales, corriendo hacia Póstumo.

—¡Esposo mío! —exclamó.

EL JUEZ. —¡Su esposo! ¡Otra tenemos!

Al ver Póstumo a Elisa, pues tal era la dama, y que intentaba arrojarle a sus brazos con gran vehemencia, quiso impedirlo; pero hubo de hacerlo de tal modo y tan bruscamente que la capa, único traje que lo cubría, vino al suelo, con gran rubor de la dama y de la portera.

—¡Elisa! —exclamó aquél confuso y sorprendido, y apresurose a cubrirse de nuevo con la indiscreta capa.

—¡Sisebuto de mi alma! —dijo Elisa intentando otra vez abrazarlo.

Póstumo la rechazó, diciendo:

—No, señora; no soy vuestro Sisebuto. Soy aquel Póstumo a quien prometíais llorar eternamente.

Elisa se detuvo pálida de sorpresa y de terror.

—¡Otra peripecia! —gritó el juez.

Todos los circunstantes contemplaban esta escena espeluznados.

EL JUEZ. —¿En qué quedamos, señora? ¿Es su esposo de usted o no? ¿Es Póstumo o Sisebuto? ¿Por ventura tiene usted a un tiempo dos maridos?

Elisa bajó los ojos avergonzada. No comprendía jota de lo que estaba pasando. ¿Llamarse Póstumo, Sisebuto? ¡Qué mar de confusiones en su cabeza!

EL JUEZ. —Se acaba ya mi paciencia. Señora, ¿está usted también loca como ese hombre y como todos aquí?... Sí, todos, porque creo que también me estoy volviendo tal...

Póstumo, aunque a punto de desesperarse, resolvió pasar por lo que quisiesen, por loco o por criminal, por Póstumo o por Sisebuto. Al ver que Elisa lo tomaba por éste, haciéndole tales demostraciones de cariño, estuvo a punto de morir otra vez, de celos y de ira. ¡Y creía odiarla! ¡Misterios del amor celoso!

—Señora —exclamó—, no soy Sisebuto; soy el alma de Póstumo en el cuerpo de aquél, por concesión de Dios. Los dos morimos, y Dios me permitió resucitar en el cuerpo de mi enemigo para venir a ajustar a usted las cuentas en este mundo.

Como Elisa era *espiritista*, comprendió o afectó comprender en el momento toda esta serie de inverosimilitudes. Por otra parte, ella los había perdido a entrambos, no había tenido tiempo de recuperarlos, y lo mismo le daba uno que otro. Para marido, según ella, cualquiera de los dos era bueno, y aun el tal Póstumo parecía mejor, como más cándido.

Cuando éste iba corriendo por las calles, hallábase ella detrás de los cristales de su balcón, a donde había acudido al oír el alboroto. ¿No era hija de Eva y, como tal, curiosa? Pasó nuestro héroe por la calle y, como era natural, pareciósele a Sisebuto, su querido esposo; e imaginándose que éste había vuelto a la vida en el hospital, envió a su criado Camueso a averiguar quién era aquella semejanza de Sisebuto que tal escándalo producía. Siguiolo el eficaz sirviente, y averiguó que era su amo, a quien la policía acababa de apresar. Al saber esto Elisa, se lanzó a buscarlo, y hallolo precisamente en el momento y forma que ya hemos visto.

—Señora, ¿qué dice usted a todo esto? —exclamó el juez iracundo.

—Que, de todos modos, es mi marido —respondió Elisa, y luego añadió, acercándose al oído del juez—: señor, es don Sisebuto, como dicen estos porteros, como digo yo y como testificará todo el mundo, pero no haga vuestra señoría caso de sus palabras. Supóngase vuestra señoría que él ha pasado por muerto y que en el hospital, ya desnudo para hacerle la autopsia, como acontece con los que mueren de repente, sobre todo en la calle, ha vuelto en sí. No debe, pues, extrañarse que esté su juicio un poco alterado y hable cosas incomprensibles. Permita vuestra señoría que me lo lleve a casa para prodigarle, como esposa, los cuidados que reclama.

Y, volviéndose a Póstumo, le dijo:

—Sí, esposo mío, ven a tu casa, en donde tu buena consorte velará por ti; ya que Dios ha permitido que vuelva a verte.

Póstumo sentía contra Elisa los furores de la hidrofobia; pero, comprendiendo que su apoyo era el único medio de salir de tan embarazosa situación, resignose y dejase conducir por ella, resuelto a recobrar su desdeñosa actitud luego que se viese libre de aquel penoso trance.

Conformose gustoso el juez, al considerar las confusiones de que se libraba. Esta ocasión era harto buena para deshacerse de un negocio que, por lo extraño, amenazaba con grave exposición su fama de entendido.

Los presenciales quedaron entre sorprendidos y estupefactos. Nada comprendían.

Elisa y Póstumo ensisebutado, o Sisebuto empostumado, salieron para subir al carruaje, que en breve los condujo a casa de la primera.

XIII DE CÓMO EL CUERPO DE SISEBUTO NO ESTABA CONFORME CON LA EMPOSTUMACIÓN

Cuando iban en el coche los dos esposos, si así podemos llamarlos, no mostraban ambos el mismo aspecto conyugal. Elisa se deshacía en halagos, en tanto que Póstumo la rechazaba, apellidándola infiel, ingrata y pérfida, como si cada uno de estos adjetivos no bastase.

En cuanto a la dama, se decía a sí misma: “¿Quién sabe si es Sisebuto, como lo parece su cuerpo, y quiere probarme haciéndose el Póstumo celoso? ¿Sí será, en efecto, Póstumo que se ha metido en el cuerpo vacío de Sisebuto para ponerme en confusiones?”. Ya hemos dicho que era *espiritista*, y considerada en su círculo como verdadero *médium-vidente*; en su calidad de tal, no le parecía imposible aquella rara metempsícosis.

Al ver que su adlátere, con apariencias de Sisebuto, se enfurecía cada vez que lo llamaba así, resolvió no darle ninguno de los dos nombres, para lo cual las palabras “esposo mío”, “amado mío” podían servirle eficazmente,

fuese quien fuese aquél; y aun se inclinó, por último, a creer que fuese Póstumo, al observar que era mayor el encono de la víctima cuando lo nombraba “Sisebuto”. Además, de algo había de servirle su incuestionable perspicacia; y advirtió en aquel individuo tantos rasgos del carácter de Póstumo que dedujo que, si el cuerpo era o parecía de Sisebuto, el carácter estaba cortado a lo Póstumo. Diose trazas para que éste, a pesar de su furia, le contase, aunque a grandes rasgos, y en medio de mil apóstrofes contra ella, sus aventuras de ultratumba y su prodigiosa manera de volver al mundo en el cuerpo de Sisebuto. Y ella, en su *espiritismo*, hallolo todo verosímil, ratificose en su creencia, reconoció a su primera víctima, y consagrose a aplacar, con conocimiento de causa, los *postúmicos* furores. Contaba para ello con el inmenso amor del desdeñoso, quien al cabo se amansaría. El amor es talismán que, en manos hábiles, produce maravillas.

Y en verdad que aquel caballero tornaba al mundo tan cándido como era. De lo contrario, no hubiese anulado de aquel modo la magnífica posición que ocupaba para vengarse de Elisa. Dejándola en la creencia de que era Sisebuto, ella hubiese sido la engañada, y él habría podido, a su tiempo, descubrirse, con verdadero chasco de la incauta. Pero optó por el apóstrofe en serio. Al hacer de nuevo el Amadeo quejumbroso o el Otelo enfureci-

do, dióle de qué reír; y puesta en guardia con el conocimiento de la verdad, pudo ejecutar cómodamente y a sus anchas su papel de Armida engañadora. La verdad sincera pierde con frecuencia la superioridad ante el artero disimulo.

Pero Póstumo era demasiado leal para pasar ni un solo instante por lo que no era, sobre todo, por su rival, a quien aborrecía.

Para esto hubiera sido preciso algún grave motivo o, tal vez, la desesperación absoluta a que aún no había llegado.

Y todavía ocurrió otro incidente curioso en este lance, y fue que en una de sus imprecaciones maldijo Póstumo a Sisebuto, y, al lanzar la maldición, sintió que se le clavaban como alfileres por todo el cuerpo, haciéndole dar un ¡ay! desgarrador.

—¿Qué tienes, esposo mío? —exclamó la bella dándola de asustadiza.

—Nada, sin duda los nervios, —respondió el resucitado—. ¡Ya se ve!, como no estoy acostumbrado a este cuerpo maldito..., ¡ay, ay! —gritó de nuevo—, no conozco sus mañas, que Dios confunda..., ¡ay! —gritó otra vez.

Es decir, que sentía el mismo fenómeno de alfilerazos cada vez que murmuraba del cuerpo de su rival, y llegó a comprenderlo así. Tal era otra de las contras de su resurrección en cuerpo ajeno y, sobre todo, enemigo.

En esto, llegaron a la casa de Elisa o de Sisebuto, en la Carrera de San Jerónimo, número que no importa, la cual era de buena apariencia.

Allí puso Elisa a Póstumo en posesión de todo, como dueño que era del hogar doméstico; pero él, a pesar de aquella sumisión conyugal de su ex amada, le dijo:

—Señora, no soy esposo de usted, ni he vuelto al mundo como sustituto de un rival odiado. Así, me voy y la dejo a usted. Lo único que aceptaré será un vestido de aquel hombre a quien llamó usted su esposo, para poder lanzarme ahora mismo a la calle en busca de otro hogar menos envenenado para mí. No debo ni quiero tener nada de aquel hombre, y lo devolveré, ya que, por mi desgracia, me obliga a admitirlo la desnudez absoluta en que se encuentra este maldito cuerpo..., ¡ay, ay! —gritó retorciéndose y saltando convulsivo, al sentir los pellizcos y punzadas de antes—. Está visto —añadió— que habré de resignarme, y no nombrar a ese diablo de hombre..., ¡ay, ay! —tornó a chillar.

—Esposo mío —exclamó Elisa al ver que su esposo persistía en su plan de abandonarla—, ¿te sigue la inquietud de los nervios? ¿Quieres flor de tilo, valeriana, agua de melisa?... ¡Ay! Póstumo de mi alma, no puedo resignarme a que me dejes.

—Pues así tiene que ser... Adiós, señora.

—¡Cómo! ¿Tan pronto?... Mira que voy a desesperarme.

—Ya encontrarás otro infame Sisebuto..., ¡ay, ay!..., que te consuele... ¡Adiós, adiós!

—¿Conque no te veré jamás?... ¿Ahora que Dios te restituyó a la vida?... ¡Ah, desdichada de mí! ¡Has vuelto al mundo para hacerme más desgraciada!... ¡Ingrato!

—Sí, anda, vete al baile; allí podrás aturdirte bailando, dejándote hacer el amor para consolar tus penas... ¡Oh!, para curarlas, para el olvido, nada mejor que el baile y un pretendiente.

Entonces salió la madre de Elisa enfurecida.

—¿Quién profiere contra mi hija tales injurias?... ¿Qué veo? ¡Sisebuto! —gritó la vieja, y cayó desmayada haciendo la cruz con el índice y pulgar de entrambas manos.

Elisa estaba demasiado ocupada con Póstumo, quien se aprovechaba del desmayo de la suegra para huir de aquella casa y evitar una escena suegril que le repugnaba, por lo que no pudo atender a su madre. Al ver ésta que nadie le hacía caso, volvió en sí, cuando Póstumo, sin aguardar los vestidos, y envuelto en su capa, se deslizaba por la escalera, lanzándose a la calle en pos de un almacén de ropa hecha. Vestirse era lo principal. ¿Cómo presentarse en traje de Adán en ninguna parte?

En cuanto a Elisa, volviose a su madre, desesperada y reconviniéndole de este modo:

—Usted tiene la culpa, mamá: ¿no le dije que era demasiado pronto el día de su muerte para ir al baile, sobre todo, cuando no estaba enterrado aún?

—¿Qué dices?

—Me vio en las máscaras del Teatro Real.

—¿Quién?

—Póstumo.

—¿Cómo Póstumo?

—Póstumo que acaba de resucitar en el cuerpo de Sisebuto.

—¡Imposible!

—No, señora... Todo lo puede Dios.

—Eso no se ha visto nunca.

—No lo han visto los ciegos.

—¿Yo ciega? A pesar de la edad, mis ojos ven lo que pocas.

—Pero no es usted médium-vidente. Para ellos no hay nada oculto, y perciben estas cosas singulares que a los demás parecen imposibles.

—Pero...

—Es Póstumo. Su carácter lo está diciendo.

—Yo juraría que es Sisebuto.

—Error; puro error.

—¡Cómo!

—Pura apariencia.

—Y en fin...

—Me vio en el baile del Teatro Real, como usted también pudo verlo; pero se empeñó usted en que había de casarme con Sisebuto inmediatamente.

—¿Y quién había de imaginar que resucitaría y, sobre todo, en el cuerpo del otro? Quería yo que tuvieses montepío, y no era cosa de dejar que el novio se muriese sin ser marido, como aconteció con Póstumo. Ya que había en cántaro un Sisebuto que atrapaba, por muerte de aquél, los 30 000 reales, tanto valía uno como otro; el sueldo y categoría eran los mismos. No parecía justo dejar que la muerte se lo llevase por casualidad también sin ser marido. Ya, en siéndolo, era otra cosa. Fue, pues, cariño maternal y nada más. Con el primero nada te quedó; el segundo te ha dejado una pensión que mañana mismo voy a reclamar. No había muchos Póstumos ni Sisebutos en el mundo, y si éste también se moría antes de la boda...

—¿Cree usted que no hay muchos Póstumos y Sisebutos en el mundo? Pues a una mujer que sabe pescar con dos anzuelos, como yo, no es fácil dejarla para tía. Pero tanta precipitación me ha traído este disgusto.

—Di lo que quieras; con mi experiencia te voy sacando adelante.

—Muy bien me saca usted adelante. Ya usted ve: si Póstumo no cede, voy a quedarme viuda y casada a un tiempo. Todo el mundo lo tendrá por mi marido que

murió de mentirijillas. ¿Querrán creer que un Sisebuto sea un Póstumo en el cuerpo de aquél?

—¿No dices que hay tantos videntes para quienes tales cosas son naturalísimas?

—Por desgracia, muy pocos. Ahora, no sólo me quedo sin marido, sino que, vivo éste, me quedo sin pensión.

—Ya arreglaremos eso. ¿Pues qué? ¿No hay más que quitarle a una viuda sus derechos adquiridos? Sostendremos que Sisebuto murió y, puesto que éste mismo dice que no es tu esposo, seguirás siendo viuda.

—¿Y si por hacerme mal, afirma que es el verdadero Sisebuto mi esposo? ¡Se muestra tan ansioso de vengarse!...

—Él es un gaznápiro, un candidote, y no se le ocurrirá semejante cosa.

—¿Y si le ocurriere?

—Sostendremos que está muerto o que es impostor.

—¿Y si no podemos probarlo?

—Entonces, puesto que afirma que es Sisebuto, tiene que ser tu marido, como consta ante la Iglesia; exigiremos que te pase los alimentos, y tu montepío está asegurado. Él no puede rechazarte ni probarte falta alguna.

—Pero, mientras tanto, viviré sin marido; muerta de tristeza en un rincón.

—Y yo, ¿cómo vivo?

—Pero usted ya no es joven, mamá. ¿Cómo podré vivir con la tercera parte del sueldo, o con la mitad, cuando me formaba la ilusión de que volvería a tener marido y sueldo entero?

—En fin, es preciso conformarse. Por lo pronto, has debido hacer que el criado lo siguiese, para saber a dónde va a parar y qué pasos da.

—Voy a hacerlo, mamá; tiene usted razón.

Y Elisa, llamando al fiel criado, le dio las oportunas instrucciones. Era todo un buen servidor el excelente Camueso, el que así se llamaba; el mismo que antes había practicado otra comisión semejante. Camueso echose a andar con toda diligencia.

XIV
GRAN MOJICONADA OCURRIDA
POR HABERSE ALOJADO UN ALMA PROBA
EN LA CARNE DE UN TRAMPOSO

Luego que Póstumo se vio en la calle, comenzaron de nuevo los apuros. ¿A dónde ir en semejante estado de desnudez y sin un cuarto? Porque claro es que del otro mundo no se trae dinero; siempre, de un modo o de otro, se viene desnudo; y en este orbe y probablemente en todos, el dinero es artículo de primerísima necesidad. ¿A dónde ir, pues, tan doblemente desnudo; es decir, de cuerpo y de bolsillo?

Amostazado estaba ya de que, al atravesar calles tan concurridas, todo el mundo lo mirase, y por mucho que quisiese cubrirse con la capa (que, sea dicho de paso, fueron los polizontes a buscar a casa de Elisa y tuvo ella que pagar), no podía menos de dejarse de fuera las piernas y pies completamente desnudos; y como iba asimismo sin sombrero, llamaba mucho más la atención pública.

Comenzaba a seguirlo una turba de chicos y de ociosos de todas clases, sexos y cataduras, quienes, juz-

gándolo demente por lo menos, hollaban ya sus talones, aumentándose aquéllos a manera de alud.

Quiso tomar algún simón, pero ¿con qué dinero alquilarlo? Las capas no suelen tener bolsillos.

Pensó en irse a su antigua casa; pero ya podía convencerse de que allí no lo reconocían. Además, el portero de la misma se había apropiado su ropa, y aún tenía puesta parte de ella cuando fue Póstumo con el juez. En cuanto a su dinero y demás alhajas..., ¿cómo habían de aceptarlo por vivo sus herederos, cuando tanta cuenta les tenía darlo por muerto?

Trató de ver si hallaba entre los transeúntes algún rostro amigo... ¡Disparate! Sólo sorpresas ofrecía, y esto a los amigos de Sisebuto, quienes no veían otra cara que la de éste. Entonces, al asegurarles él que era Póstumo en tal facha y en cuerpo ajeno, retrocedían, tomándolo por loco, cuando no lo comían a preguntas embarazosas.

Soplaba, a todo esto, un fresco cefirillo de Guadarrama, muy propio de la estación primaveral en que pasa esta positiva historia, lo que no dejaba de hacer tiritar a nuestro hombre, dado su ligero atavío.

Si para evitar tan poco gratas impresiones trataba de embozarse demasiado, exponíase a dejar al descubierto mayor parte de las piernas, si es que, al correr con el fin de calentarse un tanto y librarse del tropel de

curiosos que lo acosaba, no se veía expuesta la persona corporal de Sisebuto a una exhibición completa causada por el violento desembozo.

En fin, resolvió escurrirse hacia la calle de Preciados, pues todo esto pasaba en la mismísima Puerta del Sol, casino de laboriosos, con intento de llegarse a un almacén de ropas que no le era desconocido. Entrose allí, siendo menester que la presencia de algunos salvaguardias ahuyentase la multitud. Ésta, pertinaz como casi siempre, pretendía no abandonar aquel extravagante objeto de sus miradas y rechiflas.

UN DEPENDIENTE (*con gran sorpresa*). —¡Señor don Sisebuto!... Anoche leímos en *La Correspondencia* que había usted muerto de repente.

PÓSTUMO. —Está usted equivocado; no soy don Sisebuto; soy Póstumo, su antiguo conocido.

DEPENDIENTE (*con ojos espantados*). —¡Cómo!

PÓSTUMO. —Sí, señor; no se fie usted de las apariencias.

DEPENDIENTE. —¿Pero está usted vivo?

PÓSTUMO. —Tan vivo como usted, pálpeme, si gusta.

DEPENDIENTE (*aterrorizado*). —¡Dios me libre!

PÓSTUMO. —No hay que asustarse. Todo ello es muy natural, y debe usted creerme, a pesar de esta apariencia que aborrezco..., ¡ay!, ¡ay!..., ¡otra vez los alfilerazos!...

El dependiente retrocedió horrorizado al ver las convulsiones de Póstumo.

PÓSTUMO. —No se alarme usted: son los nervios..., estos nervios malditos..., ¡ay! Sin duda ha quedado en este cuerpo algún trozo del espíritu de aquel miserable..., ¡ay!, ¡ay!

El dependiente estaba a punto de pedir socorro.

PÓSTUMO (*fastidiado*). —En fin, sea yo quien sea, deme usted un traje completo de caballero.

DEPENDIENTE. —Corro a servir a usted. (A ver si se va pronto este buen señor, o voy a dejarle la tienda).

Sacó alguna ropa, probósela Póstumo, y aceptola mala o buena: no estaba para calmas.

DEPENDIENTE (*con los dientes castañeteando*). —A propósito..., señor... don Sisebuto...

PÓSTUMO. —Póstumo, querrá usted decir.

DEPENDIENTE. —Como usted guste. Ambos veníais aquí a vestiros algunas veces; por cierto, que en más de una ocasión pagó el uno por el otro... ¡Erais tan amigos!

PÓSTUMO. —¿Uno por otro? Dice usted mal: yo por él..., miserable..., ¡ay!

DEPENDIENTE. —Sí, eso es... Pues bien, aquí tiene usted una cuentecita..., seis mil y pico de reales que nos quedó usted debiendo.

PÓSTUMO. —¿Quién, yo? Pagué todas mis cuentas antes de morir.

DEPENDIENTE. —Lo encargaría usted a sus albaceas, y no han cumplido su mandato.

PÓSTUMO. —¿A ver?... pero aquí dice...

DEPENDIENTE. —Don Sisebuto..., eso es.

PÓSTUMO. —¡Siempre ese maldito!, ¡ay!, ¡ay!

El hortera retrocedió de nuevo.

PÓSTUMO. —Yo no debo nada; no, señor. Pues bueno fuera que le pagase también sus deudas. No, señor: esto a los albaceas o viuda de ese caballero, que Dios confunda..., ¡ay!, ¡ay!

DEPENDIENTE (*en el colmo del terror*). —Caballero, disimule usted si insisto..., pero...

PÓSTUMO. —¡Cómo!

DEPENDIENTE (*para sí*). —Sin duda ésta es una treta del tal don Sisebuto para no pagar. ¡Venirse dando ahora por su amigo, que de bastantes apuros lo sacó! Vaya, pues, el terror a un lado, y que pague. (*A Póstumo.*) —Creo, caballero, que usted debe pagar esta cuenta.

PÓSTUMO. —¿Qué dice usted?

DEPENDIENTE. —Que no me parece que debe usted tratar de engañarme, diciéndome que es su amigo don Póstumo.

PÓSTUMO (*indignado*). —¿Por quién me toma usted? ¿Tengo cara de tramposo?

DEPENDIENTE. —No, señor; lo tomo por quien es: por don Sisebuto. No me cuela eso de que sea usted su

amigo don Póstumo. Conocí bien a entrambos, y los distinguiría muy bien, aunque se hubiesen muerto cien veces. Usted, don Sisebuto, es más guapo de figura; pero el don Póstumo era más exacto en el cumplimiento de sus compromisos.

Toda comparación es odiosa. La superioridad moral no consoló a nuestro hombre de su inferioridad física. Así, replicó más furioso aún.

PÓSTUMO. —Pues no le pago a usted esa cuenta.

DEPENDIENTE. —Pues no saldrá usted del establecimiento sin dejar esa ropa. Llamaré al principal, pediré auxilio a la policía.

Conoció Póstumo que arreciaba la tempestad, sin blanca en los bolsillos ni en el mundo para conjurar sus efectos. Era forzoso pagar la ropa que tenía puesta o quedarse otra vez desnudo. Chasco sobre chasco. ¡Y él que contaba con que allí lo reconocerían por Póstumo, tan acreditado como buena paga! ¿Qué le valía su fama de honrado, si al cambiar de carne la veía sepultada con su antiguo cuerpo? Si la honra es un mérito del alma, ¿por qué no habría de servirle dentro de cualquiera cuerpo?

DEPENDIENTE. —Conque a pagar, caballero. Vea usted lo que hace; pero la ropa que ahora lleva no se apunta como de fiado. No estamos para fiar a usted más, ya que tan difícil es el cobro, y hasta niega usted su persona para rechazar la deuda.

Póstumo sudaba, se enfurecía y reflexionaba.

En esto, presentose Camueso, el criado de Elisa.

CAMUESO (*queriendo abrazarlo*). —¡Amo mío!

PÓSTUMO. —No lo soy, aunque lo parezca.

DEPENDIENTE. —¡Hasta con los suyos pretende guardar el incógnito!...

PÓSTUMO (*estallando de cólera*). —Basta ya. Usted me insulta, y voy a probarle que no soy manco.

Y así diciendo, empuñó una vara de medir que por allí había, y atacó al dependiente, quien a su vez trató de defenderse pidiendo auxilio a sus compañeros. Cayeron éstos sobre Póstumo con tal granizada de puñetazos que no bastaba la voz del principal o dueño de la tienda para aplacar sus iras. Desgañitábase aquél en vano por restablecer el orden, que tanto convenía a un establecimiento público. Rodaba ya alguno medio estropeado, pues Camueso se había puesto de parte del que juzgaba su amo Sisebuto, y secundaba la lluvia de palos que aquél repartía a manera de molinete. Formábase ya un montón de muebles rotos, previas algunas descalabraduras por ambas partes. Pisoteadas yacían las piezas de ropa en que abundaba el almacén, y que, como armas arrojadas más a mano, se habían comenzado a tirar unos a otros, teniendo el mismo principal que emprenderla a palos con sus propios dependientes, que, lejos de mirar por los intereses de la casa, arrebatá-

dos de furia, trataban aquello como campo realengo. Y gracias que no ocurrió a alguno poner mano a las tijeras, de tanto uso allí; pero casi todos estaban hartos empeñados en la lucha, sin que Póstumo y Camueso les diesen lugar para tomar otras armas que las ropas y taburetes, que eran lo más próximo, ya atacando, ya en defensa, ya en son de mediadores. Y si a alguno ocurrió empuñar aquella arma sastreril, hízolo sin duda para mantenerse a retaguardia y puramente a la defensiva; porque el dueño de la casa, que en todo estaba, trató de impedir, en lo posible, la efusión de sangre, con el consiguiente proceso criminal a su costa. ¡Oh!, ¡maravillosa serenidad de propietario! Y cuéntase que desde el principio había enviado por algunos salvaguardias, que no tardarían en presentarse.

En tanto, continuaba la gresca, y en vano trataban ya algunos, incluso Camueso, de poner la paz. Nuestro ex difunto tenía un ojo aporreado, la cabeza estropeada, y magullada una espinilla; pero bien había vengado estos descalabros con más de cuatro roturas y otros daños por el estilo.

Camueso no estaba del todo mal: tenía también su media docena de chichones, comenzando por la frente, en cuyo centro le habían plantado uno tan peregrino que, semejando un nuevo ojo, lo hacía parecer como verdadero cíclope.

Llegaron los salvaguardias y, después de un altercado en que todos se daban la razón, se convencieron aquéllos de que el ataque había partido de Póstumo. No lo negó éste, gritando que “todavía estaba dispuesto a hacer más en toda ocasión semejante”. ¡Haberlo llamado petardista, a él, al honrado Póstumo!

Llevaronlo al juzgado. El juez, al ver a Póstumo otra vez ante su presencia; al enterarse de su nueva fechoría; y, sobre todo, al oír que se expresaba siempre con los mismos *quid pro quos*, empeñado en sostener que era un hombre resucitado en cuerpo ajeno, y que estaba en contradicción hasta con su criado; el juez, decimos, que no era ni con mucho *espiritista* y que, por lo tanto, no se explicaba tales misterios, exclamó:

—¡No decía yo que estaba loco este hombre!

Enseguida puso por auto la convocación de facultativos para su reconocimiento.

Una vez enterados los médicos de cuanto había pasado, con el juez en su primera entrevista y después en la tienda de ropas, pero, sobre todo, al ver la tenacidad de Póstumo en sostener que era un ser de ultratumba, etcétera, con todos aquellos guiños y contorsiones cada vez que nombraba de mala manera a Sisebuto, convinieron en lo que el juez decía, y estamparon la siguiente declaración, que puso el escribano por diligencia.

En el mismo día se presentaron, a virtud del auto y notificación que preceden, los doctores en medicina y cirugía don José Matasanos, alópata, don Roque Globulillos, homeópata, y don Pedro Quiebrahuesos, burrópata, y después de haber examinado al individuo que motiva estas diligencias, que dice llamarse don Póstumo, hijo de su padre y de su madre, que afirma ser procedente de la eternidad, resucitado, según dice, en el cuerpo que fue de un señor don Sisebuto, empleado en rentas nacionales con la categoría, goces y derechos concernientes a un sueldo anual de 30 000 reales, ya difunto y, como tal, cesante en dicho empleo, por haber pasado en calidad de muerto al otro mundo, declararon los susodichos facultativos: que el mencionado don Póstumo sisebutado, o don Sisebuto empostumado, se halla demente monomaniaco, con propensión a accesos de furioso cada vez que se le contradice en su manía, tendiendo a la epilepsia, como puede verse por sus continuos saltos y contorsiones, cual si le clavasen alfileres en las carnes. Esto contribuye a explicar su monomanía, indicando, desde luego, un estado espasmódico general, o neurosis completa, producido o sostenido por alguna lesión o excitación del cerebro y médula espinal; por lo cual opinan que convendría llevarlo a una casa de orates y someterlo allí al tratamiento indicado para tales dolencias. Así lo declararon los expresados doctores ante mí, el escribano, de que doy fe.

Toribio Papelones y Mascostas

Con este motivo, el juez dictó auto de sobreseimiento, ordenando que se condujese a Póstumo a una casa de locos, con apercibimiento al dependiente que motivó la reyerta. Condenose al pago de costas y perjuicios a quien correspondiese, dejando a salvo a la verdadera víctima, al dueño del almacén, su acción para reclamar los últimos, con arreglo a derecho.

Condújose a Póstumo al hospital de locos, y en cuanto al criado, se le dejó libre con los golpes y magulladuras sufridas, en atención a no haber tomado parte en la riña, sino con la intención y objeto de mediar y evitarla.

Marchose a participar a su ama lo acontecido, no sin despojarse, con ojos llorosos de afecto, de su mal reloj y de algunas monedas que contenían sus bolsillos, para ponerlas en manos de Póstumo, diciéndole:

—Usted necesita más que yo de dinero en estos momentos, señorito, y le doy lo que tengo; yo se lo contaré todo a la señorita, para que haga cuanto pueda por usted.

—Lo acepto, buen Camueso, como prestado. Por rigurosa necesidad admito te despojes de tu corto peculio; pero ten entendido que no soy tu amo, sino en la apariencia.

—¡Siempre lo mismo! —murmuró el pobre Camueso con tristeza—. ¡Qué lástima, tan buen juicio como tenía!

Y se alejó suspirando.

Luego que llegó Póstumo a la casa de locos, entregó al jefe del establecimiento, en calidad de depósito, el reloj y las monedas que le había dado Camueso.

—Ya se conoce que es cuerdo al tratarse de su hacienda —balbuceó el dicho jefe.

Por lo que hace a las contusiones que Póstumo había recibido en el almacén de ropas, quiso curárselas el cirujano de la casa; pero él no lo consintió, aunque le dolían. Consolábase con que al cabo era el cuerpo de Sisebuto el que las había recibido. Con esto se acabaron de vencer los circunstantes de que estaba loco rematado.

Cortáronle el pelo al rape, y comenzó el tratamiento hidropático, sometiéndolo al chorro de las duchas dos o tres veces al día; operación desagradable, sobre todo, en la estación de primavera en que esto pasaba. ¡Pobre Póstumo, cual tiritaba demandando piedad bajo el potente chorro de agua fría! Esto sin contar otros fuertes revulsivos ordenados por el dicho tratamiento.

XV

CONTINÚAN LAS CONSECUENCIAS DE LA RESURRECCIÓN EN CUERPO AJENO

Varios eran los socios de nuestro amigo Póstumo en aquel establecimiento, quienes vinieron sucesivamente hacia él, que triste en un rincón cavilaba sobre su suerte y lamentábase de haber vuelto al mundo para salir más trasquilado que la vez primera. En el corto tiempo que llevaba de nueva existencia, tan sólo disgustos, contrariedades, humillaciones, desengaños, porrazos y chorros había recibido. Su única satisfacción, si así podía llamarse, era la de haber rechazado a la ingrata Elisa, teniendo ocasión de echarle en cara su infame inconsecuencia; pero ¡cuán doloroso no había sido esto mismo para él! Aún la amaba, y más que antes al verla tan hermosa y bajo el prisma de los celos que tanto embellecen al objeto amado. Mientras más quería olvidarla y despreciarla, más tiranizado se hallaba su corazón por aquel diabólico influjo: siempre lo ejerce la mujer voluble y astuta sobre un espíritu débil y apa-

sionado. Y aquella satisfacción, que así la llamaba para consolarse, ¿a costa de cuántos disgustos no había sido comprada? Condenado a vivir en el cuerpo de su enemigo, estaba en guerra consigo propio, pues ya aquel cuerpo era suyo, aunque sólo fuera para atormentarlo. Lo que debe extrañarse es que él, que la echaba de filósofo a la fuerza en muchas ocasiones, no se hubiese convencido de que aquella guerra con su cuerpo era inútil martirio, resignándose a adoptarlo por amigo. De este modo, y reconciliado su espíritu rebelde con la carne que había servido a otro ser, se establecería al cabo una armonía que no pudo ser preestablecida. Entonces, aceptada como natural consecuencia y sin esfuerzo su nueva situación, acaso todo le saldría bien, o por lo menos al derecho, sin estar expuesto a pasar por loco y sin esperanza de ser feliz en el mundo.

Sobre todo, ¡si pudiese olvidar a Elisa! La memoria de ésta lo absorbía mal de su grado, entristeciéndolo y debilitando sus propósitos de desdeñarla.

En estas meditaciones melancólicas se hallaba sumido, cuando vio que se le acercaba un consocio, es decir, otro loco, casi desnudo, y cuyo aspecto revelaba antecedentes de persona bien avenida con las delicadezas de una buena posición social. Tales eran sus maneras en los momentos de reposo, la blancura de sus carnes y la gentileza de sus facciones, a pesar de las

consecuencias del extravío mental y estado deplorable en que se encontraba su persona. Su barba y cabellos largos y enmarañados estaban ya casi blancos, no por la edad, que podría ser como de 50 años, aunque al pronto representaba mucho más.

—Buenos días, amigo —dijo a Póstumo—. Parece que no está usted contento —añadió al notar que aquél tenía los ojos anegados en lágrimas; y luego, viendo que callaba, se sentó a su lado y comenzó a hablarle en esta forma:

—Que mujer pobre acepte la mano de hombre opulento, cuando el enlace ha sido aconsejado por los espíritus, lo comprendo, y así debiera ser; pero ¿cómo calificar a la tonta de mi sobrina que se ha empeñado en casarse, y se ha casado la muy ingrata con un hombre tan pobre como ella? ¡Desairar de ese modo el porvenir que mi mano y riquezas le ofrecían! ¡Qué! ¿Nada me dice usted a esto? ¿Cómo calificar semejante conducta? ¿No es ella una verdadera tonta y hasta infame?

—No estoy enterado, caballero, de sus cuitas —respondió Póstumo, que bastante tenía con las suyas.

Sin embargo, como su natural era bueno y estaba triste, creyó ver en su interpelante un compañero de infortunio, acaso como él tomado por loco injustamente, y concluyó por prestarle alguna atención.

—Ya se ve que no está usted bien enterado —insistió el desconocido—. De lo contrario, habríame concedido la razón. Sepa usted que soy muy rico y mi sobrina muy pobre. Yo la amaba o, mejor dicho, habiendo consultado a los espíritus, el de Caifás, que es grande amigo mío, pues cada vez que lo invoco me responde, me aconsejó que debía casarme con la tal sobrina por convenir a ella y a mí, y que, de no hacerlo, nos sobrevendrían muchas desgracias. Se lo propuse y se negó a la boda; insistí y se negó de nuevo, manifestándome que prefería casarse con un tal Iro, otro tan badulaque y desvalido como ella. Esperaba la muy necia ser más feliz con él que conmigo; con él que es un pobre diablo; y esto, a pesar de las predicciones del espíritu mi amigo. ¡Desairarme así; y lo que es más, burlarse de las predicciones espiritualistas! ¡Que obcecación! Ni ruegos ni amenazas valieron, y casose al cabo la muy taimada. Dejome abandonado a las iras de los espíritus. Desde entonces no he tenido momento de reposo; mi tristeza mermaba mi vida, y un día, después de consultar a mi benévolo Caifás, intenté matar a entrambos pérfidos. Impidieronlo algunos por desgracia, y..., asómbrese usted, me han traído aquí por loco, como si no fuese más cuerdo que aquel bribón que me ha robado la felicidad, y aquella necia que ha preferido la pobreza con un badulaque a la riqueza y felicidad conmigo.

Calló el viejo y, al ver que Póstumo guardaba silencio, le preguntó:

—¿No es verdad que son unos infames?

Póstumo, que era naturalmente generoso, sintió algún interés hacia aquélla que tan poco se parecía a Elisa, y exclamó:

—Ya veo que todas no son como esa mujer fatal, pero hay otros mucho más afortunados que yo.

—¿Fatal, dice usted?... Infame, digo yo —gritó el viejo.

—No hablo de la sobrina de usted —repuso Póstumo. Me refiero a una falsa mujer que ya quisiera parecersele. Admiro su desinterés, y no veo que tenga usted motivos para llamarla inicua, cuando ha sido tan leal con el que adora. ¿Qué cosa más natural? ¡Que es usted rico y su rival pobre! ¿Qué estimación merecería de los hombres honrados, si optando por las riquezas de usted lo hubiera preferido? Es usted, por lo tanto, injusto en no ver las cosas como debiera. Ella es una joya rara que sólo bendiciones merece. ¡Ojalá que otras se le hubiesen parecido!

El viejo lo oía y lo miraba, mientras estuvo hablando Póstumo, y sus ojos se iban enrojeciendo y creciendo hasta ponerse como dos nueces; sus facciones se fueron alterando, y de sus labios brotó la espuma del hidrófobo; y cuando Póstumo, sin fijarse en estos pormenores, concluyó su relación, el viejo exclamó furioso:

—Ella es una infame, y tú tan odioso como mi rival.

Y cayendo sobre Póstumo, atrapole por el cuello y dio con él en tierra. Nuestro amigo, poco menos que ahogándose, rugía; el loco apretaba más y más, y aquí terminara nuestra historia con la segunda muerte de su héroe malhadado, a no intervenir a tiempo los loqueros.

Póstumo, aunque asaz maltraído, juzgose resucitado de nuevo al verse libre de aquellas feroces garras.

Luego que hubo pasado la tormenta, resolvió esquivar el peligroso trato de aquellas gentes, y con tales miras trató de aislarse en un rincón de la espaciosa galería; pero aún allí fue a perseguirlo la desgracia. Ésta tenía la forma de hombre como la anterior. Frisaba en edad, al parecer, con los 40 años.

Seco y avellanado como el héroe de la Mancha, casi desnudo, habíase hecho de la manta un vestido, a manera de clámide, y encorizado su cabeza con un gorro de papel a guisa de sombrero apuntado, que, con plumas de gallo por adorno, se tornaba más grotesco. Decíase Felipe II de España, quien, según sus explicaciones, había vuelto a la Tierra a continuar su obra de hacer felices a los españoles.

Siempre había sido aquel hombre inclinado a lo maravilloso y muy dado a la admiración de los héroes y glorias nacionales. Desde el momento en que, por su

desgracia o su felicidad (pues no sabemos si ciertos semilocos son más felices cuando pasan por cuerdos que cuando se declaran rematados), se puso en boga el *espiritismo* con sus mesas parlantes y sus demás *médiums intuitivos* y *videntes*, sintió halagada su *maravillosidad* por estos fenómenos sorprendentes, y hubo de tomarlo con tal empeño que no se hacía revelación *espiritista* que no convirtiese en sustancia de su gusto, que en todo cabe la exageración.

Acaso sus amigos, por vía de mofa, contribuyeron a exaltar su locura; pero es lo cierto que, al cabo de algunas sesiones, quedó verdaderamente trastornado su cerebro; consultada una vez la mesa respecto de su primitivo estado, los espíritus hubieron de revelar que en otra época había sido ni más ni menos que su augusto héroe don Felipe II. Creyolo a pie juntillas. ¿Cómo dudarle, cuando quizá sus simpatías por aquel personaje y su amor decidido hacia el siglo xvi no eran otra cosa que reminiscencias de su antiguo ser? Concluyó por creer que era, en efecto, Felipe II que volvía a España en son de reclamar su trono y realizar sus sueños de monarquía universal. Desde entonces no dio pie con bola, como suele decirse, y trató de mostrarse como tal rey, dispuesto a imponerse a palos, si necesario fuese. ¡Y cómo se pavoneaba cuando pasaba los umbrales del Escorial, recreándose en su obra! ¡Y cómo se lamentaba

de que los sucesores no hubiesen sabido mantener tradiciones tan gloriosas! “¿Qué habéis hecho —preguntaba en todas partes y gritando como un energúmeno— de aquella armada invencible, de aquel Santo Tribunal, de aquellas gabelas y alcabalas que os impuse y de aquellos dominios en que no se ponía el sol?”.

Con escándalos tales, desconociendo los infieles vasallos a su más glorioso rey, dieron con su cuerpo augusto en aquella casa, en donde él se juzgaba en su palacio.

Iguales apóstrofes dirigió al aporreado Póstumo, quien, al ver delante de sí a aquel caballero de tan trístísima figura, tembló de pies a cabeza recordando las uñas del anterior orate, y temiendo la renovación de una escena tan penosa.

—Bienvenido —le dijo el de las plumas con cierta orgullosa benevolencia— a los pies del monarca del universo, mantenedor de la fe católica en todos los lugares que alumbra el sol. Si vienes a pedir que haga la paz con la loba libidinosa, con el hereje Enrique, o con los vencidos en Lepanto, te equivocas. Nada de paz con los enemigos de mi trono, con los que se oponen a que yo extienda mi cetro del uno al otro confín del universo. Las hogueras del Santo Oficio darán respuesta a tus necias pretensiones. ¿Vienes a pedirme clemencia para el rebelde Nassau o para sus heréticos secuaces? Que

venga Alba a darte tu merecido; ¡pronto!, de lo contrario, ¡pobre de ti!

Y así diciendo, lanzose sobre el asustado Póstumo, que, a no gritar desesperado, hubiera sucumbido entre las manos de aquel furioso. Casi estuvo por creerle verdaderamente el espectro del terrible monarca al sentir en el cuello sus garras formidables.

Y decía furibundo el loco:

—Muere, villano; hereje, malandrín, muere —apretando a más y mejor; y Póstumo exclamaba semiahogado:

—No soy hereje, sino cristiano viejo y buen católico; nunca he sido rebelde; soy, por el contrario, Póstumo, aunque no lo parezco.

—Confiesa que eres hereje —gritaba el loco.

—Sí, todo lo que quiera vuestra sacra majestad; soy hasta... Sisebuto.

—¡Sisebuto!... ¡Un rey godo!

—Posterior a Recaredo —replicó Póstumo casi expirante.

—Eso dices tú, arriano pertinaz, muere mil veces.

Y hubiera muerto, que poco faltaba, a no haber venido el loquero, látigo en ristre, a ahuyentar al rey presunto y a todos los demás que acudían en son de guerra, embravecidos contra Póstumo. Éste, como loco más moderno en el hospicio, parecía tener menos títulos a su furiosa consideración.

Cada cual se fue a su escondrijo; pero apenas se hubo retirado el loquero, cuando he aquí que se presenta a nuestro hombre otro loco, cuya manía no era menos singular que las anteriores, si bien era más pacífico su aspecto.

—Oye —le dijo a Póstumo su nuevo interlocutor—, ¿eres espíritu?

—Así lo creyera —respondió aquél—, a no sentir tan magullado este infame cuerpo..., ¡ay!, ¡ay!

—¿Qué te pasa? —exclamó el loco—. ¿Tienes sabañones en todo el cuerpo, o qué diablo de tarántula es ésa que te acomete?

—Son estos odiosos nervios..., ¡ay!

—Mira, yo no tengo nervios, ni nada de eso. Yo soy un espíritu... ¿No crees en los espíritus?

—Recuerdo que mi novia creía. Por lo que a mí hace, soy capaz de creer ya en todo, desde que veo las maravillas que me están pasando.

—Espera —dijo el loco—. ¿No oyes? Me están evocando... Como soy espíritu, penetro a través de los cuerpos. ¡Allá voy! —gritó y, dando a correr inesperadamente, llevose de encuentro a Póstumo. Éste cayó sin sentido, sirviendo de pavimento al hombre-espíritu, quien fue a romperse la crisma contra la próxima pared del patio que intentaba atravesar.

XVI LA SEÑORA DE DOBLE ANZUELO TIENDE SU CAÑA

Cuando el asendereado Póstumo volvió en sí, se halló en la enfermería, y allí a su lado, compasiva y afectuosa..., ¿a quién? ¿Quién, lectores?... Su Elisa, nada menos que Elisa, que venía a sacarlo de aquel encierro: su ángel salvador, que por segunda vez lo libraba de las uñas que lo oprimían.

Veamos cómo ocurrió esto.

Apenas supo Elisa que su esposo (en cuerpo, si no en alma) había ido a parar a la casa de locos, cuando calando su elegante mantilla, y ataviándose de la manera más seductora que pudo, se dirigió a casa del señor don Cósmico, alto funcionario a quien no conocía personalmente, pero que era el llamado a servirle en esta ocasión.

La entrevista se verificó de la manera siguiente:

Después de las saluciones de estilo, sentose la bella, y Cósmico, perdiendo un tanto de su gravedad oficial, hízolo a su lado.

Luego que don Cósmico, el mismo que con el propio nombre figuró en el relato del ángel custodio, examinó con curiosa mirada a la beldad suplicante, reconoció en ella, con su memoria omnipotente, a la hermosa Fiammetta, heroína de Boccaccio, de aquel famoso cuento que transcribe Ariosto.

ELISA. —Caballero, aunque no tengo el gusto de conocer a usted...

CÓSMICO. —No diré yo a usted otro tanto, puesto que la tengo por una antigua e íntima amiga mía.

ELISA. —Ignoro cómo puede ser eso; pero, para el caso, tanto mejor. Le vengo a pedir merced, y debo alegrarme de no dar con un desconocido. Así estará usted más obligado a servirme.

CÓSMICO. —Bien, ya lo veremos.

ELISA. —Yo soy Elisa de Doble Anzuelo, familia ilustre de España, que desciende en línea recta de Tubal, aquél que, según dicen, fue el primero que vino a esta hermosa tierra.

CÓSMICO. —Usted se llamó Fiammetta en otra parte.

ELISA. —Si lo fui, no lo recuerdo. Los espíritus, a quienes he consultado más de una vez acerca de mi procedencia, no me han respondido satisfactoriamente; todo lo más que en esto han podido declararme es que procedo de este mismo mundo, y que fui pescador en no sé qué otro lugar.

CÓSMICO. —De ahí le vendrá a usted alguna afición a los mariscos.

ELISA. —En efecto; no me desagradan.

CÓSMICO. —Y será usted aficionada a pescar con caña.

ELISA. —No niego que me guste la pesca; pero, como tengo el genio algo vivo, y para el caso se requiere sobrada calma, yo siempre que me doy a este género de solaz, lo hago con dos.

CÓSMICO. —¡Con dos!

ELISA. —Sí, señor; con dos anzuelos, aunque sólo fuera por guardar la debida consecuencia a mi apellido.

CÓSMICO. —Es verdad. Continúe usted consultando a los espíritus, y verá usted como se llamó Fiammetta. Luego de averiguado esto, indague usted si Fiammetta recordaría a su amante, y si tiene presente la triple aventura que de aquélla se cuenta.

ELISA. —Bien, así lo haré. Pero por ahora me limito a tratar del asunto que me ha traído aquí.

CÓSMICO. —Estoy a las órdenes de usted y deseo servirle con toda eficacia.

ELISA. —Soy la esposa del señor don Sisebuto, empleado en el ramo de usted.

CÓSMICO. —¡Cómo! ¿No murió?

ELISA. —Fue sólo un accidente en que lo dieron por tal; pero ha vuelto en sí.

CÓSMICO. —¿Y bien?

ELISA. —Espero que usted no habrá aún provisto su plaza.

CÓSMICO (*tirando del cordón de la campanilla*). —Ahora lo veremos.

ELISA. —Yo creía que debía usted estar bastante informado.

CÓSMICO. —¿Qué quiere usted? Un ministro no puede estarlo. Harto tiene que hacer con sostenerse. Hoy se me prepara una gorda en el Congreso, que acaso me obligue a hacer dimisión.

Un portero entrando.

CÓSMICO (*al mismo*). —Al señor Bucólica.

Sale el portero.

CÓSMICO. —Pues no crea usted, señora, que le hago poco favor en creerla a usted la metempsícosis de Fiammetta, pues, aunque no fuese dama del tono de usted, era, sin embargo, hermosísima. Tengo gratos recuerdos de ella, y, al advertir en usted ciertos traeres parecidos a los suyos, he sentido renovarse en mí la simpatía que aquélla me inspiró en otra época. De esto hace tiempo. Supóngase usted que entonces vivía yo por la centésima vez, y ahora cuento doscientas existencias más.

ELISA. —Es decir que vive usted ahora su vida número trescientos... ¡Trescientas vidas!...

CÓSMICO. —Y todas ellas a cuestas.

ELISA. —¿Cómo?

CÓSMICO. —Todas ellas presentes por concesión de Dios.

ELISA. —¿Y no le produce confusión una multiplicidad semejante?

CÓSMICO. —Algunas veces; ¡pero el manejo del Estado es tan fácil para un hombre tan dúctil como yo! Si el alma pudiera ser de alguna materia, juzgara que la mía es de goma elástica.

ELISA. —De suerte que sabrá usted mucho. ¡Eso de no olvidar lo aprendido en tantas existencias! Yo, ¡mísera de mí!, que no he vivido más que una sola! Y aunque así no fuera, ¿de qué me sirven las anteriores si no las recuerdo?

CÓSMICO. —Sin embargo, al ver la discreción de usted, se creería que no ha bebido las aguas del Leteo.

ELISA. —Es usted muy galante.

CÓSMICO. —Justicia para con la perspicacia de usted, visible en esos bellos ojos y en la manera inteligente con que brota la palabra de esos labios de rosa.

ELISA. —Muchas gracias, amigo mío; pero insisto en creer que con tantas experiencias acumuladas por parte de usted, con el ejercicio de su inteligencia a través de tantos mundos, sin que las repetidas veces que ha muerto hayan podido ofrecer la solución de continuidad que es un verdadero Leteo, será usted, como se dice vulgarmente, un pozo de ciencia.

CÓSMICO. —Tengo la suficiente para manejar estos negocios; aunque la circunstancia de vivir con tantas vidas en una sola no deja de ofrecer algunos inconvenientes. Por lo pronto, mi carácter es tan complejo que con dificultad podría determinar su base.

Entró el señor Bucólica, jefe de sección.

Era hombre gordo; sentábase harto bien el pasto oficial, según las apariencias.

CÓSMICO. —Amigo mío, necesito saber si se ha provisto la plaza del marido de esta señora.

BUCÓLICA. —¿Y quién fue ese caballero?

ELISA. —Don Sisebuto.

BUCÓLICA. —¡Ah!, ¡sí, señora, porque eran tantos los pretendientes!

ELISA. —Pero eso es insufrible...

BUCÓLICA. —Como murió...

ELISA. —No señor, fue sólo un accidente, y hoy está tan vivo como usted.

BUCÓLICA. —Ya supe que resucitó.

ELISA. —Y entonces, ¿por qué ha provisto su empleo?

BUCÓLICA. —¡Qué quería usted, señora! Se descuidó, y el que se muere de broma, de broma pierde el puesto. No estamos para despreciar la vacante de un empleo, ni los pretendientes bien recomendados aguardan a saber si se murió a medias o del todo. ¡Hay tantos compromisos!...

ELISA. —Pero eso no puede ser.

CÓSMICO. —Vea usted, señor Bucólica, el modo de complacer a esta señora, con cuya amistad me honro hace muchísimos años. Tengo el más vivo interés en ello. Es preciso servirle.

BUCÓLICA. —Yo estoy dispuesto a complacer a vuestra excelencia; pero es el caso que no hay medio...

ELISA. —Bien; por ahora lo que me interesa es sacarlo de la casa de locos.

BUCÓLICA. —¡Cómo!, ¿su marido de usted está...

ELISA. —En Leganés. De resultas del accidente ha quedado algo alterado su juicio; y yo quiero que, ante todo, se me autorice para sacarlo de allí y llevarlo conmigo a casa, en donde me prometo curarlo.

BUCÓLICA. —Voy inmediatamente a servir a usted.
(*Vase Bucólica.*)

CÓSMICO. —Ya ve usted que pronto será complacida.

ELISA. —Sí, en eso sí; pero en lo del empleo...

CÓSMICO. —También se hará.

ELISA. —¿Pero, cómo, si no hay vacante?

CÓSMICO. —¿En eso se para usted?... La habrá.

ELISA. —¿Cómo?...

CÓSMICO. —¿Olvida usted que un ministro es un Creador en pequeño? El que quiera convencerse de ello que venga, y le mostraré cómo se puede hacer algo de nada.

ELISA. —Pero está usted para dimitir su cargo, y...

CÓSMICO. —No importa; lo tendré presente en mi testamento ministerial.

ELISA. —¿Aun cuando no haya recobrado del todo la razón?

CÓSMICO. —¿Para qué se necesita eso? ¿Usted no ha leído en algunos periódicos todos los días que la razón no vale cosa mayor, y que suele extraviar al género humano? Además, sin ella se puede servir bien al Estado; la intención es lo que vale. La obediencia pasiva es el principio del deber. No; yo no quiero empleados que tengan más razón que la de sus jefes. El que manda, manda; y cartuchera en el cañón. ¿Opinioncillas aquí? No, señora. Por consiguiente, su marido de usted será repuesto.

BUCÓLICA (*entrando*). —Todo está arreglado, y dentro de dos horas tendrá usted en su casa la autorización de quien corresponda para llevarse consigo a su señor esposo.

ELISA. —Bien; muchas gracias. Carrera de San Jerónimo, número..., ¿oye usted?

BUCÓLICA. —Sí, señora, no lo olvidaré.

(*Vase el jefe de sección.*)

ELISA. —Ahora, señor don Cósmico, me despido fiada en su promesa respecto a la reposición de mi marido.

CÓSMICO. —Descuide usted, señora, pues mal podría olvidar sus negocios quien la tiene tan presente y queda penando por usted.

ELISA. —Está usted muy lisonjero, y olvida mi estado y mis deberes.

CÓSMICO. —Muy al contrario; siempre hallará usted respetuoso a quien como yo anhela encadenar los impulsos de su corazón, si le es posible.

ELISA. —Yo celebro por mi parte esta entrevista que me proporciona la adquisición de un buen amigo.

CÓSMICO. —¿Amigo?

ELISA. —Es lo único que puedo ofrecer a usted sin sonrojarme; ¿no es así?

CÓSMICO. —Como usted guste. Pero ya que es lo único que usted se digna ofrecerme, aunque estimo en mucho semejante favor, espero que no se negará usted a que frecuente su amable trato. La amistad se quejaría mucho de semejante abstención. Ya sabe usted que el campo inculto se torna estéril.

ELISA. —De ningún modo consentiría en ver morir por falta de trato una amistad tan preciosa para mí. Ya que usted se digna estimarla en tanto, debo decirle que me tendré por muy dichosa, si tiene usted a bien favorecer una modesta casa cuya posesión le ofrezco. Adiós.

Despidiose coquetona y halagüeña.

El ministro la despidió en la propia forma.

—Es Fiammetta, no me queda duda. ¡Qué tiempos aquellos! —dijo, y preparose a salir para la sesión del Congreso, que prometía ser muy borrascosa.

XVII
CAE DE NUEVO NUESTRO HÉROE
EN PODER DE LA SEÑORA
DE DOBLE ANZUELO

No tenía el señor Bucólica, jefe de sección, palabra de sastre; y, por lo tanto, la cumplió exactamente, enviando a Elisa, a las dos horas, como lo había prometido, la autorización necesaria para sacar a su esposo del hospicio de Leganés. Sin duda influyeron en esta exactitud dos cosas: la protección del ministro y los ojos de la dama; de lo contrario, es posible que hubiese habido mucho más *expedienteo* y muchos “Vuelva usted mañana”.

Apenas se vio Elisa en posesión del permiso oficial que anhelaba, tomó un carruaje, y dirigióse a la casa de locos, en donde encontró al pobre demente, que ya lo parecía con tanto llevarlo al estricote.

Estropeado y lloroso estaba, cuando divisó a través de la reja a su ángel perseguidor o salvador, que tal papel hacía en estos momentos; viola, y viola sin disgusto por la primera vez, después de resucitado.

—¡Esposo mío, pobrecito! Vengo a librarte —le dijo con los ojos anegados en lágrimas, que parecieron a Póstumo las del cocodrilo; pero, como su situación era tan penosa, comprendió enseguida que, a no tener la dama corazón de pantera, no podía menos de compadecerse ante su estado miserable.

En esto, entró un empleado de la casa, y le comunicó el permiso de salir con aquella señora.

Hízolo él así diligente, reservando para después las reflexiones, ya que era ella el único ser que por él velaba, y que venía a sacarlo de aquel lugar, en donde, a más de la pena de pasar por loco, que no creía ser, estaba en peligro de dejar la osamenta, como había ya dejado parte de sus vestidos y pellejo.

Siguió, pues, a Elisa, no sin recoger en la conserjería del establecimiento las prendas que allí dejara. Mucha falta le había hecho el dinero para que ahora se descuidase.

—¡Ay, esposito de mi alma! —exclamó la bella, desde que, solos en el carruaje, había éste emprendido el camino de Madrid.

Y aun quiso arrojarle en sus brazos; pero él la contrató diciéndole, aunque menos enojado que antes:

—Señora, ya he dicho a usted que entre nosotros no puede haber el amor que en un tiempo me hizo su víctima.

ELISA. —¿Y qué, Póstumo mío, estás celoso?

PÓSTUMO. —¡Me llama usted por mi nombre, como si esa palabra en sus labios no fuese injuria! ¡Celoso!..., lo estuve, sí; pero ya sólo indiferencia siento por usted.

ELISA. —¡Imposible!, tus ojos, tus palabras, tu mismo resentimiento me prueban que tu Elisa no puede ser indiferente. Si las apariencias me condenan, examina y verás que fue mi madre quien me obligó a bailar y a casarme con Sisebuto.

PÓSTUMO. —¡Otra vez ese maldito nombre..., ¡ay, ay!

ELISA (*llorando y queriéndole besar las manos*). —Sí, lo detesto, detesto a Sisebuto. Cometí un error, una falta de consecuencia; pero perdóneme, perdóneme.

PÓSTUMO (*retirando las manos*). —¡Maldigo mi condescendencia!

El lector observará que la bella, con su sagaz instinto, había comprendido que era Póstumo en forma de Sisebuto; cosa que no extrañaba, pues como *espiritista* encontraba posibles tales fenómenos; por lo que se decidió a prescindir ya de Sisebuto y a empostumarse por completo. Al cabo, Sisebuto no estaba en este mundo.

En cuanto a Póstumo, temblaba al percibir el ascendiente que sobre su ánimo ejercía aquella mujer. Veía con pesadumbre que Elisa tenía razón, pues lo que él juzgaba odio era despecho, derretido su corazón al

contacto de aquel fuego de Satanás. Empero, recordó que no había vuelto al mundo para dejarse engañar de nuevo.

PÓSTUMO. —Me ha librado usted dos veces: una de la cárcel y otra de la jaula; pues bien, a pesar de tales beneficios, que agradezco, no cederé a sus caricias ni falaces sugerencias; una vez engañado y basta.

ELISA. —¿Pero tú no me amas, no te sientes conmovido ante estas lágrimas de arrepentimiento, ante el furioso dolor que por tu culpa y tus desdenes sufre tu Elisa?

PÓSTUMO. —Mi delicadeza, mi amor propio, mis propósitos no me permiten manifestar a usted esa compasión que pretende, ni mucho menos interés amoroso de ningún linaje.

ELISA. —Por ahora comprendo que, resentido como estás, Póstumo de mi corazón y de mis ojos, te niegues a manifestarme el amor que en un tiempo sentías por mí; pero ¡negarte a la compasión que merece mi quebranto!...

PÓSTUMO. —Ni una cosa ni otra, señora; gratitud, y ya es bastante, si bien, llevándolo todo al cálculo, como usted acostumbra, poco tendría que agradecerle. Todo lo que usted ha hecho por mí, en apariencia, no tiene otras miras que las de encadenarme a sus fines, sabe Dios cuáles; o porque no existiendo ya aquel pérfido..., ¡ay, ay! (*Acompañamiento de contorsiones.*)

ELISA. —¿Quieres que te dé una pildorita de valeriana? ¡Mi boticario las compone tan bien!... ¿Una tacita de flor de naranjo?... Luego que lleguemos a casa, ¿no es así? ¡Pobrecito! ¡Cómo te molestan los nervios!

PÓSTUMO. —Ésa es otra gracia de las tuyas. Quise volver a este mundo para vengarme de usted, y hasta ahora es usted quien parece que se venga porque sólo malos trances he sufrido, con más esta lindeza de endiablados nervios..., ¡ay!..., que antes no conocía, y que también le debo.

ELISA. —¡Todavía más cargos contra esta infeliz! ¡Sea por Dios! ¿No he purgado aún bastante mi culpa? ¿Te niegas a perdonarme?... Gratitud es algo, pero no basta; necesito que me perdones.

La bella lo miraba, y con el llanto aguaba sus propósitos.

PÓSTUMO. —Pues bien, te perdono, pero amor nunca.

Elisa sonrió de gozo y aun de esperanza.

En otros diálogos como éste, en que Póstumo se abandonaba sin ceder y ella insistía ablandando, llegaron a su casa.

Subieron; entraron en la sala. Póstumo no se había visto al espejo en su nueva vida. En el gabinete de Elisa había una hermosa luna veneciana. Nuestro héroe pasó, reflejose en ella, y viose... Sisebuto.

Grande fue su furia: dióse por primer impulso un par de cachetes por dárselos a su rival, y, como le dolieron, reconoció su error; puso manos a una silla, y con ella hizo pedazos el espejo.

La suegra salió iracunda, gritando:

—¡Amarren a ese loco! Elisa, ¿para qué has traído a casa a ese furioso?

Póstumo, que vio la cosa mal parada y que en aquel momento sufría en su ánimo la renovación de su despecho, reconviniéndose por su condescendencia en haber vuelto a aquella casa, dio a correr escalera abajo.

Elisa intentó detenerlo, diciéndole suplicante:

—Rómpelo todo, todo es tuyo; pero no rompas mi corazón.

El marido, la víctima, emprendió la fuga.

Con la actitud colérica de la madre y el llanto de la hija, que cayó apesadumbrada en un sillón, hubo el *tableau* correspondiente.

XVIII

DE LA MANERA QUE TUVO PÓSTUMO DE RECONCILIARSE CON EL CUERPO DE SU RIVAL

Ya tenemos de nuevo a nuestro amigo en campaña, recorriendo calles, aunque ahora no llamaba la atención pública, por ir vestido.

Lo que más lo aguijoneaba era, como debe suponerse, la necesidad de encontrar acomodo que le diese pan; pero estaba en Madrid, y he aquí lo grave. Allí se cuenta una baraja de pretendientes para cada empleo, y él no conocía otra industria, profesión ni oficio que el presupuesto, como acontece a tantos. Helo, pues, allí sin comedero, por habérselo limpiado su reemplazante. Con favor todo se hubiera allanado; pero, en su calidad de ex muerto, el oportuno apoyo le faltaba. ¿Quién de los amigos que tuvo antes de ensisebutarse lo reconocería por el antiguo Póstumo? No accediendo a pasar por Sisebuto, ¿qué relaciones podría contar? ¿Qué antecedentes podría aducir? Su puesto se hallaba en Leganés, allí, de donde lo sacó Elisa, único ser que lo aceptaba en

cualquier forma, pues siempre era para ella uno de los dos; pero no quería pasar por loco, siendo así que sólo hacía locuras. Compadezcámoslo, como a todo el que vuelve a la Tierra por su gusto: es ciertamente animal de poquísimos escarmientos.

Nuestro don Póstumo era buen patriota y ardía en deseos de servir a la nación; por eso buscaba empleo. El caso era conseguirlo, con tantos que anhelaban igualmente prestar sus servicios a la patria.

Pero ¿tenía más que presentarse con el nombre de su rival, y, dándose por él, lo que no sería difícil visto su exterior, reclamar su antigua plaza como cesante?

¡Juzgue usted por apariencias! ¿Cuántas almas no habrá por ahí solicitando con méritos o antecedentes de cuerpo ajeno? “Pero tal pretensión de mi parte —pensaba Póstumo— fuera pasar por las horcas caudinas y dar lugar a que Elisa presentase sus derechos de esposa... ¡Pasar por mi rival! ¡Oh vergüenza!... No, no quiero que crea aquel indigno..., ¡ay!..., que he necesitado de sus servicios despreciables..., ¡ay!, ¡ay!..., ¡malditos nervios!..., ¡ay!, ¡ay! Si esto continúa, tendré que reconciliarme con este infame cuerpo... ¡Ay!, ¡ay!... ¡Pues no digo, la cosa sigue!”.

En esto, pasó por su lado, pues Póstumo iba de calle en calle haciendo su monólogo, una mujer sumamente guapa, que lo miró cariñosa.

—¡Oh! —se dijo—, ¡si ésta no fuese otra Elisa! Ahora todas me parecen pérfidas. La seguiría, la amaría, porque necesito amar, necesito un afecto que llene mi corazón y lo consuele en su soledad; necesito llenarlo para ver si desalojo de él a esa Elisa miserable que aun en sombra lo ocupa y me persigue. ¿Será que todavía la amo? No; voy a seguir a esa mujer, que al verme ha simpatizado conmigo, que me ha mirado con afecto, y que es hermosísima..., y si es verdad que le ha gustado mi persona..., pero ¡qué diablos! No soy yo quien le ha gustado, sino este cuerpo que no es el mío. Bien pudiera ser alguna conocida de mi rival, y a la presencia de su cuerpo se deba semejante simpatía.

Y diciendo así, nuestro hombre se dio por despecho un par de bofetadas, que por dárseles a Sisebuto no dolieron menos a Póstumo; al paso que el cuerpo de aquél, conociendo la intención de éste, protestó a su vez con media docena de pellizcos y otras tantas contorsiones.

—Se ha vuelto loco ese hombre —dijeron los transeúntes.

—¡Siempre esa palabra! —murmuró el cuitado—. No hay remedio; al fin tendré que reconciliarme con este... bendito cuerpo.

Como comprenderá el lector, no era “bendito” la palabra que iba a pronunciar, pero reflexionó a tiempo y articuló la contraria de la que tenía en mientes, pro-

curando emitirla sin sarcasmo ni ironía, antes bien, de una manera natural; lo que no hubo de pesarle, pues, como por vía de aprobación o gratitud de aquel cuerpo, sintió interiormente una fruición muy agradable. Comprendió entonces por experiencia que, si bien no debe darse al cuerpo todo el gusto que demanda, porque sería engréirlo demasiado, no conviene estar con él en constante guerra, si con él se ha de vivir y no en poco íntima compañía.

Y hasta se dijo: “¡Cáspita! ¿No sería bueno que en lugar de contrariarlo me diese a complacerlo? Al fin y al cabo, este cuerpo es ahora mío, y tan mío que no podría disputármelo su antiguo dueño, quien, sea dicho entre paréntesis, no rabiará poco al verse sin él y contemplándolo en poder de su enemigo. Por lo tanto, y ya que observo que al abofetearlo es a mí a quien duele, bueno sería satisfacer de vez en cuando sus exigencias y tenerlo contento, si soy yo quien ha de recibir el solaz y beneficio. También así me vengaré de mi enemigo haciendo gozar a mi alma en su cuerpo y usándolo en paz, como si fuese mío, cuando mi rival quisiera que sólo espinas tuviese para mí. ¡Qué rabia no tendrá al ver que me paseo, y gozo y me relamo en su carne, como si fuese en su camisa! Y esto, sin que él pueda estorbármelo ni disputármelo... ¡Canario! ¡Me parece que he dado en el clavo! ¡Y luego dirán que la experiencia

no aprovecha! ¡Si creerían que siempre iba yo a ser el bobalicón de Póstumo!”.

Al pensar en todo esto, que no se atrevía ni a decírselo, temeroso de que el cuerpo que trataba de amansar se le rebelase de nuevo, sintió en su orgullo cierta satisfacción, y hasta imaginó volver hacia Elisa y aceptarla por esposa, ya que ella se arrepentía de su inconsecuencia, tenía la delicadeza de no llamarle Sisebuto, y era el único medio de recobrar los 30 000 realitos anuales del empleo.

Ante todo, quiso probar si lograba destruir la solidaridad de afectos que existía, al parecer, entre el cuerpo y el alma de su rival, y fue la tal prueba la siguiente exclamación:

—¡No mereció este bendito cuerpo la maldita alma de Sisebuto!

Y, al ver que por más que repetía esta exclamación, no hubo alfilerazos interiores, ni las convulsiones dolorosas de otras veces, añadió triunfante:

—Eso es. La carne tiene también su amor propio, y no es extraña a las nuevas amistades. La carne se adhiere a quien le da gusto, y prefiere los que son a los que fueron.

XIX
PÓSTUMO ENTABLA CONOCIMIENTO
CON UN PERSONAJE YA MENCIONADO
EN ESTA VERDADERA NARRACIÓN

A cababa de tomar Póstumo las resoluciones que hemos dicho, cuando se le presentó, deteniéndolo, don Horóscopo, aquél que, según las palabras del custodio, había obtenido de Dios excepcionalmente el don de conocer lo porvenir.

HORÓSCOPO. —Buenos días o buenas tardes, señor don Póstumo sisebutado.

PÓSTUMO. —No lo conozco a usted, caballero.

HORÓSCOPO. —No lo extraño, puesto que no tiene usted el don de ver en lo invisible. Yo, por el contrario, sé leer en lo porvenir: me llamo Horóscopo.

PÓSTUMO. —¡Ah!, ¿es usted aquel señor de que me habló mi custodio?

HORÓSCOPO. —No sé a qué custodio pretende usted referirse; pero, si le ha dicho a usted alguien que tengo el don de saber lo que debe acontecer a todos y a mí, durante la vida, de la cual me quedan por

desgracia tan sólo veinte años, le han informado a usted bien.

PÓSTUMO. —Que le haga a usted buen provecho su sabiduría. No anhelo conocer lo futuro; mejor es ignorarlo.

HORÓSCOPO. —Precisamente tendría un gran placer en revelarle a usted lo que ha de sucederle.

PÓSTUMO. —¿Para qué, toda vez que no podría impedirlo?

HORÓSCOPO. —Por ejemplo, usted está enamorado mortalmente de la esposa de su cuerpo, doña Elisa de Doble Anzuelo.

PÓSTUMO (*sobresaltado y queriendo aparentar serenidad*). —¿Quién ha dicho a usted tanto?

HORÓSCOPO. —Usted pretende huir de ella, y sin embargo...

PÓSTUMO (*intentando disimular su curiosidad*). —¿Y qué?...

HORÓSCOPO. —Acabará usted por caer en sus brazos.

PÓSTUMO. —No, mentira; no quiero saber nada. Es usted un hombre perjudicial.

HORÓSCOPO. —Caerá usted en sus brazos, y ella lo engañará esposo, como lo engañó amante.

PÓSTUMO. —Es usted un intruso que se mete en lo que no le importa. Usted responde a lo que no le preguntan..., y si no calla pronto...

HORÓSCOPO. —Será usted lo que tantos; no lo dude usted.

PÓSTUMO. —¿Cómo? ¡Insolente!

HORÓSCOPO. —Es la verdad...

PÓSTUMO. —También será verdad este bofetón que le aplico por su insolencia.

Póstumo ejecuta lo que dice.

HORÓSCOPO. —No me espanta: veía venir ese sopapo. Sé siempre lo que está por venir.

PÓSTUMO. —Entonces habrá usted visto venir ese otro.

HORÓSCOPO. —Lo esperaba igualmente; pero también veía llegar éste para usted.

Y así diciendo encajó a Póstumo tan brusca y terrible puñada que le bañó en sangre las narices.

Este trompazo valía por los dos anteriores, como que había sido desquite predestinado.

HORÓSCOPO. —Ya ve usted que estaba preparado para recibir y para dar.

Y al decir esto, marchose, dejando a nuestro hombre aturdido y bamboleándose.

—¡Insolente! —gritó Póstumo; pero tuvo que resignarse—. ¡Venir a anunciarme —continuó— cosas tan desagradables!... Pero no será... Yo haré por que no se cumpla semejante predicción. Torceré ese vulcánico destino que parece amenazarme. No; ya no voy a reunirme con Elisa.

Y así pensando, llegó al Palacio de las Cortes. Había gran tropel en la puerta que conduce a la tribuna pública. La sesión prometía sin duda ser interesante.

Nuestro magullado héroe, ya por distraer sus penas, ya por pura curiosidad, resolvió colarse en aquel recinto, y oír también.

—Esto me orientará —se dijo— en la marcha de las cosas, ya que pienso dedicarme al servicio de la patria por medio de algún empleo lucrativo. Todo empleado cesante o activo, o todo pretendiente, debe hallarse bien orientado en el movimiento de la política, que es madre entre nosotros de todo medro personal.

Limpiose la nariz, procurando enjugar con el pañuelo la sangre que de ella había brotado, y se puso a la cola del grupo que esperaba la señal de pasar adelante. Era una testa más en aquel cuadro de ánimas.

XX

PÓSTUMO TRATA DE ORIENTARSE EN LOS ASUNTOS POLÍTICOS Y VE CÓMO UN MINISTRO, EN UN CERRAR Y ABRIR DE OJOS, SE ENCUENTRA EX

Llegó la hora de penetrar en las tribunas, y a través de mil choques, empujones y prensaduras, en que no pocos dejaron los botones y aun parte de las levitas; pasó Póstumo por encima de otros, como otros pasaron por encima de sus costillas, y, después de convertir en escalones a otros menos listos o no tan felices, logró llegar jadeante a la tribuna mencionada. Apoderose allí de una silla, que no era de las últimas, gracias a su agilidad o, mejor dicho, a la de Sisebuto, y pudo hallarse muy bien situado para ver y oír lo que había de suceder en el salón de los legisladores.

La sesión, como se verá, iba a ser, en efecto, borrascosa.

Hallábase la cámara en aquella época en que, por haber transcurrido ya sus pascuas, el turrón que quedaba era escaso y no de lo más fresco. Arrebatábanse la palabra unos a otros en medio del tumulto y las interrup-

ciones. La oposición era formidable. Tratábase nada menos que de un voto de censura al ministerio, cuyo Júpiter Tonante era don Cósmico.

En medio de tanto alboroto y de mil llamadas al orden, tomó éste la palabra, no sin que el presidente de la cámara tuviese que imponer silencio, y aun emplear toda su autoridad para conseguirlo.

Comenzó el dicho rey del Olimpo o del gabinete, que es lo mismo, por defender su administración, como era natural, fulminando rayos a más y mejor. Enseguida, y como no hay sermón sin san Agustín, lanzó los apóstrofes más furibundos a las ambiciones y al espíritu anárquico que dominaba en la oposición, y domina, según dice, siempre que él gobierna.

Trazó elocuente la apología de sus hechos y su persona en todos tiempos, y en especial ahora, que, como antes y siempre, había salvado, en unión de sus honorables colegas y su benemérito partido (él era modesto), el país y sus venerandas instituciones. Lanzó de paso, y con aquella ductilidad que lo hacía tan ducho en el oficio, un par de caricias como amante quejumbroso (sin duda recordaba que fue coqueta en otro tiempo) a algunos miembros descarriados de la antes mayoría ministerial, por ver de atraerlos; trató de sembrar, con habilidad superior a todo elogio, la división entre las fracciones opositoras; habló y celebró y cantó las excelencias del

principio de autoridad; proclamó al gabinete paladín del orden y apóstol de las más patrióticas aspiraciones; y trató en más de una ocasión de desprestigiar, con el sarcasmo alusivo y el epigrama directo, a los que le eran contrarios, logrando producir alguna hilaridad que ponía de su parte a los veleidosos, aunque, sea dicho en honor de la verdad, esta arma del ridículo, que tan bien esgrimía, hubiera herido mejor en otro tiempo en que una mayoría complaciente, dispuesta a celebrar su gracia y su habilidad, estaba pronta a llamarlo el rey de los parlamentarios.

Todo ministro es un Demóstenes en lo elocuente y un Pitt en lo estadista, para la mayoría que ha formado y que lo escucha boquiabierta, esperándolo todo de su *talento* y *energía*. De este modo, está aquella más en aptitud de recibir las barritas de Nochebuena.

Todo marchara bien, sin embargo, si para fatalidad del ministerio no hubiesen evocado de repente, y en el momento menos oportuno, el espíritu de don Cósmico desde algún otro de los mundos en que había existido.

Fue la evocación tan potente y perentoria que hubo de terminar su discurso entre bostezos o, mejor dicho, no pudo terminarlo, quedándose completamente aletargado.

Acaso este discurso hubiese producido el efecto que el orador y el gabinete se prometían, a haberle podido dar cima don Cósmico con su acostumbrada

elocuencia y los conmovedores efectos musicales, de tan buen resultado en gente meridional y artística, que todo lo perdona a virtud de un brillante desenlace; pero, como la conclusión fue desatentada y floja, nada de lo que había dicho antes el orador valió para el caso, borrándose con la impresión poco favorable de lo último el brillante efecto de lo primero.

Una vez dormido el orador Cósmico, sucedió lo que debía, y el gabinete, que todo lo esperaba de aquel discurso, contándolo como su única tabla salvadora, quedó a merced de la numerosa y engreída oposición. La cámara, dominada al fin por aquélla, acabó por votar la propuesta censura del ministerio.

Dejaron los asientos los señores del banco azul, indignados contra su dormido colega.

En cuanto a Cósmico, no hubo ruido que lograra despertarlo. El salón de sesiones quedó vacío; iban los conserjes a cerrarlo, sin advertir que roncaba allí su señoría, pero éste, terminada su excursión por lejanos mundos, volvió en sí, encontrándose ministro ya pretérito.

Verdad es que esto no debía atormentarlo, ya que tantas veces había pasado de pretérito a futuro. La política, para ciertas personas y en ciertos tiempos y lugares, es una simple y fácil conjugación. Se dormía ministro y despertaba ex; realizando aquel vulgar adagio de que el *camarón que se duerme, se lo lleva la corriente*.

XXI ESPERANZAS DESVANECIDAS POR UN CERBERO MINISTERIAL

Salió nuestro desvalido Póstumo del Palacio de las Cortes sin saber qué partido tomar. Aquella crisis lo ponía en la necesidad de guardar una política expectante. Sin embargo, creyó oportuna alguna tentativa. Dirigióse al ministerio. Los porteros lo tomaron por Sisebuto, y lo trataron como a cesante; es decir, como a muerto: no hubo paso.

—¡Malo, malo! —se dijo—. Necesito recomendaciones; y ¿quién me reconocerá por Póstumo?, ¿quién me las otorgaría por tal, bajo la forma de Sisebuto, de ese maldi... bendito rival?

Se conoce que estaba decidido a vivir en armonía con su nueva carne.

Echóse a andar otra vez de calle en calle, *flâneur* por la fuerza de las circunstancias.

Pero luego observó algunos grupos, sorprendió ciertas palabras subversivas, aunque dichas por lo bajo,

advirtió misteriosos movimientos y exaltadas fisonomías. Eran, sin duda, síntomas de tumulto.

Iba a armarse la gorda. El ministerio de transición que funcionaba no podría tal vez contrarrestar el movimiento que se estaba preparando.

Los disidentes querían prevalerse del carácter poco decisivo de aquel gabinete, para impedir que se fortaleciera o diese paso a otro más acentuado y contrario a sus miras.

Los caídos querían trepar de nuevo, y beneficiaban los elementos tumultuosos, alentando en su favor a los indecisos.

—Aquí habrá cosecha —se dijo nuestro hombre—. ¡Qué bueno está ahora el terreno para sembrar! Pero sólo cosecharán los que sean hábiles labradores. Unos aran y siembran, y otros cogen. Eso no reza conmigo; yo amo el orden, y todo lo quiero por el camino regular.

En esto, oyó lo siguiente detrás de sí.

—¡Ándate por el camino regular, y ya verás lo que te pasa!

Volvió Póstumo la cabeza, y vio a don Horóscopo.

—¿Todavía usted, miserable? —le dijo.

HORÓSCOPO. —Déjese usted de apóstrofes y palabrotas. Tome usted o no parte en la jarana que va a armarse, nada conseguirá. Vaya usted a ver a Elisa; ella tiene su credencial con una buena ganga.

PÓSTUMO. —¡No le he pedido a usted parecer, insolente!

Horóscopo se marchó encogiéndose de hombros. Su interlocutor quedó abismado en serias reflexiones.

XXII
ENCUENTRO DE ELISA CON UN PEZ
GORDO Y PAQUIDÉRMICO

Inconsolable se hallaba Elisa desde que la dejó Póstumo. Buscábalo desalentada por todas partes, y en su dolor se juzgaba demasiado infeliz por no hallarlo.

Corriendo de aquí para allá, tropezó con un caballero de apariencia sobrado vigorosa. Era don Perpetuo Paquidermo, aquel señor invulnerable de que habló el custodio de Póstumo, como condenado a perdurable vida en este mundo.

Como había asonada, Elisa corría para su casa en pos de refugio. Las gentes iban y venían apresuradas; los carruajes partían a escape, temerosos sus conductores de que los motineros los embargasen para servir de parapetos. Comenzaban a levantarse barricadas, y aun sonaban ya algunos tiros. Por parte del gobierno aprestábanse tropas; fortificábanse los puntos más estratégicos; los contrarios se agrupaban a su vez; tomábanse posiciones por ambas partes.

PERPETUO (*a Elisa*). —Señora, va usted muy presurosa.

ELISA. —Perdone usted, caballero, no lo conozco.

PERPETUO. —Soy un caballero dispuesto a servirle de apoyo.

ELISA. —Gracias; no lo necesito.

PERPETUO. —Va usted muy asustada.

ELISA. —El lance no es para menos.

PERPETUO. —A mi lado no tema usted.

ELISA. —¿Y por qué no?

PERPETUO. —Soy la eternidad ambulante, la inmortalidad en carne y hueso.

Elisa lo miró sorprendida; pero continuó andando con presteza. Paquidermo seguía a grandes trancos el paso menudo de la dama.

En esto, sonó un tiro muy cercano, y, aunque Elisa era animosa, no pudo menos de dar un grito.

Paquidermo la abrazó galantemente en la vía de reanimarla.

ELISA (*rechazándolo con enfado*). —Caballero, vea usted que peor es el remedio que la enfermedad. Usted se prevale de la anarquía que reina para subvertir todas las leyes del decoro y de la cortesía.

PERPETUO. —No, señora: quiero tan sólo protegerla. Me parece usted digna de particular protección.

ELISA. —No es éste el lugar de los hombres. Deje usted a una pobre mujer que no solicita su amparo ni

la protección particular de que usted habla, y vaya a tomar parte en la lucha, por el gobierno o por quien quiera. Invierte usted ociosamente el tiempo.

PERPETUO. —Para cualquiera de los dos bandos que se aprestan a la batalla sería yo apoyo sobrado formidable. Soy un Aquiles sin talón; un Orlando sin ombligo.

ELISA. —No comprendo esos enigmas.

PERPETUO. —Soy invulnerable.

ELISA. —¡Vaya, un prodigio!

PERPETUO. —Si es usted espiritista, convendrá en que la cosa es posible, por portentosa que parezca.

ELISA. —Pues bien, váyase usted a servir con tan mágico don a los que están lidiando.

PERPETUO (*con sorna*). —El lugar de un caballero cumplido como yo es éste, junto a una hermosa a quien pueda servir de amparo.

ELISA. —Desde don Quijote [para] acá, los hombres no hacen otro tanto sino cuando les conviene.

PERPETUO. —Pues cuente usted con que soy un perfecto Amadís.

Resonó entonces una descarga, y Elisa, aterrada, ganó de un salto su casa, que estaba próxima, asiéndose al aldabón de la puerta con ansia tal que el pobre Camueso, su criado, corrió a abrirle todo afligido, no sin reconocer antes la voz de su ama.

CAMUESO (*asustado*). —¿Está usted ilesa, señorita?

ELISA (*colándose dentro de la casa*). —Sí...

Don Perpetuo se coló tras ella sin cumplimientos.

—¡Caballero! —gritó el mozo tratando de impedirlo, pero recibió de Paquidermo un empujón que lo tendió patas arriba.

—¡Señor mío! —gritó a su vez la dama—. Tal osadía, semejante violencia son imperdonables.

Paquidermo trató de aplacar las furias de Elisa, hablandole de su adhesión y sanas intenciones.

ELISA. —¿Pero qué busca usted en mi casa? Sin duda tiene usted miedo, como una mujer, y busca también amparo, aunque dándosela de Amadís.

PERPETUO. —Señora, ya se convencerá usted de que sólo la simpatía que me ha inspirado es la causa de mi insistencia.

Resonó una nueva descarga, y el tumulto se sintió más próximo.

Resignose Elisa a dar hospedaje al caballero, aunque con sumo desagrado.

—¡Ah, si lo viese Póstumo aquí! —se decía—. ¡Si supiera que tengo un hombre en mi casa, no querría persuadirse de lo que ha pasado! ¡Él que es tan vidrioso! ¡Hallaría pretexto en esta ocasión para huir de mí a mayor distancia! ¡Y ahora que tengo su credencial del empleo, pues don Cósmico me ha cumplido su palabra!... Ca-

ballero —añadió en voz alta—, es preciso que usted se marche: su presencia me compromete.

PERPETUO. —¡Cómo!

ELISA. —Para con mi marido.

PERPETUO. —¿Es usted casada? ¿Tiene usted quien pueda oponerse a mis pretensiones?... ¡Tanto mejor!

ELISA. —¡Caballero!...

Paquidermo, sin darse más por entendido de lo que decía Elisa, asomose al balcón, y, sin duda para distraerla, llamó su atención hacia lo que estaba ocurriendo en la esquina de la calle.

Alzábase allí una barricada a toda prisa. Cósmico, encaramado en un barril, peroraba.

El ex ministro, defensor dos días antes del principio de autoridad, campeón severo del orden desde el banco azul, se había pasado con toda su severidad no sólo a la oposición, sino a la revolución armada.

Ostentábase ahora campeón de la libertad, y apostrofaba el orden como “palabra hueca, que sólo sirve a los que mandan —así decía en aquel momento— para encubrir su ambición, su codicia y su nepotismo”. ¡Con qué gracia pasaba de la epopeya a la bucólica, para trazar el idilio de la sociedad política que ofrecía realizar cuando volviese de nuevo al poder! Su propia administración pasada era enjambre de errores, que ahora reconocía, como amaestrado por los acontecimientos,

prometiendo enmendarlos, si tornaba a ocupar el potro de la omnipotencia.

La antorcha del progreso, en cuya senda se lanzaba con todo su corazón, había de ser en adelante su única guía. Los sucesos recientes le habían mostrado las verdaderas aspiraciones y las apremiantes necesidades del país. ¡Parecía otro hombre! Sin duda en aquellos momentos recordaba que fue tribuno y liberal en alguna otra parte.

Para liberalizarse, no hay como caer del ministerio.

Póstumo, que se hallaba por allí, hambriento y vacilante, murmuró: “Eres turco y no te creo. ¡Para quien se deje llevar de palabras y promesas seductorales!... No; no soy ya el Póstumo de antes, que soñaba aquí abajo con cosas celestiales y, por lo tanto, irrealizables.

”En aquel tiempo hubiera dado mi sangre por mis principios, es decir, por mis ensueños; ahora, ya que soy más ducho, me pago menos de palabras y promesas”.

Así reflexionaba Póstumo, persuadiéndose de que no debía tomar parte en aquel motín.

Pero no contaba ni con los restos de su candidez primitiva, ni con la elocuencia del elástico don Cósmico; y al cabo fue tanto lo que habló aquel tribuno, tan halagüeño lo que dijo y tan entusiastas las aclamaciones de los circunstantes, quienes, dejando a un lado las veleidades del ex ministro, sólo veían en él al caudillo del momento, que Póstumo vacilaba en sus propósitos.

Por otra parte, la gritería, los vítores, los tiros, el olor de la pólvora, las protestas de libertad, palabras siempre felices y de éxito seguro ante las multitudes y en momentos dados, y acaso hasta su misma desesperación y desamparo, concluyeron por excitar su sangre y sus nervios. Era, como meridional, impresionable, y un tanto artista como individuo de raza latino-arábica; aquello era obra maestra en el efecto, y así, vencida su reflexión moribunda, dejase arrastrar por su carácter romántico, entusiasta.

—¿Quién sabe —se dijo— si mis sueños de mejoramiento social van a realizarse con este terremoto político? No; para mí no quiero nada, aunque estoy hambriento y desamparado; no debo fijarme en quien habla, sino en la verdad de lo que dice.

”Cobardía fuera abandonar mi causa porque haya en mi bando un campeón más o menos traidor y veleidoso. ¿En qué causa no hubo Judas?

”Los principios, no los hombres, deben ser mi guía. Aquéllos, cuando son buenos, no mueren ni hacen traición. Sí: pelearé por el bien y de buena fe”.

Hecha esta, que él llamaba reflexión, y que sólo era arrebató de su fantasía, tranquilizada su conciencia en cuanto al desinterés, lanzose al grupo pidiendo armas. Apoderose de un fusil, y comenzó a hacer fuego con el frenesí del entusiasmo.

Todo esto lo vieron Elisa y Paquidermo a través de los cristales de un balcón, con gran sobresalto de la primera.

ELISA. —¡Ay, mi Póstumo! ¡Me lo van a matar!

PERPETUO. —¿Quién es Póstumo, señora?

ELISA. —Aquél que está allí batiéndose; aquél que apunta ahora.

PERPETUO. —¿Y por qué se interesa usted tanto por su suerte?

ELISA. —Porque es mi esposo. ¡Ay!, ¡me lo van a matar!

PERPETUO. —Entonces no se apure usted. Aquí estoy yo para sucederlo.

ELISA. —¡Qué insolencia! Calle usted, caballero; me indignan sus palabras.

Póstumo disparó.

ELISA. —¡Ay!, ¡me voy a quedar viuda otra vez!

PERPETUO. —Señora, ¿por cuántas veces?

ELISA. —Déjeme usted, caballero; no sea usted importuno. ¡Ah! (*cambiando de tono*), usted que es invulnerable, según dice, vaya y sáquelo de allí.

PERPETUO. —No, señora; él cumple con su deber y con sus convicciones. Aquél es su puesto y éste el mío. Allí cumple su destino, y si muere, yo lo reemplazaré junto a usted, como amante o como esposo, lo que usted quiera.

El don de eternidad había convertido a don Perpetuo, como dijo el custodio, en descarado, cínico, inmoral. No debe, pues, sorprendernos semejante lenguaje.

En esto, silbó una bala y cayó Póstumo. Elisa dio el grito no sabemos número cuántos de su vida, y se desmayó por la centésima o milésima vez durante la misma.

Don Perpetuo, por no estar ocioso o por interesar a la bella, haciendo alarde de su don de paquidérmico, corrió a la calle.

La madre de Elisa, que desde el principio de la lucha se había escondido en lo último de la alcoba, al oír el grito de su hija, acudió a la sala. Al verla tendida en un sofá creyola muerta; pero tranquilizose luego, al notar que sólo era uno de tantos accidentes crónicos en las mujeres de la familia De Doble Anzuelo. Le venía de padres la propensión.

Paquidermo bajó presuroso y abrió de un sólo empujón la puerta de la calle, con asombro y contra la voluntad del portero de la casa.

Camueso salió tras él, y divisó a Póstumo caído en tierra detrás de la barricada; pero su heroísmo retrocedió ante el silbido de una lluvia de proyectiles que bañaba aquel parapeto. No así el invulnerable, que, seguro de su paquidermis, se lanzó a la barricada, rechazando su cuerpo la granizada de plomo y hierro. Los que atacaban, al ver [a] aquel hombre sereno e invulnerable,

se detuvieron estupefactos. Era aquél un fenómeno incomprendible para unos y otros; y no faltó quien, gritando “¡el Diablo!”, pusiese en fuga a los que atacaban y a los que defendían el parapeto en alas de un temor supersticioso. Esto quizá contribuyó a que, repuestos los amotinados, consiguiesen la victoria en aquel punto, que, como de estratégica importancia, hubo de producir igual resultado en los demás. Cósmico, pues, debió a la invulnerabilidad de don Perpetuo, o al Diablo, como decían todos, su nuevo ascenso al poder. Resonaron los gritos de victoria. El motín había triunfado.

Cuando Elisa volvió en sí, y se asomó tras los cristales, vio venir a don Perpetuo trayendo en brazos a Póstumo, con quien no tardó en aparecer en la sala. Tranquilizose al ver que aún daba señales de vida.

La herida de nuestro héroe ofrecía alguna gravedad por el sitio: la bala, completamente roma, dándole en la frente, había resbalado hacia la sien izquierda, aunque sin dañar el cráneo; extravagancia bastante común en las heridas ocasionadas por aquella clase de proyectiles.

Don Perpetuo, que estudió cirugía, pues tiempo de sobra había tenido para cursar tantas cosas en este mundo, declaró que la herida era grave, pero no mortal. La desconsolada esposa, que mandó conducir al malaventurado caballero a su alcoba y propio lecho, hubo

de recibir alguna esperanza de no enviudar, a lo menos por entonces.

Por lo demás, ¿quién sabe si preparaba ya un tercer anzuelo para el héroe paquidérmico, cuyo valor, o cuya invulnerabilidad, mejor dicho, la tenía toda suspensa y admirada? Ella, que como sabemos era de natural novelesco, tenía el órgano de la *maravillosidad* muy desarrollado. Sin embargo, haciéndole justicia, debemos confesar que no dio indicios de pensamiento alguno censurable; antes bien, mostraba el mayor afecto hacia Póstumo y el más exquisito interés por su existencia.

XXIII
NUEVAS ESPERANZAS ANUBLADAS
POR NUEVOS VATICINIOS

Algunos días habían pasado tras las ocurrencias que acabamos de contar en el capítulo precedente.

Restablecido de nuevo el orden, estaba otra vez don Cósmico en la presidencia del ministerio.

Póstumo se hallaba convaleciente. La bala no le había sido extraída, ya por lo delicado del sitio, junto a la sien, cuanto porque él, resuelto más que nunca a pretender la gratitud de la patria, es decir, un empleo oficial, quería mostrar en su frente, como merecimiento, el testimonio de sus esfuerzos en pro de la misma.

Aquella protuberancia constituía para él un heroico blasón que sentía orgullo en mostrar, si bien no dejaba de causarle algún estorbo. Esto hacía que su sombrero no calase muy bien, teniendo que dejarse de fuera aquel chichón patriótico.

En vano Elisa puso en sus manos la credencial del empleo: él estaba resuelto a no aceptar ni su amor, ni sus oficiales influencias.

Sólo después de mil suplicas de aquélla, bañadas en llanto que hacía más bello su rostro, condescendió nuestro héroe en ocupar una habitación de la casa, pero más como huésped agradecido que como esposo, pues en este punto su decisión era, al parecer, irrevocable. Y no dejaban ciertamente de poner en peligro su entereza tales ruegos y lágrimas, pero, aunque a duras penas, se mantenía inflexible en sus propósitos. Creía que sus esfuerzos en favor del nuevo gobierno deberían valerle; y teniendo méritos propios a su vez suficientes, ¿para qué doblegarse a pasar por su odiado rival, aceptando su nombre y personería que siempre había rechazado?

Echase, pues, a la calle en pos de su destino o, mejor dicho, de un destino, resuelto a debérselo todo a sus propias fuerzas; pero, cual si don Horóscopo fuese su genio malo, a pocos pasos que en la calle diera, tropezó con él. No parecía que estaba allí aquel fatídico agorero sino para atajarlo en su marcha.

HORÓSCOPO. —Veo que va realizándose mi pronóstico. Ya vive usted en la casa.

PÓSTUMO. —¡Otra vez! (*Con turbación más que con ira, aunque pretendiendo aparentar esta última.*) Señor mío: es usted incalificable, y al fin tendremos que vernos las caras formalmente.

HORÓSCOPO. —Cuando usted guste, aunque creo que no sólo nos las hemos ya visto, sino que nos las hemos palpado.

PÓSTUMO. —¡Siempre la misma insolencia!

HORÓSCOPO. —¡Eh!, ¡insultos y nada más! Ésas son vulgaridades.

PÓSTUMO (*enfurecido*). —¡Vulgaridades!

HORÓSCOPO. —Y no otra cosa.

PÓSTUMO. —¿Qué merece esa insistencia de salirme siempre al encuentro para decirme cosas desagradables, que no pretendo saber?

HORÓSCOPO. —Yo soy lo porvenir. Usted viene de lo pasado por la senda de lo presente. Si viene usted en busca mía, ¿quién busca a quién? ¿No debe usted agradecerme que por ahorrarle pasos le salga al encuentro? En fin, veamos: ¿por qué enojarse por mis vaticinios, cuando usted mismo los está realizando?

Póstumo iba a descargar de nuevo la diestra sobre el intruso, pero recordó sin duda la agilidad con que éste le había ensangrentado las narices, y hubo de contenerse.

HORÓSCOPO. —Ahora va usted a ver al ministro...

PÓSTUMO (*tratando de separarse*). —No es cuenta de usted... Vaya; déjeme en paz.

HORÓSCOPO. —Nada conseguirá usted. El destino lo tiene usted en su casa.

PÓSTUMO. —¡Eh! ¡Vaya usted a paseo!

Y Póstumo se libró al cabo del importuno, no sin que dejasen de producirle cierta mortificación y terror las palabras del que pretendía apellidarse Porvenir.

HORÓSCOPO. —Ya lleva usted su chichoncillo: por algo se empieza.

Nuestro amigo apretó el paso para no oír estas palabras, que cayeron sobre su corazón cual otras tantas balas rojas.

—Ya te dejaré por embustero, infame —murmuró; y aplaudió nuevamente su conducta desdeñosa para con Elisa.

Después de no pocos días de espera, de desaires y ansiedad, había conseguido una audiencia de don Cósmico, para lo cual tuvo al fin que aceptar la recomendación de don Perpetuo, quien, como todo lo había sido en este mundo, gracias a su eternidad, era muy conocido en aquellas regiones y en todas partes. Don Perpetuo hacía para con Póstumo el papel de su salvador. A no ser por su arrojo, ¿no habría sido tal vez pisoteado o mal muerto el día de la refriega?

Dicho señor Paquidermo continuaba visitando a Elisa, más o menos frecuentemente; pero ella, empeñada entonces en la reconquista de su Póstumo, rechazaba siempre con indignación, aunque mediana, los homenajes del hombre eterno; y si toleró sus visitas, fue porque aparecían dirigidas a su pretendido esposo en el interés de su salud. Y ¿qué podía negarse a quien sin conocerlo y por ella lo había salvado? Paquidermo beneficiaba su papel de salvador. Las repulsas de Elisa

daban algún cebo a su esperanza. El hastío vendría después; pero su corazón gastado se hallaba bien con las contrariedades.

En cuanto a nuestro héroe, ¿qué hubiera sido de sus pretensiones oficinocráticas sin la recomendación de Paquidermo? ¡Cuántos sinsabores y antesalas antes de ser introducido! Ni en el paraíso le costó tanto penetrar, pues, si no pasó allí de la portería, por lo menos el santo apóstol no lo había desdeñado, ni hablado mal, ni mucho menos despedido con cajas destempladas, como antes de presentarse con la paquidérmica recomendación le había acontecido en las antesalas ministeriales. No faltó ocasión en que se viese a punto de violar el respeto debido a una elevada oficina del Estado, estrangulando al conserje, cuya insolencia le había despedido de mala manera, sin tener en cuenta su benemérita herida, ni su chichón recomendable.

Pero al fin llegó el día, que también ha de llegar el del juicio y fin del mundo: sonó la hora en que debía oírsele, y fue introducido en lujosísima sala, a través de otras no menos brillantes y confortables. Aún esperó allí; al cabo de algún tiempo se presentó don Cósmico, y pasó entre ellos lo que se dirá en el capítulo siguiente.

XXIV
UN GRAN CAMALEÓN RECIBE
EN AUDIENCIA A NUESTRO AMIGO

Don Cósmico recibió a Póstumo de pie para que éste no se sentase.

“Bien —se dijo nuestro ex difunto—, eso es, ni siquiera le brindan a uno asiento, cuando es el que paga esta magnificencia”. Reflexionó enseguida que, habiendo él pertenecido siempre a las clases consumidoras, poco podía haber contribuido al sostenimiento de aquel auge.

“Pero, en fin —se dijo—, este vestido que no he pagado y el mezquino puchero que me permite tenerme en pie, aunque en menor escala, no han dejado de valer para el Estado. Cada cual da lo que puede. Y, además, ¡siquiera por cortesía, por mis servicios últimos, por esta honrosa herida que muestra mi frente!”.

Al decir esto, pasose la mano por aquélla, y, al tropezar con el chichoncillo, apartola como del fuego, recordando las socarronas palabras del intruso don Horóscopo.

CÓSMICO (*con gravedad oficial*). —¿Es usted el recomendado del señor de Paquidermo?

PÓSTUMO. —Servidor de vuestra excelencia.

CÓSMICO. —Pues bien, lo siento mucho; pero por ahora nada es posible. No hay plaza para usted. Veremos más adelante. Se le tendrá presente.

Póstumo sudaba.

PÓSTUMO. —Si vuestra excelencia se digna escucharme... Yo me hallé a su lado en la barricada, y de allí saqué esta modesta herida, de que no quiero hacer gran mérito, pues la recibí desinteresadamente y siguiendo mis convicciones. Sólo digo esto para recordar a vuestra excelencia que he secundado sus palabras.

El ministro frunció el ceño.

Póstumo tenía hipo.

CÓSMICO. —Motín desgraciado, incalificable; manera de proceder que hace después difícil el restablecimiento del orden y la buena marcha de la administración. Anarquía y demagogia que no deben mencionarse nunca; sistema ilegal que arruina al país.

Póstumo lo escuchaba con asombro, con estupor. ¡Qué cambio! Sospechó que se había equivocado, y balbuceó algunas frases por vía de rectificación.

PÓSTUMO. —Yo he sido siempre amigo del orden; y si he recordado semejante hecho, ha sido porque vuestra excelencia también...

CÓSMICO. —Yo entonces no era ministro; y aunque como particular tengo mis opiniones, en este lugar debo tratar de merecer la confianza del país, y defender el orden a todo trance.

PÓSTUMO. —Perdóneme, vuestra excelencia, pero yo creía que el hombre debía ser siempre uno mismo: el público y el privado. Es esa una dualidad que pretende dividir lo indivisible: el individuo.

CÓSMICO (*con enojo*). —¿Ha venido usted aquí para darme lecciones? Muchos hablan de la gratitud de la patria para vivir a su costa. Si un hombre se bate por darle mejor gobierno, según su convicción, debe hacerlo con desinterés. Llenas están esas antecámaras de hombres que piden a la patria el pago del amor que le profesan. Todos ellos sufrieron persecuciones; todos se batieron ayer, y piden por paga un puesto en el Estado.

PÓSTUMO. —Pero, señor, vuestra excelencia ha sido recompensado con su reposición y con esa gran cruz que le ha concedido su majestad.

CÓSMICO. —¿Me viene usted con indirectas? Las rechazo. He sido repuesto porque esta plaza que ocupo es de confianza y aptitud, y más que recompensa es corona de espinas. ¡Cómo se conoce que usted no sabe lo que son estas cosas! En cuanto a la gran cruz, ¿es nada haber asegurado el orden y las instituciones? Pero descendiendo de mi lugar dando a un pretendiente seme-

jante explicación. Pídala usted al país que me paga y al trono que me ha honrado con su confianza. ¡Ingratos! ¡Cómo desconocen el mérito y las vigiliass empleadas en su bien!

PÓSTUMO. —Perdone vuestra excelencia si he sido inoportuno. Yo pensaba, muy lejos de censurarlo, que todo ello era justo; pero como parecía que vuestra excelencia no apreciaba mis servicios...

CÓSMICO. —Esos servicios se los ha prestado usted a sí mismo; pues, si por batirse usted y hacer triunfar esta situación, ha mejorado la patria, usted, que es parte de ella, ha mejorado también.

PÓSTUMO. —Pero yo me encuentro lo mismo que antes, y a juzgar por ello, no debe la patria haber ganado mucho.

CÓSMICO. —Eso es; ¡siempre el interés particular!... Trabaje usted. Busque oficio. La patria no es el Estado. Éste no debe hacer otra cosa que dar a usted franquicias y seguridad. El Estado, como simple administrador, no debe ser agradecido; la gratitud se la debe la sociedad en que usted vive, y tal sentimiento habrá de ser voluntario, como todo sentimiento, sea cualquiera la forma en que sepan o quieran expresarlo los individuos. Para unos será usted un gran patriota, para otros, un gran malvado, según que haya usted servido o vulnerado sus respectivas opiniones. Los unos no tienen derecho para imponer

a los otros el censo de una gratitud con que no estén de acuerdo. Debía usted haber aprendido esto antes de venir aquí. Valgan a usted mi bondad y la recomendación de mi apreciable amigo don Perpetuo para haberme detenido sobrado tiempo en escucharlo, con mengua de mis numerosas, graves y perentorias ocupaciones.

Póstumo comprendió, aunque tarde, que había tomado mal rumbo, y trató de enmendarlo.

PÓSTUMO. —Yo era empleado con 30 000 reales; me morí, y cuando resucité, hallé mi destino ocupado.

CÓSMICO. —¿Y qué quiere usted que yo le haga?

PÓSTUMO. —Me llamaba Póstumo, aunque ahora no me parezco a mí mismo.

CÓSMICO. —En efecto, juzgo haberlo conocido en otro tiempo. Usted ha servido a mis órdenes, según creo.

PÓSTUMO (*con alegría infantil*). —¡Oh!, ¡sí, señor!...

CÓSMICO. —¡Tengo tantas cosas en la memoria!...

PÓSTUMO. —Sí, señor; en Bienes Nacionales.

CÓSMICO. —¡Pero está usted muy cambiado!

PÓSTUMO. —Acaso la muerte...

Póstumo temía ver caer de los labios del ministro el nombre de Sisebuto. La menor alusión de esta especie lo ponía frío; y, sin embargo, aquel nombre o, mejor, el de su esposa Elisa, hubiera cambiado el orden de las cosas; lo habría salvado.

CÓSMICO. —Por ahora, repito, a pesar de mis mejores deseos, no es posible hacer nada por usted. Más adelante...

PÓSTUMO. —Pero, señor, me muero de hambre, y no sé hacer otra cosa.

CÓSMICO. —¿Qué quiere usted? No puedo remediarlo. Ni aun figura usted como cesante, sino como muerto.

PÓSTUMO. —Sin embargo, estoy vivo.

CÓSMICO. —¿Y cómo lo acredita usted? ¡Ni aun trayendo del otro mundo certificación de resucitado! ¿Qué escribano podría aquí legalizar la firma del Eterno, que no es conocida, por más Augusta que sea, puesto que Su Divina Majestad no acostumbra firmar sus actos en la forma y papel que lo hacemos los humanos?... En fin, vaya usted con Dios.

Y el ministro, diciendo esto, le volvió la espalda. Supóngase el lector cómo quedaría Póstumo de mal parado y triste. La última esperanza huía, su única áncora le faltaba.

XXV

DESENCANTOS Y CIRCUNSTANCIAS
QUE PUSIERON FINALMENTE A PÓSTUMO
ENTRE LAS GARRAS DE ELISA

A fligido y cabizbajo salió nuestro buen amigo del despacho de don Cósmico, y dirigióse maquinalmente a su casa o, mejor dicho, a la del antiguo dueño de su carne. Entró y fuese a su cuarto. Elisa, que lo esperaba, lo vio arrojar en su lecho, llorar a mares y, por último, levantarse febril, empuñando una de las pistolas que había allí de Sisebuto.

La dama corrió a detener su brazo.

ELISA. —¡Póstumo mío, esposo de mi alma! ¿Qué vas a hacer? ¡Maldito Sisebuto, que me ha puesto en mal contigo, que es a quien he amado siempre! Veamos: ¿qué intentas? ¿Por qué quieres matarte?

Póstumo callaba y la miraba estupefacto.

Una idea luminosa hirió con gran viveza el finísimo ingenio de Elisa.

ELISA. —¿Quieres dar gusto a Sisebuto? ¿Quieres matarte para no ser mi esposo, cuando eso es lo que

precisamente lo tendrá rabioso de celos en el otro mundo?... Oye bien.

Póstumo continuaba callando y como insensato.

ELISA. —Volviste a la Tierra para vengarte de mí y de tu infiel amigo. Pues bien; hasta ahora sólo de mí te has vengado, y bastante, ¡ay!, desoyendo mis súplicas y lastimando mi corazón, con gozo del miserable que al fin te ve separado de mí. ¿Es esa la manera de vengarte de él? Responde, responde...

Póstumo hallaba cierto encanto en escuchar a Elisa expresarse así; pero no sabía qué contestar.

ELISA. —¿No sería mejor que, por lo mismo que no debe agradarle, me recibieses por esposa, como ya lo soy, pasando tú por él en el mundo? Eso habría de mortificarlo ciertamente, y mucho más al ver que utilizabas su cuerpo para un empleo y demás conveniencias sociales de que él está privado muy contra su gusto.

PÓSTUMO (*pasándose la mano por la frente, que le sudaba a mares*). —No; tu esposo, nunca. ¡Antes la muerte!

ELISA. —Mira, santo varón, Postumito mío; ¿estás resuelto a matarte antes que tomarme por esposa?

PÓSTUMO. —Sí.

ELISA. —Pero si pudieras vengarte de Sisebuto, ¿cambiarías de resolución?

PÓSTUMO (*después de meditar un instante*). —Sí. Él es la causa de mis desgracias.

ELISA. —¿Te vengarías en cualquiera forma?

PÓSTUMO (*colérico*). —Sí.

ELISA. —Pues mira: vamos a cuentas. Consultemos a los espíritus, asunto en que soy maestra. ¿Quieres?

Póstumo callaba.

ELISA. —Veremos lo que dicen. Evocaremos al mismo Sisebuto, y vas a oír sus propias palabras. Haremos lo contrario de lo que él quiera. ¿No te parece? ¿Me lo prometes?

Póstumo consintió sin responder. Érale penoso el hablar en este caso, porque temía que la venganza fuese para él más lejos de lo que desearía. Si en aquel momento se hubiese presentado don Horóscopo, fracasaran quizá por entonces los proyectos de la dama.

ELISA. —A ver; consultemos a esta mesa: pon en ella tus manos..., junto a las mías... Ahora, evoquemos el espíritu de Sisebuto...

A poco rato la mesa comenzó a moverse de tal modo que parecía picada de la tarántula.

No sabemos qué trazas se dio la bella para conseguirlo, pero es lo cierto que Póstumo se convenció de que el mueble se estremecía y se agitaba, como si le quemase el contacto de aquellas cuatro manos.

Póstumo sintió después de tanto, y por primera vez en su segunda vida, el placer y la alegría. ¡Cuán dulce era para él esta venganza, recordando la burlesca

evocación que le hicieron sus amigos en el café del teatro Real! ¡Qué gozo el de tener bajo sus dedos (así lo creía, gracias a Elisa) el medio de mortificar a su falso amigo, a aquel rival odioso, por cuyo mal sería capaz de aceptar... hasta a Elisa!

Sus escrúpulos cedían, y con tal de hacer rabiar a Sisebuto, se resignaría a todo.

ELISA. —¡Ya anda la mesa!... ¡Ya da vueltas!

PÓSTUMO. —¡Y cómo salta! Río y gozo como nunca.

ELISA. —Preguntémosle. Pregúntale tú.

PÓSTUMO. —¿Estás ahí? ¿Eres Sisebuto?

La mesa dio un golpe y se movió furiosamente.

ELISA. —Dice que sí, y lo dice contra su gusto.

PÓSTUMO (*gozoso*). —¡Ah!

La mesa se movía de una manera convulsiva.

PÓSTUMO (*con gozo febril*). —¡Cómo rabia! ¿Quieres que me case con Elisa?

La mesa no respondía.

Aquél preguntó de nuevo.

La mesa se movió con grandes vaivenes.

ELISA. —Ya ves. No quiere responder. No le agrada la pregunta.

PÓSTUMO. —¿Quieres que me mate y te deje tu cuerpo?

La mesa dio al momento un golpe bastante fuerte.

ELISA. —¡Afirmativamente! ¿Lo ves, caro bien mío?

PÓSTUMO (*al espíritu de Sisebuto*). —Eso es lo que tú quisieras. (*Medio loco de alegría*.) ¿Sí? Pues mira, rabia, rabia como me hiciste rabiar a mí. Ahora es mío tu cuerpo, y ella es también mía: quítamela si puedes. (*Cayendo en brazos de Elisa*.) Sí, me caso; por contrariarlo, serás mi esposa.

La dama se desmayó otra vez: ahora era de contento al ver realizados sus planes. El anzuelo estaba tragado y el pez en tierra, mejor dicho, en la sartén.

La mesa dio dos volteretas furiosas, y cayó patas arriba.

A los pocos días de lo que acabamos de contar se revalidó la boda, aunque en secreto, porque estando casados para el mundo (que no veía en Póstumo sino a Sisebuto), lo hicieron sólo por escrúpulos de conciencia. De suerte que fueron las tales nupcias segundas para un cuerpo y primeras para un alma.

Elisa presentó ante Cósmico al seudoSisebuto, su esposo, restablecido de su locura, quien tomó posesión del empleo. Había ascendido, pues ahora tenía 40 000 reales y buena perspectiva.

En cuanto a Cósmico, se contentó por entonces con la amistad de Elisa; nueva Lucrecia en su virtud. Confiaba aquél, sin embargo, en que algún día se acordaría de que había sido Fiammetta.

Paquidermo recibió también por entonces un par de revolcones de la dama, y se marchó a Francia a tomar

baños por puro recreo, pues no los necesitaba. Fiaba en el tiempo, su gran aliado en la materia.

Pasaron dos meses, o más, que a la precisión de este tiempo no andan ajustadas las crónicas que consultó el espíritu revelador de estas historias.

XXVI DE CÓMO SISEBUTO SE EMPOSTUMA A SU VEZ

Sírvase el lector dar un breve salto a la eternidad o región de los espíritus. Allí verá cómo el de Sisebuto llegó poco menos que lloroso y enfurecido de rechazo de su evocación por Elisa y Póstumo.

Cayó en brazos de su custodio, quien procuró consolarlo, prometiéndole una pronta resurrección, bajo forma conveniente a sus miras de venganza.

Veamos lo que el custodio se prometía, visto el matrimonio de Elisa y Póstumo.

Pasaron dos meses de consumado éste ante la Iglesia, y, como no debe sorprendernos, Elisa sintió las leves indisposiciones del estado interesante. Esto era lo que esperaba el custodio de Sisebuto. Para la eternidad fueron los dos meses sólo un instante.

Llegó el momento en que uno de los acomodadores de almas comenzó a pedir a son de trompeta un espíritu para la nueva concepción. El dicho custodio, que estaba

día y noche observando el telégrafo, vio que los trompetazos provenían del siguiente telegrama:

Madrid. Carrera de San Jerónimo, tantos, cuarto tal. Elisa de Doble Anzuelo.

Entonces llamó presuroso a Sisebuto, y díjole *sottovoce*:

—¡Listo!

Sisebuto, impaciente y enojado hasta la punta de sus alas espirituales, quiso saber del ángel su nuevo destino, y éste le replicó mostrándole el telegrama. Brillaron de alegría los ojos inmateriales de Sisebuto, y comprendió que la ocasión se le presentaba. El jefe de acomodadores llamó al que por turno correspondía la encarnación; pero el custodio de Sisebuto vio que no había tiempo que perder, y dio a su ahijado un empujón tal que lo puso en la Tierra y en el lugar correspondiente. El espíritu a quien tocaba aquella plaza, por de prisa que quiso andarse, la halló ocupada por Sisebuto, quien casi le sacara los ojos, a haberlos tenido, en la breve pero encarnizada lucha que se armó en el interior de Elisa. Por su parte, esta señora, resintiéndose, como era natural, del atropello que en ella estaba pasando, convertido su vientre en campo de Agramante, fue presa de tales convulsiones y mareos que juzgábase a punto de morir.

—¡Ay! —gritaba ella—, parece que tengo una riña de canes en el vientre.

Tales eran los escarceos y pellizcos y revolcones que los competidores le ocasionaban.

En aquel duelo formidable entre el espíritu intruso y el de número perdía el que había llegado tarde; quizá porque encontró ocupadas por el enemigo las mejores posiciones. Recordó aquello de *beatus qui posident*, pues Sisebuto se había colocado en el claustro materno a sus anchas, como quien está dispuesto a no ceder el campo, y el legítimo hubo de proponer al intruso una transacción:

—Seremos gemelos —le dijo.

—Nada, fuera de aquí —replicó Sisebuto, lacerándolo de tal modo que el espíritu de turno o propietario hubo de darse por vencido, y dejar al aventurero el lugar y encarnación que de derecho le correspondían.

Volvióse, pues, al otro mundo corrido y amostazado; y sabido esto por el jefe de acomodadores propuso el arresto del usurpador.

El custodio del espíritu desposeído entabló querrela contra el de Sisebuto, y al cabo hubo de sobreseerle por ser hecho consumado; si bien se condenó al desposeedor a la pérdida del turno que pudiera corresponderle en lo sucesivo, y al custodio del mismo a un apercebimiento para en adelante.

Por lo que atañe a Elisa, se dice que sintió tal desazón con aquella revocadura interna que estuvo enferma de peligro por muchos días, durante los cuales Póstumo no sabía si alegrarse o entristecerse respecto del posible resultado mortal.

Así continuó la preñez de la bella, tan penosa, que a veces creía tener al mismo Diablo en el cuerpo, a juzgar por lo inquieto y revoltoso de la criatura.

Llegó el día feliz y, al cabo de tantas desazones maternales, Elisa dio a luz un robusto niño, tan parecido a Sisebuto que era por demás, y de tanta precocidad que era un portento: no sólo venía al mundo con pelo, sino hasta con dientes.

Póstumo sintió el escozor que era de esperarse, al ver que el nene era tan semejante a su rival, pues parecía hijo de su cuerpo. De este modo, la paternidad era para él nuevo tormento, si bien calló como lo hizo cuando lo amortajaron, de puro filósofo y porque no había otro medio.

XXVII INFANCIA Y PRECOCIDAD DE POSTUMITO

Como Sisebuto, al volver al mundo, había bebido, como todos los que nacen, las aguas del Leteo, no recordaba su vida anterior ni reconocía a su amada y su rival en los seres que la naturaleza le había dado o, mejor dicho, que él se había tomado, por padres; pero, como se hizo engendrar con malas intenciones y fines de venganza, sus instintos aparecían perversos, y era de índole malévola y de condición ingobernable.

Bautizose al niño y se le puso por nombre, a indicación de su madre, Postumito, con alguna repugnancia por parte de Póstumo, que no las tenía todas consigo.

Paquidermo, vuelto de su excursión, concurrió a la fiesta, y estuvo tan galante con Elisa que no parecía sino que ésta, apreciando el beneficio que había hecho a su marido salvándolo en la barricada, lo estimulaba con su exquisita gratitud.

Cósmico se había dignado a asistir también al bateo, compitiendo con Paquidermo en galantes demostra-

ciones respecto de Elisa, en quien veía siempre a su amiga Fiammetta, más amable que nunca. ¿No le debía ésta la posición oficial de su marido?

Póstumo, ligado por tantos motivos de reconocimiento para con uno y otro, agradecía y callaba; si bien las palabras de Horóscopo, cual si fuesen emponzoñadas saetas, le estaban atravesando el corazón.

Crecía Postumito: la lactancia fue tormentosa para la madre. ¡Cuántas veces estuvo a punto de sacarle los ojos con sus manecitas cariñosas!

Después de la dentición, que fue rápida, pues recordará el lector que el nene vino al mundo *colmilludo*, comenzaron las travesuras de la infancia, llegando a ser un verdadero *enfant terrible*.

He aquí la muestra:

—Papá —decía a Póstumo dándole un doble tirón de los bigotes—, esos bigotes no son tan bonitos como los del caballero que suele venir aquí cuando tú no estás.

Esto, como podrá comprenderse, causaba entre los esposos una discordia difícil de aplacar.

—Papá, ese bastón tampoco es tan grueso como el del caballero que ayer se lo dejó olvidado aquí.

Las tempestades de celos acababan con el cuitado Póstumo.

—Papá, esta tarde vino el caballero acompañando a mamá, y me dio confites.

Póstumo era ya un terremoto en lo convulso.

—Papá, anoche el caballero salió corriendo cuando la criada avisó que tú venías.

Póstumo estaba ya próximo a estallar.

Esto era de todos los días, y, mientras tanto, se multiplicaban las discordias matrimoniales. La madre, que ya no sabía qué hacer con el terrible niño, concluía por darle a solas sendos mojicones, que él contestaba con arañazos y mordiscos.

Pero cada vez era peor, y Póstumo llegó a conocer con evidencia su desgracia.

Los celos, la ira, todas las pasiones de un condenado hervían en el corazón del pobre marido; sentía vértigos y fiebre. “¿Qué hacer?”. Paquidermo era invulnerable. “¿Qué hacer?”, se repetía.

Lanzose fuera de su casa, sin saber qué partido adoptar, ardiendo en deseos de vengarse.

Horóscopo pasó por su lado sonriendo, y él le corrió detrás para estrujarlo. Horóscopo le hizo una mueca y puso mayor distancia entre los dos.

XXVIII
SESIÓN ESPIRITISTA ENTRE CÓSMICO
Y ELISA, VINIENDO ÉSTA
EN CONOCIMIENTO DE LO QUE FUE
EN ESTE MUNDO ALGUNOS
SIGLOS ANTES

Sospechaba Elisa, y no sin fundamento, que Póstumo trataría de vengar en ella su conyugal ultraje, siéndole imposible verificarlo en el indañable Paquidermo; por lo tanto, fuese a ver a Cósmico, a quien halló más afectuoso que nunca con la que juzgaba su ex Fiammetta.

ELISA. —¡Amigo mío, un suceso terrible!

CÓSMICO. —¿Qué acontece, Fiammetta hermosa? ¡Ah!, ¡qué tiempos aquellos! No sé si consiste en el aire que hoy circula, pero en estos momentos recordaba con sumo placer aquellos días y aquella noche de Játiva.

ELISA. —Déjeme usted contarle.

CÓSMICO. —Sí, cuénteme usted. ¿Qué ha sucedido?

ELISA. —Mi marido tiene celos, y sin duda trama algo contra mi persona. Sálveme usted, si es que me estima.

CÓSMICO. —¿Y qué datos?... , puesto que apenas la he visto a usted...

ELISA se guardó muy bien de mencionar a Paquidermo, ni mucho menos le contó la escena ocurrida.

ELISA. —Es preciso alejarlo.

CÓSMICO (*tiró de la campanilla. Vino un portero*). Al señor Bucólica. (*A Elisa.*) Se hará cuanto antes.

ELISA. —Sólo así podré yo tener alguna tranquilidad.

CÓSMICO. —Ya ve usted que estoy siempre dispuesto a servirle. Tal es la vivísima inclinación que siento hacia usted, y que por desgracia tan sólo ha sido pagada hasta hoy con desdenes.

ELISA (*con coquetería*). —¡Yo desdeñosa con usted!

CÓSMICO. —Y, sin embargo, usted ha sido mi amada en otra vida, ¡y nos queríamos tanto!

ELISA. —¿Niego yo que haya podido ser?

CÓSMICO. —Con todo, rehúsa usted continuar aquella existencia tan dulce, ya que la suerte nos ha vuelto a unir. Todo eso que acontece a usted es fruto de no haber querido reconocer en mí su media naranja. ¡Yo, el único hombre capaz de amarla como merece, y de ser digno de su amor! ¡Yo, que estoy loco por usted! Sí, Elisa; sí, Fiammetta, porque no puedo llamarla de otro modo.

Elisa callaba pudorosa, dando vueltas a su abanico.

CÓSMICO. —Ahora mismo vamos a interrogar aquí a los espíritus.

Disponíanse a hacerlo cuando entró el señor Bucólica. Cósmico le habló aparte, y aquél salió diciendo “Está bien”.

Luego que volvieron a quedar solos, situáronse alrededor de un veladorcillo, en la forma que acostumbran los espiritistas.

ELISA. —¿A quién evocaremos? ¿Qué quiere usted saber?

CÓSMICO. —Evoquemos los espíritus de Jocondo y de Astolfo, aquel rey de Lombardía.

La mesa comenzó a moverse.

ELISA. —Ya acuden; pregúnteles usted.

CÓSMICO. —¿Sois Jocondo y el rey Astolfo?

La mesa dio un golpe.

Cósmico. —¿Recordáis aquella joven hija del posadero de Valencia, que fue vuestra querida?

Otro golpe de afirmación.

CÓSMICO. —Se llamaba Fiammetta, ¿no es cierto?

Otro golpe y vaivenes de aprobación.

CÓSMICO. —¿Recordáis la noche de Játiva con el mozo aquel que llamaban el Griego, y que ella misma os confesó ser su anterior amante?

Un golpe y varias convulsiones de parte de la mesa.

ELISA. —Parece que se irrita al recordarlo.

CÓSMICO. —Y Fiammetta y el Griego están en este mundo y os hablan ahora aquí, ¿no es cierto?

La mesa no sólo dio otro golpe, sino que se inclinó hacia Elisa y hacia Cósmico sucesivamente.

CÓSMICO (*queriendo abrazar a Elisa*). —Ya lo ves, Fiammetta mía, yo soy tu Griego.

ELISA (*dándola de ruborosa*). —Poco a poco, Griego mío, que no estamos en Játiva, ni me pertenezco. En Játiva era libre por ventura mía. Entonces no era sino la pobre moza que su padre vendió a la brutalidad de Jocondo y Astolfo. Hoy soy dama casada y me debe usted más respeto.

Cósmico perdía la paciencia.

Elisa, para dulcificar su enojo, exclamó:

—Mi situación en la actualidad es hartamente embarazosa. Creo que una mujer prudente debe sólo pensar en librarse de ella.

Cósmico tradujo aquellas palabras como esperanza, y apresurose a salvar a Elisa del compromiso en que se hallaba.

XXIX

UN PUNTILLAZO PAQUIDÉRMICO HIZO A PÓSTUMO PENSAR EN LA ETERNIDAD, PONIENDO POR OBRA SU PENSAMIENTO

En tanto que pasaba la escena que se acaba de contar, vagaba Póstumo sin saber cómo ejecutar su venganza. Fuese en busca de Paquidermo, diciéndose:

—Aunque me mate, debe pagar la injuria que me ha hecho. ¡Valerse de mi gratitud para...!, ¡qué infamia! No, la gratitud no podría ligarme hasta ese punto vergonzoso. Sí; primero con él y luego con ella. La mataré; lavaré en su sangre mi deshonra.

Llegó a casa de Paquidermo en son de desafiarlo.

PÓSTUMO. —Caballero, usted me ha ofendido y me debe una satisfacción.

PAQUIDERMÓ. —Usted está loco. ¿En qué he podido ofenderlo?

PÓSTUMO. —Demasiado conoce usted su sinrazón, y no logrará que se la precisen mis labios. No los mancharé con mi deshonra.

PAQUIDERMÓ. —Ignoro a lo que intenta usted referirse.

PÓSTUMO. —Y qué, ¿pretende usted burlarse de mí con esa afectada ignorancia? Pues tome usted.

Dijo, y dióle en el rostro un terrible bastonazo capaz de romper las narices de otro cualquiera. El palo se hizo pedazos, y sin perder la calma su contrincante asió de Póstumo, púsole fuera de la puerta, y aplicole tal puntillazo debajo de los faldones de la levita que el pobre Póstumo bajó la escalera de un solo salto.

Quedó descuadernado, y casi arrastrándose por la calle llegó a su casa y hasta su lecho.

A poco, entró Camueso y le entregó un pliego. Tomolo Póstumo y, después de enterarse de su contenido, exclamó:

—¡Me alejan; bien, me alejaré; pero para región más distante y para siempre! En cuanto a esa infame..., su muerte será precursora de la mía. No la dejaré aquí deshonorando mi nombre... Yo tengo la culpa de todo..., por haber querido volver a este maldito mundo. Y ¿a qué matarme y dar gusto a mis enemigos? ¿Por ventura el mundo es sólo Madrid? Pero estoy tan hastiado de él que, aunque me aguardasen flores y paraísos en esta vida, renunciaría a ellos por no soportarla una hora más.

Y esto diciendo, levantose como pudo y corrió a buscar a Elisa para darle fin con sus enfurecidas ma-

nos; pero sólo encontró un billete concebido en estos términos:

Me he puesto en salvo, pues conozco tus sanguinarios proyectos para conmigo. Me acojo a la protección de quien puede. Tu vida guarda la mía.

Elisa

Al leer estas líneas, y viendo que no podía dar con su esposa, que así burlaba sus proyectos, acabó de desesperarse, y resolvió salir de este mundo para no volver jamás. Pero salir protestando, dejando con su trágica muerte una mancha sobre la reputación de aquella mala mujer: una muerte que fuera sonada... ¿Qué más ruidosa que arrojarle de un segundo piso?... Así lo pensó, y así lo llevó a cabo... Segundo Claude Frollo, cayó a la calle, aunque no de tan alto, y casi a su gusto.

Sobre su muerte se habló mucho. Horóscopo pasaba por allí cuando él se lanzaba, y si al dar su triste voltereta en los aires, hubiera podido verlo, quizá se arrepintiera de haber desoído sus pronósticos. Acaso al expirar, o tal vez desde el otro mundo, pudo oír de boca de Horóscopo esta exclamación:

—Bien le decía yo que al cabo moriría de chichones.

Los gacetilleros de Madrid tuvieron pasto por algunos días. ¡Cuántos comentarios!

Se cuenta que Postumito lo vio caer desde el balcón, indiferente. ¡Aquel niño era terrible!

En cuanto al cuerpo de Póstumo, quedó como él deseaba cuando escogió aquel género de muerte; no podía servir para otro: ignoraba que su hijo fuese la transmigración de Sisebuto.

En cuanto a su espíritu, llegó de una cabezada al otro mundo, protestando no volver más a éste ni a ningún otro; y abrazando a su custodio, pidióle lo que debió pedirle antes: el don de olvidarlo todo.

¡Ilusos e inexpertos los que resucitan por su gusto!

EPÍLOGO CASI NECESARIO

Cuando vieron a Póstumo otros espíritus tan dolorido y desengañado, se acercaron a consolarlo.

Uno de ellos le dijo:

—Tú dejaste en el mundo la traición, y querías vengarte; pero ¡yo que dejé la lealtad, y por querer tornar a él hallé la traición!... Éramos dos hermanas y nos amábamos entrañablemente; parecían gemelas nuestras almas, ya que no lo habían sido nuestros cuerpos, pues yo era la menor. Amaba yo a un hombre que, aunque pobre, hubiera hecho mi ventura. Mi hermana se oponía a nuestros amores, so pretexto de que el joven, por no convenir a nuestra familia, no podría labrar mi felicidad. Ésta en nosotras no sería posible sin el gusto de nuestros padres. Comprendía yo que mi hermana hablaba con sinceridad, puesto que me amaba con locura, y esto hizo en mí tanta fuerza que desencanté a mi amador, terminando las inocentes relaciones que tan feliz me hacían. La pesadumbre me trajo una enfermedad y morí al poco tiempo. Yo anhelaba tornar al mundo para consolar a mi hermana y a mi amado. Me consta que

ellos no se amaban ni creían amarse durante mi vida. Apiadado el Eterno de mis lágrimas, quizá para mi desengaño, concediome la vuelta al mundo; y ¿qué hallé? Gran contento en ambos por verme otra vez viva; pero, ¡ay!, ¡no me esperaban! ¡Como los muertos no acostumbran volver allá! A poco, advertí en ambos la tristeza y embarazo que les causaba mi presencia, y al cabo descubrí que, creyéndome muerta para siempre, ella lo amó porque yo lo había amado, y él le pagó con igual cariño porque se me parecía. El nuevo amor entibió al antiguo, y yo estaba de más. Desde entonces conocí que era obstáculo en el mundo a la felicidad de dos seres que por amarme eran infelices..., y volvíme a la tumba. ¡Oh!, no; a tomarme consejo, no tornarás a la Tierra. ¡Y tantos casos habrá idénticos! Bien se está el muerto en la eternidad, como lo pasado en la nada.

Calló el espíritu, y vino hacia el de Póstumo otro, que habló así:

—Me llamé Cervantes: asaz desgraciado fui; ¿quién no lo sabe? Mi ventura la guardaron los hombres para después de mi muerte; pero como no me juzgo tan soñador como mi héroe manchego, no quiero tornar a un mundo que reserva sus loas y favores para los muertos. ¿Qué encontraría de sus conquistas éste que ves aquí, que no es otro que Alejandro el macedonio? ¡Lo que tantos otros que han muerto, por fortuna, antes que su

obra: una corona sobre un poco de polvo, un aplauso en el vacío, y acaso algunas maldiciones! Aquí estoy riéndome de la Tierra ingrata, y sólo llega a mis oídos el eco de la apoteosis que me tributan. ¡Si viviera, oiría entonces lo que ahora no llega a mí, o que quizá no dicen porque mi sombra no les hace sombra, o porque no ven esta sonrisa que me inspira su inconsecuencia! Si es preciso que la carne sea atormentada, bien se está en la tumba. Si hay en ella gusanos, no son como aquéllos que se llaman hombres, que roen algo más que la carne: ¡el honor y la ventura!

En esto, llegaron, dando de calabazadas contra las aéreas paredes de los limbos, los espíritus de Sisebuto, de Elisa, de Cósmico y de Horóscopo. Como en la eternidad todo pasa en menos de un instante, habían pasado los años que debían vivir aquéllos en la Tierra.

Sisebuto había sido desgraciado, como lo son los seres malignos, sin saber por qué. Verdad es que se había vengado haciendo infeliz a Elisa; pero ¿era aquello vivir? Elisa, atormentada por su hijo, despreciada de Cósmico, que la trató como a Fiammetta, y de Paquidermo, que la trató paquidérmicamente, renunciaba a la gloria de su apellido Doble Anzuelo, que siempre le dio por presa peces ciguatos. Cósmico le suplicaba a su custodio lo ocultase en un rincón para no tener más vidas, que ya no podía llevar a cuestas, siendo poco más o menos todas iguales.

Horóscopo había agonizado, que no vivido, los veinte años que le faltaban a la muerte de Póstumo, llorando cada hora con lágrimas de sangre. Los últimos diez se le escaparon como un soplo, a pesar de que contaba los momentos. Cuando llegó a la eternidad, hablaba muy mal de la ciencia del porvenir, y juraba no querer saber, si volvía a vivir, ni aun lo pasado. Todos estaban conformes en que las cosas bien están como están hechas; y todos se consolaron volviendo los ojos al mundo, y viendo rabiar a aquél que no podía ni lograba morir: don Perpetuo.

NOTICIA DEL TEXTO

Valorada como una de las obras más sobresalientes de Alejandro Tapia y Rivera, *Póstumo el transmigrado. Historia de un hombre que resucitó en el cuerpo de su enemigo* se publicó en Madrid en 1872 (Imprenta, Fundición y Estereotipia de don Juan Aguado). En esta novela el autor recoge la tesis espiritista, muy en boga por la época, pero la presenta de forma satírica y divertida para disfrazar la espinosa pérdida de valores en la que se sumergía la sociedad de su tiempo, así como las imperantes diferencias políticas y sociales. Novelas en la Frontera preparó la presente edición a partir de aquella publicación.

El 18 de julio de 1882, justo un día antes de su muerte, Tapia y Rivera concluyó *Póstumo el envirginado. Historia de un hombre que se coló en el cuerpo de una mujer*, considerada la segunda parte de *Póstumo el transmigrado*. Para costear la impresión de las dos novelas en un solo volumen, se llevaron a cabo exitosas colectas, pudiendo sacarlas a la luz en poco tiempo (1882, San Juan, Imprenta de José González Font). Desde ese momento, y

salvo algunas excepciones, ambas obras se han publicado conjuntamente.

Fueron editadas nuevamente en San Juan por la Imprenta Venezuela en 1945. Los editores españoles no se quisieron quedar atrás y las publicaron en 1967 (Barcelona, Ediciones Rumbos).

En 1975, circuló en Puerto Rico una nueva edición, dentro de la colección Clásicos Puertorriqueños (Río Piedras, Edil), reimprimiéndola en 1996.

Publicaciones Gaviota preparó otra edición en 2008 (San Juan, Puerto Rico).

La recién nacida editorial Sitara, como parte de un programa de rescate de obras olvidadas (aunque este título no parece ser el caso), las editó en Madrid (2017).

Dentro de las *Obras completas* (San Juan, 1968) de Alejandro Tapia y Rivera, dadas a conocer por el Instituto de Cultura Puertorriqueña, se incluye sólo *Póstumo el transmigrado* en el volumen I, *Novelas*.

En 1997, con prólogo de Antonio Benítez Rojo (1931-2005), se publicó únicamente el primer *Póstumo* (Barcelona, Galaxia Gutenberg), reimprimiéndose al año siguiente.

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA TRAZO BIOGRÁFICO

Alejandro Tapia y Rivera, hijo de Alejandro Tapia, oficial español del regimiento de Granada, y de doña Catalina Rivera, nació el 12 de noviembre de 1826 en San Juan, Puerto Rico. Sus años de infancia fueron muy agitados: tras su nacimiento, su familia realizó constantes mudanzas a causa del estado de salud de los padres y las dificultades económicas en que vivían. El padre se trasladó a España para intentar estabilizar la salud perdida debido a padecimientos crónicos. El pequeño Alejandro contaba con apenas cuatro años. Ya restablecido de sus males, en 1834 don Alejandro envió por su familia y fijaron su residencia en Málaga.

La estancia en tierras malagueñas se interrumpió cuando el complicado estado de salud de su madre los llevó de vuelta a Puerto Rico. Ambos partieron de España el 16 de septiembre de 1835. Al regresar a la isla, reinició el peregrinaje escolar de Tapia: pasó por diversas instituciones educativas hasta que su última incursión, en los estudios dirigidos por profesores, fue

como estudiante de teneduría de libros en el establecimiento comercial de Ramón Castans. Acompañaba su tiempo libre con lecturas y escritura de dramas, además de visitas al teatro; por la época, publicó el relato “El heliotropo” (1848).

El 17 de noviembre de 1849 Tapia y Rivera fue desterrado por el gobernador Juan de la Pezuela (1809-1906), debido a un duelo —ocurrido el 11 de septiembre con un capitán de artillería—, que tomó carácter político por las constantes críticas de Tapia hacia el gobierno y el rechazo del conde de la Pezuela, quien no simpatizaba con los proyectos culturales del escritor.

Llegó a Alicante, desde donde embarcó hacia Málaga para pasar tres meses con su padre y, finalmente, establecerse en Madrid (1850). Estudió matemáticas, física y química; además, aprendió inglés y árabe, y colaboró con distintos periódicos de la zona. Entabló relaciones con los abolicionistas Román Baldorioty de Castro (1822-1889) y José Julián Acosta (1825-1891), con quienes ejerció una intensa actividad cultural, como la creación de la Sociedad Recolectora de Documentos Históricos (1851), cuyo propósito fue recopilar archivos relacionados con su tierra natal. El resultado de esta labor se reflejó en la colección de cuatro volúmenes de la *Biblioteca Histórica de Puerto Rico*, publicada en 1854, después de su regreso a la isla —tras la sustitución del

gobernador De la Pezuela por Fernando Norzagaray y Escudero (1808-1860)—, donde permaneció hasta 1857. Posteriormente se trasladó a La Habana para regresar a Puerto Rico en 1863, año en que falleció su madre. Tomó la decisión de embarcarse, una vez más, hacia Europa; visitó Francia, Alemania e Italia, y se estableció en Madrid en 1866. Tres años después, contrajo nupcias con María del Rosario Díaz y Espiau, a quien conoció en una velada literaria. Juntos regresaron al poblado puertorriqueño de Ponce, donde Tapia se dedicó a la enseñanza y al periodismo.

Dentro de la vasta producción de Tapia se encuentra su primer libro, *La palma del cacique* (1852), leyenda basada en la historia de la colonización de Puerto Rico; la biografía *Vida del pintor puertorriqueño José Campeche* (1855) y los dramas *Roberto D’Evreux* (1856) y *Bernardo de Palissy* (1857). Durante su estancia en La Habana entregó a la imprenta *El bardo de Guamaní* (1862), obra que recogió varios de sus trabajos (poemas, dramas, novelas, cuentos y biografías), entre los que destacó el artículo reconocido internacionalmente por ser una muestra de admiración y respeto hacia la mujer: “El aprecio a la mujer es barómetro de civilización”. El drama en tres actos *La cuarterona* (1867), obra abolicionista y clara denuncia del prejuicio racial, se representó en San Juan durante el décimo festival de teatro puertorriqueño.

También fundó la revista literaria *La Azucena* (1870-1874), publicó la novela *Póstumo el transmigrado* (1872), el drama histórico *Vasco Núñez de Balboa* (1872) y la *Noticia histórica de Ramón Power* (1873). En 1874 dio a conocer el poemario *La sataniada*, considerado el primer gran poema épico de Puerto Rico, y *La leyenda de los veinte años*; en 1876 apareció su novela *Cofresí*, basada en la leyenda del pirata Roberto Cofresí. *Conferencias sobre estética y literatura* (1881) reúne una serie de seis discursos compartidos en el Ateneo, institución cultural y educativa que Tapia ayudó a fundar.

Para 1874, cuando fijó su residencia en la capital, ejerció diversos cargos de hacienda y diputación provincial, interrumpidos sólo hasta su fallecimiento. Fue distinguido con el nombramiento de Caballero de la Real y Distinguida Orden de Carlos III.

El 19 de julio de 1882 Tapia y Rivera falleció de apoplejía en el salón principal del Ateneo Puertorriqueño, mientras ofrecía una conferencia para la Sociedad Protectora de la Inteligencia.

En la víspera de su deceso, 18 de julio, concluyó la novela *Póstumo el envirginiado*, publicada días más tarde junto con *Póstumo el transmigrado*. Dejó inconclusa la narración autobiográfica *Mis memorias o Puerto Rico como lo encontré y como lo dejo* (publicada hasta 1927), historia que mezcla la vida del autor y del pueblo de Puerto

Rico en su lucha patriótica, social y cultural contra las restricciones que España imponía a la cultura isleña.

NOVELAS en la FRONTERA

Gustavo Jiménez Aguirre, director

CONSEJO ASESOR

Sarah Aponte, The City College of New York

Maricruz Castro Ricalde, Tecnológico de Monterrey, Toluca

José Ricardo Chaves, Universidad Nacional Autónoma de México

Adrián Curiel Rivera, Universidad Nacional Autónoma de México

Verónica Hernández Landa V., Universidad Nacional Autónoma de México

Dante Liano, Università Cattolica del Sacro Cuore

Consuelo Meza Márquez, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Begoña Pulido Herráez, Universidad Nacional Autónoma de México

Cira Romero, Academia Cubana de la Lengua

Rubén Ruiz Guerra, Universidad Nacional Autónoma de México

Margaret Elisabeth Shrimpton Masson, Universidad Autónoma de Yucatán

Arturo Taracena, Universidad Nacional Autónoma de México

COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

Laura Águila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez Hernández • Luis Gómez M. • Verónica Hernández Landa Valencia • Gustavo Jiménez Aguirre • Eliff Lara Astorga • Rodolfo Munguía • Luz América Viveros

DISEÑO DE LA COLECCIÓN

Andrea Jiménez

PORTADA

Gonzalo Fontano

SERVICIO SOCIAL

Alejandro Bernal • Alan Cabrera



Póstumo el transmigrado se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 22 de abril de 2022. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de **JOSHUA CÓRDOVA**. La edición estuvo al cuidado de **LAURA ÁGUILA, BRAULIO AGUILAR y ALAN CABRERA**.